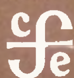
Abrams/Gupta/Mitchell

ANTROPOLOGÍA DEL ESTADO



UMBRALES

Philip Abrams
Akhil Gupta
Timothy Mitchell

ANTROPOLOGÍA DEL ESTADO

UMBRALES

UMBRALES

Colección dirigida por
Fernando Escalante Gonzalbo y Claudio Lomnitz

Sucede con frecuencia que lo mejor, lo más original e interesante de lo que se escribe en otros idiomas, tarda mucho en traducirse al español. O no se traduce nunca. Y desde luego sucede con lo mejor y lo más original que se ha escrito en las ciencias sociales de los últimos veinte o treinta años. Y eso hace que la discusión pública en los países de habla española termine dándose en los términos que eran habituales en el resto del mundo hace dos o tres décadas. La colección **Umbrales** tiene el propósito de comenzar a llenar esa laguna, y presentar en español una muestra significativa del trabajo de los académicos más notables de los últimos tiempos en antropología, sociología, ciencia política, historia, estudios culturales, estudios de género...

Philip Abrams
Akhil Gupta
Timothy Mitchell

ANTROPOLOGÍA DEL ESTADO

Prólogo
MARCO PALACIOS

Traducción
MARCELA PIMENTEL

Revisión de la traducción
FAUSTO TREJO



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2015

Abrams, Philip, Akhil Gupta y Timothy Mitchell
Antropología del estado / Philip Abrams, Akhil Gupta, Timothy Mitchell ; pról. de Marco Palacios ; trad. de Marcela Pimentel. — México : FCE, 2015
187 p. ; 17 × 11 cm — (Colec. Umbrales)
Nota: traducción parcial del título original The Anthropology of the State: A Reader
ISBN 978-607-16-2206-8

1. Estado — Aspectos sociales 2. Nación — Aspectos sociales 3. Política — Antropología I. Gupta, Akhil, coaut. II. Mitchell, Timothy, coaut. III. Palacios, Marco, pról. IV. Pimentel, Marcela, tr. V. Ser. VI. t.

LC GN92 Dewey 306.2 A538a

Distribución mundial

Diseño de la colección: Paola Álvarez Baldit

Los capítulos de este libro fueron tomados de *The Anthropology of the State: A Reader*, editado por Aradhana Sharma y Akhil Gupta, Blackwell, Malden, MA, 2006: "Notes on the Difficulty of Studying the State", de Philip Abrams (pp. 112-130); "Society, Economy, and the State Effect", de Timothy Mitchell (pp. 169-186), y "Blurred Boundaries: The Discourse of Corruption, the Culture of Politics and the Imagined State", de Akhil Gupta (pp. 211-242). Esta traducción se publica con el permiso de Blackwell Publishing Ltd.

Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
Empresa certificada ISO 9001:2008

Comentarios: editorial@fondodeculturaeconomica.com
www.fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55) 5227-4672; fax: (55) 5227-4694



ISBN 978-607-16-2206-8

Impreso en México • *Printed in Mexico*

ÍNDICE

PRÓLOGO

Los textos de este volumen ahondan en una línea editorial destinada a desmitificar paradigmas conceptuales sobre el estado que prevalecieron a lo largo del siglo pasado y especialmente después de la segunda Guerra Mundial. Ponerlos a disposición de lectores latinoamericanos tiene mucho sentido, máxime cuando dos de los ensayos están a cargo del antropólogo Akhil Gupta y el sociólogo Timothy Mitchell, que han trabajado India y Egipto, sus campesinados y comunidades rurales. En contraste, el estudio de Abrams es uno de esos "clásicos" de crítica frontal al tratamiento del estado en la sociología política y el marxismo que predominaban en la década de 1970.

Notas sobre la dificultad de estudiar el estado (1977) no puede más que situarse en el contexto de las crisis del capitalismo maduro y del socialismo realmente existente que pusieron en entredicho la pertinencia de los grandes modelos de las ciencias sociales del mundo bipolar. La inviabilidad fiscal del estado de bienestar, el letargo e improductividad creciente de la economía planificada de tipo soviético, las peculiares y hasta insólitas trayectorias nacionalistas de los estados surgidos de la gran oleada de la descolonización del mundo tuvieron consecuencias políticas e ideológicas planetarias, constituyéndose en referentes de gran potencia en los replanteamientos en las ciencias sociales y la filosofía.

El sociólogo Philip Abrams, *fellow* de Peterhouse, Cambridge, sobresalió por su arduo empeño en amalgamar sociología e historia; en 1957, a la edad de veinticuatro años, se integró al cuerpo editorial de *Past and Present*, colocándose en el azaroso ambiente británico de la Guerra Fría, en particular en el grupo de talentosos historiadores comunistas

formado en 1946 y que, a raíz de la invasión soviética de Hungría en 1956, se retiraron o fueron expulsados del partido. Algunos (Morris, Hill, Hobsbawm, Hilton) prosiguieron la tarea con un marxismo no dogmático y sin militancia política. Fundaron la que en sus comienzos debió aparecer como una revista azarosa, precaria, dedicada a la historia social; sus promotores buscaban calidad, grandes temas, romper el aislamiento intelectual y político asociando autoridades no marxistas del mundo académico. Y en pocos años lo consiguieron.

Una conexión con el grupo de Annales estuvo presente desde el inicio y pagó bien. Con el tiempo la revista sería un equivalente británico de la prestigiosa publicación que Marc Bloch y Lucien Febvre fundaran en 1929. Aparte de las relaciones especiales entre los editores de esas revistas, mutuamente del otro lado del Canal, importa destacar que los británicos tomaron en serio la idea de Georges Lefevbre de producir “historia desde abajo”; el efecto llega hasta el presente y se aprecia en los textos que tiene en sus manos el lector; de allí provienen preguntas centrales y metodologías de “los estudios poscoloniales”, “culturales”, “subalternos” y de “las prácticas políticas y del estado”. Es, también, el caso de los planteamientos de Michel Foucault sobre la configuración del poder-conocimiento, no desde la cúspide centralizada de la soberanía estatal, sino de abajo hacia arriba mediante “mecanismos infinitesimales”, “microfísicos” capaces de producir el individuo moderno, disciplinado, apto para el sistema escolar, el ejército, la fábrica.

En los años iniciales de la pos-Guerra Fría, Timothy Mitchell y Akhil Gupta formularon las tesis expuestas respectivamente en “Sociedad, economía y el efecto del estado” y “Fronteras borrosas: el discurso de la corrupción, la cultura de la política y el estado imaginado”. La sola consideración de entonces, que empezaba una nueva época histórica, planteó enormes desafíos conceptuales a la filosofía y a las ciencias sociales. En busca de paradigmas, acertadamente o

no, se supuso que la caída del Muro de Berlín representaba el triunfo definitivo de la "sociedad abierta" (Karl Popper), "el fin de la historia" (Francis Fukuyama), la victoria final del portento civilizador de "la señal de precios" (Hayek). Figuras estelares de la libertad, aclamados sucesivamente por Thatcher, Reagan, G. W. Bush.

En cualquier caso, la luminosidad de este universalismo racionalista hubo de encontrar enormes sombras: la resistencia feroz del desorden geopolítico que trajo la pos-Guerra Fría con sus conflictos bélicos, devastación, fundamentalismos; pero también en alternativas teóricas, metodológicas, epistemológicas, que no renunciaban a dar cuenta de la historia desde abajo.

"El estado no es la realidad detrás de la máscara de la práctica política. Es la máscara misma que nos impide ver la práctica tal como es." Con esta frase memorable, inspirada en el materialismo de Bentham —pensador influyente en líderes liberales de la Sudamérica recién independizada de España—, Abrams abre un campo de análisis para explicar la diferencia entre el concepto del *estado* y lo que efectivamente hacen quienes lo manejan. El primero es un concepto *ad hoc*, falaz, pues crea ilusiones y fantasías que utilizan los grupos dominantes para encubrir sus intereses. Bajo la falacia el estado se presenta como una institución neutra, separada de la sociedad. Bourdieu comentaría después que el estado crea permanentemente los conceptos a partir de los cuales se autodefine y, en este sentido, las ciencias sociales son parte del mismo, o si se quiere, de su "discurso", de modo que el reto es cómo alcanzar independencia en ese campo del conocimiento. Es decir, cómo formular un concepto pertinente de estado por fuera y más allá de éste.

Abrams señaló que los autores más destacados de la sociología política estadunidense de la segunda posguerra se habían identificado venalmente con el poder político; especialmente a partir de la publicación del libro de C. Wright Mills, *La élite del poder*, marcaron una evidente retirada de

la investigación de las prácticas políticas a la obsesión metodológica de "hablar de cómo debe hablarse de la práctica política". La lista que elabora es exquisita: Daniel Bell, Giovanni Sartori, Talcott Parsons, Davis Easton, Gabriel Almond, James S. Coleman, Seymour Martin Lipset, Reinhard Bendix, Robert Dahl, clásicos de cualquier curso de ciencia política. Obsesión metodológica que parece predominar en las ciencias sociales contemporáneas, a partir de la econometría, reminiscente del método escolástico y del estilo artístico manierista.

Abrams centró su crítica al marxismo en las obras de Ralph Miliband, *El Estado en la sociedad capitalista*, y de Nicos Poulantzas, discípulo de Althusser, hasta entonces publicada en inglés, *Classes in Contemporary Capitalism* y *Political Power and Social Classes*. Se refiere por separado a cada uno y también al debate que los dos sostuvieron en *New Left Review* en 1969. Para él, ninguno de los dos respondía adecuadamente a la observación que Lenin formulara en 1919: "¿Qué es el estado?" No conseguían delimitar y ubicar concretamente el estado, el problema del estado. El primero lo diluyó, como lo había hecho la sociología política angloamericana, esta vez en procesos indiferenciados de relaciones de dominación; el segundo lo opacó relegándolo al estudio general de las clases sociales en detrimento de los regímenes políticos específicos, aunque Abrams no conoció los últimos textos de Poulantzas, influidos por Foucault.

En este punto de la argumentación, Abrams acude a la historia, especialmente al texto de Perry Anderson sobre el absolutismo en el paso del feudalismo al capitalismo. Sin adherirse completamente a la metodología, pregunta: si Anderson consigue desenmascarar el estado absolutista, ¿por qué no se podría desenmascarar el estado de bienestar?

En su máxima potencia el estado es "un mensaje de dominación, un artefacto ideológico" que es, precisamente, el punto de partida de Mitchell, pero ya con un Foucault plenamente incorporado y objeto de crítica propositiva.

Mitchell también subraya la incapacidad de la ciencia política contemporánea de definir y localizar el estado y actualiza la lista de autores de Abrams. El estado no es un objeto, lugar, organización o actor; es, más bien, un poderoso conjunto de métodos de ordenar y representar la realidad social; por elusivo que aparezca, este conjunto es producto de estrategias discursivas cuyo punto de partida es la díada estado-sociedad. Pero la política no se forma en ninguno de los dos elementos de la díada, ni es una relación interdependiente de ellos; se forma en la producción y reproducción de la divisoria misma que llama "efecto del estado". Una vez "inventada la economía", entre 1920-1950, ésta remplaza la sociedad en la díada. Ilustra la tesis de la ilusión de la separación estado y economía, de la extraordinaria opacidad de los límites del estado, primero de un modo general atendiendo a los discursos académicos, del "abandono del estado" a su vuelta, y, en segundo lugar, proponiendo su alternativa con casos de la Aramco Oil Company o el Banco Mundial que, según lo presenta sumaria y crípticamente, demuestran que el estado (o el sistema político, si así quiere llamársele) no tiene un "exterior real"; la línea entre estado y sociedad no es entre actores, pues es una línea interna, trazada "dentro de la red de mecanismos institucionales a través de los cuales se mantiene cierto orden social y político". En una sociedad democrática, cuando la petrolera Aramco funciona como estado nadie rinde cuentas.

El ensayo de Gupta es, literalmente, una antropología del estado, más cercano al título del volumen. Es el resultado de su "trabajo de campo" en una aldea de Uttar Pradesh, al norte de India, que llama Alipur. Valga subrayar que Gupta está entre quienes desmitifican el "trabajo de campo" en el sentido de las supuestas ventajas cognitivas inherentes a la mera localización espacial del investigador. De mucho interés metodológico es, por ejemplo, su propuesta sobre el uso de periódicos locales que invariablemente traen reportajes y entrevistas, "conocimiento situado"; cuando sus pá-

ginas se tornan amarillentas y arrugadas, se transforman en "datos de campo": fuente "secundaria" del antropólogo, "primaria" del historiador.

¿Cómo "se construye y representa el estado" en la vida cotidiana de una aldea, entre cientos de miles de aldeas? El desafío etnográfico es monumental y el investigador debe, en primer lugar, entender las limitaciones de la recolección de "datos de campo". Aunque el discurso de la corrupción esté mediado por burócratas y la población locales, no puede comprenderse solamente con que el investigador "esté allí"; el mapa debe considerar la relación entre la presencia física en una localidad específica y la generación de datos etnográficos que, efectivamente, transcurre en un contexto de discursos nacionales y trasnacionales, discursos "de mediación múltiple" como el de la corrupción. Discursos que también son históricos habida cuenta de la situación poscolonial de la India, en que todavía es manifiesto el efecto de los conceptos paradigmáticos académicos de Occidente.

En el intento de ofrecer una etnografía del estado contemporáneo en India, Gupta logra integrar tres planos: *1)* El funcionamiento cotidiano del estado en Alipur visto en las prácticas de los niveles más bajos de la burocracia; ofrece tres casos: *a)* la explotación de dos jóvenes campesinos que quieren regularizar títulos de propiedad de sus parcelas; *b)* la situación ambigua en que se encuentra un hombre de las castas más bajas para protegerse de un poderoso mandamás local; *c)* la acción de un sindicato campesino frente a funcionarios de rango medio que deben proveer diferentes servicios públicos. En todos los casos es evidente que la gente conoce las reglas y sabe defenderse aunque no siempre lo consiga. *2)* La formación de una cultura pública a través del discurso de la corrupción mediante el uso de entrevistas, la prensa en inglés, la prensa "vernácula" y el rumor social; como en el primer plano, la investigación encuentra un estado multicentrado, altamente diferenciado, cimentado por la "cultura pública", uno de cuyos ingredientes

principales es el nexo del discurso de la ciudadanía con "la democracia populista". *3)* Las formas ya "naturalizadas" de representación o imaginación popular del estado indio, nacionalista y populista.

Descubrir una mistificación es develar el poder sacando a luz el fetichismo del estado. Algo que puede ser revolucionario, como mostró Marx al descifrar el capitalismo develando el fetichismo de la mercancía. Estos ensayos apuntan a ese blanco.

MARCO PALACIOS

NOTAS SOBRE LA DIFICULTAD DE ESTUDIAR EL ESTADO[1]*

> "Cuando el estado mismo se halla en un peligro —dijo ayer lord Denning en su juicio—, nuestras preciadas libertades pueden pasar a un segundo plano, e incluso la justicia natural puede sufrir un retroceso."
>
> "El error en el argumento de lord Denning reside en que el gobierno es quien decide cuáles deben ser los intereses del estado y el que invoca la 'seguridad nacional' tal como el estado decide definirla", dijo ayer la señora Pat Hewitt, directora del Consejo Nacional para las Libertades Civiles.
>
> *The Guardian*, 18 de febrero de 1977

Cuando Jeremy Bentham se propuso depurar el discurso político de los engaños y fantasías generados por las muchas "estratagemas alegóricas" mediante las cuales el inte-

[1] Este texto fue presentado por primera vez en la conferencia anual de la Asociación Sociológica Británica, 1977. La versión revisada, que aquí se publica, fue entregada al profesorado en sociología durante el seminario de posgrado que se llevó a cabo el 9 de noviembre de 1977 en la Universidad de Durham. Estamos muy agradecidos con la señora Sheila Abrams por permitirnos publicar este artículo.

* Es importante insistir en que este artículo fue escrito en 1977, antes de la publicación de *State Power, Socialism* (New Left Books, Londres, 1978), de Poulantzas, cuya primera parte, "The Institutional Materiality of the State", podría haber llevado a Philip Abrams a modificar en cierto modo sus observaciones sobre Poulantzas. Esta última obra de Poulantzas, inspirada en Foucault, es otro indicador de una ausencia justificada en el texto de Abrams. [E.]

rés propio y el poder seccional se enmascaran como entidades morales independientes, la noción de estado* no disfrutaba de gran aceptación en la vida política o intelectual inglesa. De haberlo hecho así, seguramente lo habría incluido junto con "gobierno", "orden" y "constitución" como uno de esos términos particularmente aptos para promover "una atmósfera de ilusión" —una falacia de confusión, en el mejor de los casos, y en el peor, una "pantalla oficial de maleficencia"—, dando concreción espuria y realidad a aquello que sólo existe en lo meramente abstracto y formal.[2] Sin embargo, hacia 1919 los esfuerzos combinados de hegelianos y marxistas, así como de los políticos, habían producido un cambio: "Casi todos los conflictos políticos y las diferencias de opinión —Lenin pudo entonces observar— se remiten ahora al concepto de estado", y más particularmente a la pregunta: ¿qué es el estado?[3] Entre los sociólogos, al menos, su observación aún parece en gran medida correcta; cincuenta años de plantear esa pregunta no han producido ninguna respuesta muy satisfactoria, o siquiera ampliamente aceptada. Al mismo tiempo, esa suerte de invocación del estado como el máximo referente para la práctica política pregonada por lord Denning, y la clase de objeción a tales invocaciones expresada por la señora Hewitt, han llegado a convertirse cada vez más en lugares comunes. Como objeto de práctica política y de análisis político, hemos llegado a dar por sentado al estado, mientras sigue sin quedar aun mínimamente claro qué es el estado. De distintas maneras se nos exhorta a respetarlo o aplastarlo

* En este ensayo se ha mantenido la escritura en minúsculas de las palabras "estado" y "dios" para respetar la intención del autor. Asimismo, en virtud de que los demás autores comparten una postura similar a la que asume Abrams, en el resto del libro la palabra "estado" se conservó en minúsculas. [E.]

[2] J. Bentham, *The Handbook of Political Fallacies*, H. A. Larrabee (ed.), Harper and Brothers, Nueva York, 1962.

[3] V. I. Lenin, "The State", *Selected Works*, vol. II, International Publishers, Nueva York, 1943, p. 639.

o estudiarlo; pero por falta de claridad sobre la naturaleza del estado, tales propósitos siguen plagados de dificultades. ¿Acaso será oportuna una nueva depuración a la manera de Bentham?

EL PROBLEMA EN GENERAL

De acuerdo con W. G. Runciman, la sociología política surge de la separación entre lo político —y más específicamente el estado— y lo social. Está construida como un intento de dar una explicación social del estado, considerándolo un agente político concreto o una estructura distinta de las agencias sociales y de las estructuras de la sociedad en la que éste opera, perjudicándolas y siendo perjudicado por ellas. Se nos ha dicho que es esta "distinción [...] la que hace posible una sociología de la política".[4]

El marxismo, el único rival serio de la sociología en la búsqueda de una teoría contemporánea del estado, se apoya, al menos superficialmente, en una distinción muy similar. La mayoría de las variantes de marxismo suponen que un análisis político adecuado debe, como manifestó Marx, proceder sobre la base de "la relación real entre el estado y la sociedad civil, es decir, su separación".[5] En ese marco, el asunto crucial en el análisis político marxista acaba siendo entonces el grado de independencia real que disfruta el estado en sus relaciones con las principales formaciones de la sociedad civil: las clases sociales. Incluso cuando escritores marxistas, como Poulantzas, rechazan abiertamente este esquema, lo hacen sólo para sustituir la separación del estado y la sociedad civil por una problemática formulada como "la autonomía específica de lo político y lo económi-

[4] W. G. Runciman, *Social Science and Political Theory*, Cambridge University Press, Nueva York, 1963, p. 32. [Hay traducción al español: *Ensayos: sociología y política*, 2ª ed., FCE, México, 1975.]

[5] *Ibid.*, p. 33, donde se cita *Marx-Engels Gesamtausgabe*, *Aus der Kritik der Hegelschen Staatsrecht*, vol. I, p. 492.

co" dentro del modo de producción capitalista. Y el problema resultante con respecto a la naturaleza y función del estado deberá resolverse mediante el análisis de la relación del estado con el campo de la lucha de clases a través de un desenmascaramiento de la autonomía del primero y el aislamiento del último. Aquí, también, la problemática considera al estado como una entidad distinta, en efecto, y la tarea consiste en determinar las formas y modos reales de dependencia o independencia que lo relacionan con lo socioeconómico.[6]

Sin embargo, este contexto común de análisis, existente y acordado durante más de un siglo, no ha demostrado ser muy útil. La sociología política es rica en agendas: "El principal problema empírico de la sociología política de hoy parece [...] ser la descripción, el análisis y la explicación sociológica de la peculiar estructura social llamada estado"; la "sociología política empieza con la sociedad y examina cómo ésta afecta al estado". Pero su desempeño es notablemente pobre. El hecho de que Dowse y Hughes no encontraran casi nada que implementara dichas agendas para incluirlo en su libro de texto refleja con precisión la situación del campo.[7] Las observaciones fragmentarias de Max Weber aún representan óptimamente la sociología del estado. Y la

[6] *Cf.* N. Poulantzas, *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres, 1973, pp. 130-137 y 150-153. [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1969.] Por cierto, encuentro muy poco convincente el intento de Poulantzas de desacreditar otras variedades del marxismo en este sentido —sobre todo el trabajo de Lefebvre y la escuela italiana— juzgándolas como resultado de "un juego de palabras" en la lectura de Marx. Por el contrario, lo que Lefebvre, Della Volpe y otros han hecho es leer literalmente —si acaso, demasiado literalmente— los pasajes clave de Marx.

[7] S. Greer y P. Orleans, "Political Sociology", en R. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*, Rand McNally, Nueva York, 1964, p. 810, es la fuente de la primera agenda, y R. Bendix y S. M. Lipset, "Political Sociology: an Essay and Bibliography", *Current Sociology*, vol. VI, núm. 2, junio de 1957, p. 87, de la segunda. Para la escasez generalizada de trabajos sub-

sorprendente característica de la sociología política de Weber es que, como tan claramente lo demostró Bentham, constituye, en el mejor de los casos, un análisis sumamente *ad hoc* y específicamente histórico de sistemas complejos de las políticas de clase, con poca o ninguna referencia al estado como algo separado de tales políticas.[8] Por lo demás, la separación intelectual entre la sociedad y el estado en el campo de la sociología parece, en la práctica, haber significado la exclusión del estado de lo político; nociones específicas tales como "sistema de gobierno" *[polity]* sirven para colapsar la identidad del estado más que esclarecerla.[9]

Los escritores marxistas se han ocupado del análisis del estado más a fondo y de forma explícita pero, con la posible excepción del análisis del bonapartismo, no lo han hecho de forma mucho más concluyente. El gran debate sobre la autonomía relativa del estado, que parecía tan prometedor cuando se originó, terminó con la sensación de que, en vez de resolverse, sus problemas se habían agotado. Los principales protagonistas dirigieron su atención a otros asuntos. Hacia 1974, Ralph Miliband exhortaba a los sociólogos políticos, "desde un punto de vista marxista", a no malgastar sus energías en nuevos estudios de nuestras especulaciones sobre el estado sino a abrazar una problemática alternativa expresada en términos de procesos y relaciones de dominación más amplios y concebidos de un modo diferente.[10]

secuentes adecuados, véase R. E. Dowse y J. Hughes, *Political Sociology*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1972.

[8] D. Beetham, *Max Weber and the Theory of Modern Politics*, George Allen and Unwin, Londres, 1973. [*Max Weber y la teoría política moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979.]

[9] Me he extendido en ese tema en *Political Sociology*, Allen and Unwin, Londres (próxima publicación); este asunto también ha sido tratado en N. Poulantzas, *op. cit.*, pp. 40 y 266.

[10] R. E. Dowse, "Informe de la Conferencia sobre Sociología Política" patrocinada por el Political Science Committee of SSRC, Social Science Research Council, Londres, 1974.

Mientras tanto, Nicos Poulantzas pasó de las opacas conclusiones de su lucha por esclarecer una teoría marxista del estado —"el estado posee la función particular de constituir el factor de cohesión entre los niveles de una formación social"—, no a intentar una formulación clara, más exacta y empíricamente específica de esas ideas, sino más bien a estudiar regímenes específicos y los grandes problemas de la estructura de clases del capitalismo.[11] Los únicos resultados concertados del debate parecieron ser un reconocimiento mutuo de varias características importantes de la presunta relación entre el estado y la sociedad, las cuales, de todos modos hasta ahora, no podían demostrarse adecuadamente. Por lo tanto, la credibilidad de la noción de la dominación de clase está a salvo —pero por otro lado, por supuesto, eso *se concede* en todas las variedades de marxismo—; sin embargo, en el contexto de estados específicos, la demostración de esa dominación sigue siendo incompleta. En este punto, el estado logra una vez más desafiar el escrutinio.

Parece necesario decir, entonces, que el estado, concebido como una entidad sustancial y autónoma respecto de la sociedad, ha demostrado ser un objeto de análisis muy difícil de alcanzar. En vez de la comprensión y el conocimiento garantizados, la aridez y un mar de confusiones parecen ser los resultados típicos de la obra, en las dos tradiciones dentro de las que el análisis del estado se ha considerado como un problema importante en el pasado reciente. Es posible que este desconcierto tenga que ver con la forma en que

[11] N. Poulantzas, *op. cit.*, p. 44; la cuestión de la naturaleza del estado es, por supuesto, retomada con cierto detenimiento en dos de las últimas obras de este autor, *Fascism and Dictatorship*, New Left Books, Londres, 1974 [*Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, Siglo XXI Editores, México, 2005], y *Classes in Contemporary Capitalism*, New Left Books, Londres, 1975 [*Las clases sociales en el capitalismo actual*, 12ª ed., Siglo XXI Editores, México, 2005]; sin embargo, no se plantea el problema de identificar con precisión las funciones del estado.

ambas tradiciones han conceptualizado el estado. De hecho, está claro que el problema marxista con el estado es muy distinto del problema sociológico con el estado y deben ser explorados de forma independiente. Antes de hacerlo, debemos tener en cuenta, sin embargo, cómo el sentido común refuerza constantemente el saber que se da por sentado en ambas tradiciones.

EL PROBLEMA EN PARTICULAR

Lo cotidiano de la política sugiere fuertemente que la concepción del estado que ofrecen el marxismo y la sociología política está bien fundada, cualesquiera que sean las dificultades de hacerla operativa. El sentido común nos empuja a inferir que existe una realidad oculta en la vida política y que esa realidad es el estado. De cualquier modo, la búsqueda del estado y la presunción de su existencia real y oculta son formas muy probables de "leer" la manera en que se llevan a cabo los aspectos públicos de la política. La ingenua experiencia de investigación de los sociólogos que han tratado de estudiar lo que ellos consideran el funcionamiento del estado o cualquiera de sus supuestas agencias constituye nuestra reserva de sentido común más inmediata a este respecto. Cualquiera que haya tratado de negociar un contrato de investigación con el Departamento de Salud o el Ministerio del Interior estará al tanto del celo extremo con que esos organismos protegen instintivamente la información relativa a ellos mismos. La presunción, y su aplicación efectiva, en cuanto a que el "sector público" es realmente un sector privado sobre el cual el conocimiento no debe ser hecho público es, de manera demasiado evidente, el principal obstáculo inmediato para cualquier estudio serio del estado. La aplicación de dicho supuesto adopta diversas e ingeniosas formas. Una de las más conocidas es la combinación de garantías públicas anodinas, en el sentido de que las

agencias del estado agradecerían las "buenas" investigaciones sobre sí mismas, con la apologética, aunque efectiva, mutilación o veto de casi todas las propuestas concretas de investigación por razones de metodología defectuosa o inapropiada u otras consideraciones "técnicas". Resulta una estrategia agradablemente incapacitante de control del conocimiento la de afirmar que son los defectos de procedimiento de la investigación propuesta más que su objeto lo que justifica la negativa de acceso. Tampoco puede haber muchos que hayan pasado por este tipo de experiencia que pongan en duda que "buenas", en tales contextos, significa "que brindan apoyo": una sociología de decisión, no una sociología de crítica. De nuevo, se trata del bloqueo o la deformación de la investigación por razones de la necesidad de proteger un interés público indefinido o, más descaradamente, los intereses de los sujetos. Los intentos para estudiar temas tan diversos como el comportamiento de los funcionarios de la Comisión de Beneficios Complementarios y las actitudes de las esposas de los soldados se han, de acuerdo con mi experiencia, estrellado contra semejantes rocas. Y si uno se acerca a los niveles más serios de funcionamiento de las instituciones políticas, judiciales y administrativas, el control o la negación del conocimiento se vuelven a la vez más simples y por supuesto más absolutos: nos encontramos con el mundo de los secretos oficiales.

Cualquier intento de examinar muy de cerca el poder políticamente institucionalizado está, en pocas palabras, expuesto a sacar a la luz el hecho de que un elemento integral de ese poder es la habilidad bastante conspicua de retener información, negar la observación y dictar los términos del conocimiento. Para la sociología del estado, sería importante simplemente recoger, documentar y tratar de dar sentido a las experiencias de los sociólogos a este respecto. Hasta que eso se haga parece razonable, en vista de tales esfuerzos elaborados de ocultación, suponer que algo realmente importante se está ocultando; que la confidencialidad oficial debe

asumir la culpa de muchas de las deficiencias actuales de los análisis sociológicos y marxistas del estado.

Pero ¿puede hacerlo? Quizá sólo tenemos aquí una dificultad espuria. Muy a menudo, cuando lo oculto sale a flote, los secretos oficiales resultan ser tanto triviales como teóricamente predecibles.[12] Con mayor frecuencia, cuando los documentos del estado se hacen públicos y el trabajo de investigación está terminado, sólo sirve para confirmar o agregar detalles a las interpretaciones elaboradas al calor de los acontecimientos y superficialmente por observadores de mirada aguda bien informados en materia teórica, hace treinta años.[13] Antes de seguir adelante, expresemos

[12] Casi cualquiera de las series inagotables de autobiografías políticas, documentos personales, diarios, etc., que fluyen de las plumas de políticos retirados o que forman parte de esas colecciones de papeles familiares publicadas finalmente por los historiadores, confirmará este punto; lo que se pone de manifiesto es que el egocentrismo de los políticos siempre está más sobredimensionado de lo que uno podría haber imaginado y que la agudeza de la politiquería interpersonal resulta más perspicaz de lo que uno podría haber adivinado. En los relatos de este tipo, por bien documentados que estén, es en realidad muy raro hallar algo que cambie significativamente el sentido previamente establecido y hecho público del carácter esencial y la estructura de poder de un régimen. La explicación de los "acontecimientos" puede cambiar, pero no la comprensión de los "estados". Es en el nivel de lo efímero más que en el de las necesidades de la vida política donde la revelación del trasfondo del mundo de la política es sorprendente; el reciente ejemplo británico más obvio es R. H. S. Crossman, *Diaries of a Cabinet Minister*, Longman, Londres, 1976.

[13] En este sentido, la "escuela" de la historia representada por el trabajo de Maurice Cowling es muy importante. El escrutinio más exhaustivo de la evidencia de los más mínimos detalles conduce sólo a la conclusión de que *The Impact of Labour, 1920-1924* (Cambridge University Press, Cambridge, 1971) o *The Impact of Hitler* (Cambridge University Press, Cambridge, 1976) habían de intensificar las luchas políticas internas, reorganizar las alianzas personales y las oportunidades de cada político, y aclarar en la mente de los actores políticos la clase y otras alineaciones de poder político que ya habían sido comprendidas por los periodistas informados y por los historiadores desinformados. Una vez más las sorpresas resultan, todas, estar a nivel de los acontecimientos, no de las estructuras.

nuestras dudas sobre la importancia de la confidencialidad oficial.

Pues, entretanto, el sentido común en todas sus formas enturbia tal escepticismo. La revista *Private Eye* corre peligro incluso debido a devaneos triviales con la tarea de la investigación política. *The Sunday Times* provoca una crisis pública por sus intentos de publicar los chismes secretos y poco reveladores de los *Diarios* de Richard Crossman. Y Philip Agee y Mark Hosenball son deportados porque, según les dijeron y nos han dicho, sus conocimientos podrían poner en peligro las vidas de empleados del "estado" —personas reales desconocidas e imposibles de conocer cuya existencia como "hombres de estado" está realmente en peligro por lo que es, presumiblemente, la verdad sobre sus actividades—. Simultáneamente, Joe Haines informa sobre el manejo persistente, encubierto y artero del conocimiento por parte de los funcionarios del Tesoro en su batalla para imponer una política de ingresos legales a los políticos electos que se comprometieron a luchar contra esa política.[14] Por su parte, Tony Bunyan se encuentra en la extraña situación de poder demostrar la existencia de una policía política muy eficaz y represiva en este país en los años treinta, al tiempo que su sugerencia de que esos organismos existen todavía en los setenta es calificada de "poco convincente" porque, en efecto, no pudo romper la densa y peligrosa barrera del secreto policial contemporáneo.[15] El hecho

[14] J. Haines, *The Politics of Power*, Hodder and Stroughton, Londres, 1977; resulta por supuesto sintomático de la forma en que las realidades políticas se enmascaran en las sociedades capitalistas avanzadas que la recepción pública de este libro haya tenido que ser casi por completo en términos de los comentarios del autor sobre las relaciones políticas personales, y que su análisis sumamente perspicaz e informado de una estructuración institucional de poder haya sido prácticamente pasado por alto.

[15] T. Bunyan, *The Political Police in Britain*, Quartet Books, Londres, 1976; *cf.* la reseña de este libro en *Rights*, vol. I, p. 1, 1976.

de que alguien pueda imponer un secreto es, sin duda, la evidencia de que esa persona tiene poder y, también, de que tiene algo que ocultar (deducción de sentido común).

En suma, la experiencia, si no los resultados de la investigación académica y de la práctica política, tiende a la conclusión de que existe una realidad oculta de la política, una institucionalización del poder político entre los bastidores de las agencias en el escenario del gobierno; de que el poder combate eficazmente los hallazgos y de que, de manera verosímil, éste podría ser identificado como "el estado". En otras palabras, sigue siendo razonable suponer que el estado, como entidad especial independiente y autónoma, está de hecho allí y es realmente poderoso, y que un aspecto de su poderío es su capacidad para impedir el estudio adecuado del estado. Pareciera que tenemos pruebas de que el propio estado es la fuente de la capacidad del estado para desafiar nuestros esfuerzos por desenmascararlo.

UNA ALTERNATIVA

Ahora quiero sugerir que todo este involucramiento en el problema del estado puede ser, en un sentido importante, una fantasía. Hemos estado, argumentaré, atrapados tanto en la sociología política como en el marxismo por una cosificación que, en sí, obstaculiza seriamente el estudio eficaz de una serie de problemas sobre el poder político que deberían preocuparnos —aun cuando el peso de las ideas heredadas del posthegelianismo haga probablemente inevitable esa trampa—. La dificultad que hemos experimentado en el estudio del estado se basa en parte en el enorme poderío del poder político: la capacidad del señor Rees de deportar al señor Agee sin dar ninguna razón para hacerlo que no sea el interés del estado es un hecho, y en verdad merece que se lo explique. Pero tal vez sea, igualmente, consecuencia de la forma en que nos hemos presentado ese problema.

Al tratar de reconstruir el tema, comenzaré sugiriendo que la dificultad de estudiar el estado puede verse, en parte, como una consecuencia de su naturaleza, pero en una parte igualmente significativa debe ser vista como una consecuencia de las predisposiciones de quienes lo estudian. En ambos aspectos, el asunto de "estudiar el estado" parece estar atravesado por falacias altamente benthamistas. Y sería mejor dejar el proyecto en esos términos y, en su lugar, estudiar algo que por el momento, y a falta de un mejor término, llamaré la sujeción políticamente organizada. En otras palabras, lo que aquí sugiero es que el estado, al igual que *la* ciudad y *la* familia, es un objeto espurio de preocupación sociológica y que ahora debemos ir más allá de Hegel, Marx, Stein, Gumplowicz y Weber, desde el análisis del estado hasta la preocupación por las realidades de la subordinación social. Si de hecho existe una realidad oculta del poder político, un primer paso hacia su descubrimiento podría constituir un rechazo determinante a aceptar la descripción legitimadora de éste que los teóricos y actores políticos nos ofrecen de manera ubicua y tentadora; es decir, la idea de que ése es "el estado". Mi argumento, en suma, es que debemos tomar en serio la observación de Engels —una de las pocas fuentes clásicas de la teoría marxista del estado, *no* citada, por cierto, en *Political Power and Social Classes*—, en el sentido de que "el estado se nos presenta él mismo como el primer poder ideológico sobre el hombre". O la noción presentada con tanta fuerza en *The German Ideology* [La ideología alemana] de que la característica más importante del estado es que constituye el "interés común ilusorio" de una sociedad: aquí, la palabra clave resulta "ilusorio".[16]

[16] F. Engels, *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy*, en (*e.g.*) L. Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, Doubleday, Nueva York, 1959, p. 236 [Engels, *Obras filosóficas. Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, FCE, México, 1986]; K. Marx y F. Engels, *The German Ideology*, Lawrence and Wishart,

Antes de desarrollar ese argumento, nos ayudará ver un poco más de cerca las dificultades del marxismo y la sociología política en sus presentes relaciones intelectuales con el estado.

EL ESTADO DE LA SOCIOLOGÍA POLÍTICA

A pesar de la constante afirmación de los sociólogos políticos en cuanto a que su disciplina se constituye como un intento de dar una explicación social sobre el estado, en la práctica normal de la sociología política el estado a duras penas es considerado. Lo que ha ocurrido, en cambio, es que la noción del sistema de gobierno, o, en el escrito más reciente de Daniel Bell, "el hogar público", ha absorbido la noción del estado.[17] La explicación sociológica del estado se sustituye por la reducción sociológica del estado —observación mordaz de Sartori, ya en 1968—.[18] Sin embargo, esta transformación no es del todo infructuosa. Al presentar su caso para hacer del sistema de gobierno el concepto central de la sociología política, Parsons, Almond y Easton, los principales defensores de ese proyecto, tenían al menos un argumento a su favor. Se trataba, por supuesto, de la afir-

Londres, 1965, p. 42. [Hay traducción al español: *La ideología alemana*, Ediciones Pueblos Unidos/Grijalbo, Montevideo/Barcelona, 1974.] Aunque hay que admitir que las afirmaciones cruciales de este punto de vista fueron incorporaciones menores de Engels al texto principal del trabajo en colaboración, lo que posiblemente confirma una opinión que he sostenido durante mucho tiempo, en el sentido de que para haberse hecho plena justicia, el propio Engels debería haber colaborado con Durkheim y no con Marx.

[17] D. Bell, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Basic Books, Nueva York, 1976. [*Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977.]

[18] G. Sartori, "From Sociology of Politics to Political Sociology", en S. M. Lipset (ed.), *Politics and the Social Sciences*, Oxford University Press, Nueva York, 1969. [*Política y ciencias sociales*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1971.]

mación de que lo importante para el estudio no eran las estructuras sino las funciones.[19] En efecto, se remontaban a la conocida agenda de la sociología política en la medida en que argumentaban que el carácter distintivo del estado, o de lo político, era una cuestión de los procesos, no de las instituciones: que el estado era una práctica, no un aparato. Como una revisión de principios de la agenda, esa afirmación me sigue pareciendo totalmente sólida. Pero si nos remontamos a los modelos del sistema de gobierno que los escritores funcionalistas nos ofrecieron en la década de 1960, y luego los comparamos con el trabajo empírico que en realidad se ha hecho por los sociólogos políticos en los años setenta y ochenta, aparece una discrepancia fuera de lo común. Muchos de los relatos formales del sistema de gobierno propuestos en los primeros días de la sociología política tomaron la forma de modelos de entrada-salida (input-output).[20] En esos modelos, las funciones de sentido común del estado —la determinación y aplicación de los objetivos, la aplicación de la ley, la legitimación del orden, la expropiación y la asignación de los recursos, la integración de los conflictos— fueron todas característicamente asignadas al lado de salida (output) del proceso político. Hay por supuesto una calidad absurdamente mecanicista sobre dichos modelos. Sin embargo, lo que debe impactarnos del trabajo que, en realidad, han producido los sociólogos políticos, ya que su ámbito se definió de este modo, es que casi

[19] *Cf.* T. Parsons, "Voting and the Equilibrium of the American Political System", en E. Burdick y A. Brodbeck (eds.), *American Voting Behaviour*, Free Press, Glencoe, Ill., 1960; D. Easton, *A Systems Analysis of Political Life*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1965; C. Almond y J. Coleman (eds.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1960; W. Mitchell, *The American Polity*, Free Press, Glencoe, Ill., 1962. La percepción neta del proceso político lograda por esta corriente de análisis tal vez podría oficializarse en el anexo incluido al final de este capítulo.

[20] El mejor conocido, por supuesto, es el sugerido por David Easton, *op. cit.*

todos se han preocupado por las funciones de entrada (input) y no por las funciones de salida (output). Incluso después de su reconstitución funcional, el estado no ha sido estudiado realmente. Aquí, de nuevo, Dowse y Hughes representan confiablemente a sus colegas.[21] Lo que se ha estudiado es la socialización política, la cultura política, los grupos de presión (articulación de intereses), la clase y el partido (la agregación de intereses), los movimientos sociales, incluida la tesis de Michels sobre la degeneración oligárquica de los movimientos sociales, los disturbios, la rebelión y la revolución.[22] De forma abrumadora, se ha prestado atención a los procesos de base del sistema de gobierno y no a las funciones centrales de la coordinación y el despliegue del poder. ¿Por qué?

Una simple respuesta sería que, al organizar de esta manera sus intereses de investigación, los sociólogos políticos, como sus colegas en otras disciplinas, desvían con cautela su mirada del estado y se ocupan, en su lugar, de los sujetos sometidos a él; así, muestran solamente el oportunismo timorato y servil repetida y correctamente vapuleado por Andreski, Nicolaus, Gouldner, Schmidt y Horowitz. Empero, su criterio todavía parece exultante en la determinación normal y la selección de los proyectos de investigación en las ciencias sociales.[23] Las tentaciones de adoptar una orga-

[21] R. E. Dowse y J. Hughes, *op. cit.*, pero nótense especialmente las lagunas en su capítulo 5, "Structures of Power in Industrial Society".

[22] Este patrón era ya evidente en la literatura de la disciplina producida en la década de 1950 —por ejemplo, Lipset y Bendix, *op. cit.*— y no menos evidente en la década de 1970. Considérese la sección "Further Reading" propuesta por Dowse y Hughes.

[23] S. Andreski, *Social Science as Sorcery*, Andre Deutsch, Londres, 1972 [*Las ciencias sociales como forma de brujería*, Taurus, Madrid, 1973]; M. Nicolaus, "The Professional Organisation of Sociology: a View from Below", en R. Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science. Readings in Critical Social*, Fontana, Londres, 1972, pp. 44-60; A. Gouldner, "The Sociologist as Partisan", en *For Sociology*, Allen Lane, Londres, 1973, p. 103; I. Horowitz, *Professing Sociology*, Allen Lane, Londres, 1972.

nización sumisa de la investigación son atractivas y limitantes, y no lo son menos para quienes ocupan tales posiciones de privilegio que no podrían soportar mucho escrutinio desde abajo.

Sin embargo, en mi opinión, la venalidad no es toda la historia ni, incluso en este país, una gran parte de ella. Tampoco, creo, podemos culpar a los tipos de oportunismo ocupacional ni a la identificación semiconsciente con el poder de los cuales Nicolaus y Horowitz hacen tanto uso en los Estados Unidos. La sociología británica y desde luego su asociación profesional están mucho menos involucradas, felizmente, con las instituciones de poder que sus homólogas estadunidenses. Una de las ventajas de no ser percibido como útil es que, como académicos, nos quedamos relativamente libres para hacer el trabajo que queremos. En esa medida, el fracaso de los sociólogos políticos en atender el estado, incluso dentro de su propia problemática, debe ser explicado en términos de sus inclinaciones intelectuales más que en términos de sus inclinaciones materiales. Existe, quizá, una patología estrictamente profesional de la sociología política que define los problemas importantes e investigables de la disciplina fuera del estado. El aspecto más obvio de esta patología es metodológico. Los métodos distintivos de la sociología política, desde las encuestas de opinión pública en adelante, están adaptados al estudio de las actitudes y el comportamiento de las poblaciones grandes, accesibles y dóciles, y no al estudio de las relaciones dentro de las pequeñas redes inaccesibles y poderosas. En cambio, consideremos lo que sucedió con los esfuerzos de los sociólogos políticos estadunidenses para estudiar incluso las modestas estructuras de poder de las comunidades locales: todo el campo se transformó a la vez en un lodazal de acusaciones virulentas de ineptitud metodológica. De forma más general, a partir de la publicación de *The Power Elite* en adelante, todos los intentos por parte de los sociólogos políticos para examinar las funciones

de autoridad o represivas del sistema de gobierno han sufrido esta reducción metodológica. La línea que va de Dahl a Bachrach y Baratz, a Lukes, a Abell, marca un retroceso constante de hablar de la práctica política a hablar de cómo se puede hablar de la práctica política; una obsesión con el buen método: mejor no decir nada que arriesgarse a ser acusado de sensacionalismo.[24] No parece haberse tomado en cuenta la noción de que una parte suficientemente grande de acumulación de incursiones metodológicamente impuras en la descripción del poder, a la manera de Mills, podría agregar algo convincente.

Más allá de la prohibición metodológica, sin embargo, hay un obstáculo teórico más sustancial dentro de la sociología política que sirve para desalentar la atención a lo que los propios sociólogos políticos afirman que es el problema central de su campo.

Aquí, pueden identificarse dos dificultades primordiales. En primer lugar, la traslación funcional de la noción de estado efectuada por Easton, Almond, Mitchell y otros, y generalmente aceptada como una estrategia definitoria fundamental de la sociología política, ha dejado a los sociólogos políticos con una noción curiosamente nebulosa, imprecisa de justo qué es o dónde se encuentra su supuesto *explicandum* principal. Una vaga concepción de las funciones que se realizan —"el logro de objetivos", "regla de adjudicación", etc.— abre necesariamente la puerta a un concepto

[24] R. Dahl, *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, Yale University Press, New Haven, 1961 [*¿Quién gobierna? Democracia y poder en una ciudad estadunidense*, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2010]; N. Polsby, *Community Power and Political Theory*, Yale University Press, New Haven, 1963, y "Pluralism in the Study of Community Power", *The American Sociologist*, vol. IV, núm. 2, Nueva York, mayo de 1969, p. 118; P. Bachrach y M. S. Baratz, *Power and Poverty*, Oxford University Press, Oxford, 1970; S. Lukes, *Power: A Radical View*, Macmillan Press, Londres, 1974 [*Poder: un enfoque radical*, Siglo XXI Editores, Madrid, 2007]; P. Abell, "The Many Faces of Power and Liberty", *Sociology*, vol. XI, núm. 3, enero de 1977, p. 3.

vago de las estructuras y procesos que intervienen en su desempeño. Está claro, por ejemplo, para tomar el caso de Almond y Coleman, que incluso en las condiciones de alta especificidad de estructura atribuida a los sistemas de gobierno "modernos" no surgirá una relación uno-a-uno entre las estructuras "gubernamentales" y las funciones "autorizadas". Así, aunque estos autores siguen insistiendo en "la distinción analítica entre la sociedad y el sistema de gobierno", los derrota la identificación estructural de las fases clave del sistema de gobierno, por no hablar de su relación con la sociedad.[25] Suzanne Keller está, pues, en la misma línea de la mayoría de sus colegas cuando abandona el concepto de estado en favor de las nociones, más incluyentes y menos comprometidas, de "un centro social, un núcleo, un punto de apoyo", optando al final por la idea de "unificación en torno a un centro simbólico".[26] La idea de centro preserva la concepción de funciones del estado, en principio, pero deja desastrosamente abiertos todos los interrogantes acerca de la ejecución de dichas funciones. Por otra parte, inhibe tanto empírica como conceptualmente el análisis de los procesos pertinentes al reducir drásticamente la especificidad de las propias funciones. Como ya se indicó, la verdadera tendencia de la sociología política consiste, tal vez, no tanto en explicar el estado sino en afirmar que no es relevante.

El segundo problema tiene que ver con la persistencia en la sociología política de un interés inicial en un determinado tipo de cuestión de fondo, la cuestión de la entrada en el terreno de la acción política de poblaciones previamente sumisas. Dentro de la amplia estructura intelectual del campo, a saber, la separación entre estado y sociedad, esto se convirtió en el urgente problema práctico para la

[25] Almond y Coleman, *op. cit.*: compárese en especial la promesa de la introducción con lo que realmente se ofrece en la conclusión.

[26] S. I. Keller, *Beyond the Ruling Class*, Random House, Nueva York, 1963, p. 34. [*Más allá de la clase dirigente*, Tecnos, Madrid, 1971.]

casi totalidad de los pioneros, cuyo trabajo se consideró que definía debidamente lo que hacían los sociólogos políticos. Hubo muchas razones para esta concentración de interés, algunas radicales, algunas conservadoras, pero su consecuencia general es clara. En la práctica, la sociología política se convirtió en un cuerpo de trabajo concentrado en temas como "la ampliación de la ciudadanía a las clases bajas", "la incorporación de la clase trabajadora", "las condiciones para una democracia estable". En casi todo este trabajo el estado, o algún nexo institucionalizado verdaderamente equivalente del poder central, se dio prácticamente por sentado, ya sea porque fue pensado como dado históricamente o porque se supuso que se trataba de una variable dependiente vulnerable a los efectos impactantes de las fuerzas sociales externas que constituían el objeto inmediato de preocupación. En consecuencia, aunque una percepción del estado estaba allí, el estado no se trató eficazmente como parte del problema en investigación. Lo que hace a los estudios como el análisis de Peter Nettl sobre los socialdemócratas alemanes tan excepcionales como contribuciones a la sociología política es que tratan el problema de la entrada de nuevos grupos como un asunto de carácter genuinamente dual que implica tanto al estado como a la sociedad en interacción activa.[27]

En conjunto, estas inclinaciones teóricas y sustantivas de la sociología política recorren una distancia considerable para explicar por qué, en la práctica, su preocupación por el estado —a pesar de su importancia, en principio— se ha preservado en forma muy rudimentaria. Más aún, en la medida que *se ha* desarrollado, ha sido en gran parte como resultado inesperado de los estudios de las presuntas funciones de "entrada" (input) y procesos del sistema de gobierno como la socialización política, y no consecuencia de

[27] J. P. Nettl, "The Social German Democratic Party 1890-1914 as a Political Model", *Past and Present*, núm. 30, abril de 1965.

un ataque directo al tema central. Es decir, los mejores estudios de socialización han encontrado que ese tipo de entrada (input) es configurado de manera más bien fuerte por poderosas acciones e influencias en sentido descendente que emanan desde "el centro".

El estudio de la socialización política, una de las ramas más florecientes de la sociología política, tiene sentido en sí mismo dentro del patrón general de interés en el problema de los "nuevos grupos". El tema planteado por los nuevos grupos simplemente se extendió para incluir la domesticación de lo que Parsons ha llamado la "invasión al estilo de los bárbaros" de niños recién nacidos, así como el control de lo que Lipset ha denominado los "excesos populistas" de invasores más maduros. Sin embargo, el trabajo en esta área ha tendido de manera extraña a "redescubrir" el estado, y, en esa medida, constituye una de las características más creativas y prometedoras de la sociología política contemporánea. (Véase, por ejemplo, el debate de Dawson y Prewitt sobre el problema de "aprender a ser leales", o la demostración de David Easton sobre la forma en que los hijos llegan a fundir a los padres, los presidentes y policías en un solo paquete de autoridad benigna.[28])

Por supuesto, es cierto que este tipo de estudios descubren al estado en sólo un aspecto muy especial. Lo que se percibe es un agente legitimador más bien poderoso. Aquellos sociólogos atraídos por una concepción weberiana de la política, de los cuales Daniel Bell sea quizá el representante contemporáneo más interesante, y para quienes, en palabras de Bell, "el principio axial del sistema de gobierno es la legitimidad", concluirán que el verdadero progreso se está haciendo mediante la investigación sobre la socializa-

[28] R. E. Dawson y K. Prewitt, *Political Socialisation*, Little Brown, Boston, 1971; D. Easton *et al.*, *The Development of Political Attitudes in Children*, Aldine, Chicago, 1967; F. Greenstein, "The Benevolent Leader", *The American Political Science Review*, vol. LIV, núm. 4, diciembre de 1960, p. 934, y, en general, Dowse y Hughes, *op. cit.*, cap. 6.

ción política.[29] Para aquellos que conciben el estado como una agencia de control y coordinación más enteramente coercitiva, tal conclusión les resultará muy anodina e inadecuada, si es que no vacua. Pero la pregunta es, ¿los sociólogos de esta segunda persuasión pueden demostrar que un estado del tipo en que creen existe realmente? Lo que los estudios de socialización han hecho —en conjunto con otros trabajos enfocados más explícitamente sobre los procesos de legitimación, como el de Mueller— es establecer la existencia de una construcción gestionada de una creencia acerca del estado y aclarar las consecuencias e implicaciones de ese proceso para la vinculación de los sujetos con vistas a su propia sujeción. Además, han demostrado que el proceso de vinculación, aunque no se haya efectuado por el estado, procede en términos de la creación de ciertos tipos de *percepciones* del estado. De la afirmación de Stein relativa a que "el rey es la encarnación de la idea pura del estado" a la creencia del niño estadunidense de que "el presidente es la mejor persona del mundo", hay difícilmente un gran trecho.[30] El descubrimiento de que la *idea* del estado tiene una realidad política importante, incluso si el propio estado es aún apenas conocido, marca para la sociología política un encuentro significativo y poco común de empirismo y una posible teoría de lo político.

En otras palabras, el estado surge de estos estudios como una cosa *ideológica*. Se puede entender como el dispositivo en función del cual se legitima el sometimiento; y, como cosa ideológica, puede en realidad demostrarse que trabaja así. Nos presenta el poder político institucionalizado de una forma que es a la vez integrada y aislada, y al satisfacer

[29] D. Bell, *op. cit.*, en especial, pp. 220-232.

[30] L. von Stein, *Das Koenigturn*, Leipzig, 1850, citado en E. Schraepler, *Quellen zur Geschichte der sozialen Frage in Deutschland*, Musterschmidt Verlag, Berlín, Gotinga, 1960, p. 130; J. Hess y D. Easton, "The Child's Changing Image of the President", *Public Opinion Quarterly*, vol. XXIV, núm. 4, 1960, p. 632.

estas dos condiciones crea para nuestro tipo de sociedad una base aceptable para la sujeción. Sin que necesariamente nos diga algo acerca de la verdadera naturaleza, el significado o las funciones de las instituciones políticas, da cuenta de las instituciones políticas en términos de cohesión, propósito, independencia, interés común y moralidad. Estamos en el mundo del mito. En este punto, tal vez se vuelven claras las implicaciones para la sociología política del enfoque alternativo que sugiero para el estudio del estado. Una cosa que, si se quiere, podemos saber sobre el estado, es que se trata de un poder ideológico. ¿Es algo más? El mito es, por supuesto, una representación de las realidades que no se ven, pero no es necesariamente una interpretación correcta. No sólo se trata de que el mito haga concreto lo abstracto. Hay sentidos en los que también hace que exista lo inexistente. Desde este punto de vista tal vez la contribución más importante al estudio del estado de los últimos años es una observación pasajera de Ralph Miliband al inicio del capítulo 3 de *The State in Capitalist Society*, en el sentido de que "hay un problema preliminar sobre el estado que muy rara vez se considera, aunque requiere atención si la discusión de su naturaleza y su función ha de ser enfocada correctamente. Éste es el hecho de que el 'estado' no es una cosa, que como tal no existe".[31] En tal caso, nuestros esfuerzos para estudiarlo como una cosa sólo pueden estar contribuyendo a la persistencia de una ilusión. Pero esto nos lleva al punto en que es necesario tener en cuenta las implicaciones de mi enfoque alternativo para el estudio del estado en el marxismo.

[31] R. Miliband, *The State in Capitalist Society*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969, p. 49. [*El Estado en la sociedad capitalista*, 15ª ed., Siglo XXI Editores, México, 1991.]

EL ESTADO DE LA TEORÍA MARXISTA

La característica más notable de los últimos debates marxistas sobre el estado es la forma en que los autores han percibido tanto la no entidad del estado como su fracaso en aferrarse a la lógica de esta percepción. Parece que dentro del marxismo hay razones de peso tanto para reconocer que el estado no existe como una entidad real, que, en el mejor de los casos, es un objeto formal abstracto, al decir de Poulantzas, como, no obstante, para discutir las políticas de las sociedades capitalistas como si el estado fuera en efecto una cosa y, "como tal, existiera".[32] Por supuesto, Marx, Engels y Lenin conceden autoridad a esta ambigüedad, asegurándonos que el estado es de algún modo y simultáneamente una ilusión y "un órgano superpuesto a la sociedad" de manera bastante poco ilusoria; tanto una simple máscara del poder de clase como "una fuerza política organizada" por su propio derecho.[33] En consecuencia, en lugar de dirigir su atención a la forma y los medios por los cuales la *idea* de la

[32] En un comentario sobre una versión anterior de este artículo, el doctor P. R. D. Corrigan afirma enérgicamente "que el estado a la vez es ilusorio y está allí; de hecho, su 'estar allí' es la manera en que se sostiene la ilusión" y, de nuevo, que el estado es "una ilusión en el sentido de que su pretensión de ser lo que parecía ser no es válida; no es ilusorio en el sentido de que no es un error lógico ni un problema con nuestra vista, ni tampoco un truco de magia lo que lo sostiene sino que, precisamente, lo ocultan los poderes y las relaciones que disimula su pretensión de ser lo que parece ser". También podría decirse, sin embargo, que ya sea que el estado esté o no realmente allí, el análisis marxista tiene que tratarlo como si estuviera realmente allí con el fin de localizar las fases clave de la integración del poder de clase que de otra manera son difíciles de alcanzar; esto parece ser especialmente el caso en Poulantzas, *Classes in Contemporary*..., *op. cit.*, pp. 155-158.

[33] Véase la discusión de estas dualidades en la obra de Marx, Engels y Lenin en S. W. Moore, *The Critique of Capitalist Democracy*, Augustus M. Kelley, Nueva York, 1969. [*Crítica de la democracia capitalista*, 9ª ed., Siglo XXI Editores, México, 1997.]

existencia del estado se ha construido, comunicado e impuesto, se han pronunciado, más o menos incómodos, en favor de la opinión de que la existencia de la idea del estado verdaderamente indica la existencia oculta de una estructura sustancial real de, al menos, una naturaleza equiparable a la estatal. Hay un deslizamiento imperceptible, aunque de gran alcance, del reconocimiento de los principios del estado como un objeto formal-abstracto al tratamiento del estado como un agente "real y concreto" con voluntad, poder y actividad propia. Incluso Miliband, notablemente el menos viciado de los analistas marxistas del estado, se mueve a lo largo de ese camino hasta un punto donde encontramos que el estado, por ejemplo, se "interpone entre los dos lados de la industria, no, sin embargo, como neutral sino como partidario", y tiene una "reconocida y declarada propensión a invocar sus poderes de coerción en contra de una de las partes en disputa más que en la otra".[34] Y Franz Oppenheimer, quien en 1908 hizo un valiente intento de demostrar que el concepto de estado no era más que "el principio básico de la sociología burguesa" y de exponer las realidades de la apropiación política forzosa o, como lo expresó, "el robo" que está detrás y que sustenta este principio, se encontró hablando del estado como si "él [estado] mismo fuera el ladrón"; desenmascaraba al estado como una especie de objeto real y concreto sólo para reconstituirlo como otro.[35] Pero la versión más compleja y ambigua de esta inconfundible ambigüedad marxista es por supuesto la de Poulantzas.

Antes de intentar un recuento de los tratos de Poulantzas con el estado, sin embargo, vale la pena considerar por qué el marxismo, en general, se ha mostrado tan susceptible a este tipo de ambigüedad. Creo que es el resultado de

[34] R. Miliband, *op. cit.*, p. 81.

[35] F. Oppenheimer, *The State*, The Bobbs-Merrill Company, Nueva York, 1914.

una tensión no resuelta entre la teoría marxista y la práctica marxista. Para explicar la integración de las sociedades de clases, la teoría marxista necesita al estado como un objeto formal-abstracto. En este sentido, puedo ver escasa discontinuidad real entre el joven y el viejo Marx o entre Marx y los marxistas: todos están hipnotizados por el brillante efecto de haber dado vuelta a Hegel, y así descubrir al estado como la concentración política de las relaciones de clase. En particular, las relaciones de clase de las sociedades capitalistas se coordinan a través de una combinación única de funciones coercitivas e ideológicas que están convenientemente ubicadas como las funciones del estado. A la inversa, las instituciones políticas se pueden analizar desde el punto de vista particular del desempeño de tales funciones dentro del contexto general de la dominación de clase. Al mismo tiempo, la práctica marxista necesita al estado como un objeto real y concreto, el objeto inmediato de la lucha política. La práctica política marxista es, sobre todo, la generación de la lucha política de clases más allá de la lucha económica. En esa medida, supone la separación de lo económico y lo político: la dominación política por separado debe confrontarse mediante una lucha política independiente. Y puede verse fácilmente que proponer que el objeto de esa lucha sea sólo una entidad formal y abstracta tendría poco atractivo revolucionario. La seriedad y amplitud de la lucha por conquistar el poder político exigen un punto de vista serio acerca de la realidad autónoma del poder político. Paradójicamente, exigen también la suspensión de la incredulidad acerca de la existencia concreta del estado. En efecto, optar por la lucha política se convierte así en el hecho de participar en la construcción ideológica del estado como una entidad real.

Mantener un equilibrio entre las exigencias teóricas y prácticas del marxismo se convierte, así, en una cuestión bastante compleja. Esto se logra en *La ideología alemana*, pero rara vez en otra parte:

> Toda clase que aspire a implantar su condición de amo, aun cuando su dominación [...] postule la abolición de toda forma de la sociedad anterior y de toda dominación en general, tiene que empezar conquistando el poder político, para poder presentar su interés como el interés general, cosa a la que en el primer momento se ve obligada; [...] la lucha *práctica* [...] impone como algo necesario la interposición práctica y el refrenamiento por el interés "general" ilusorio bajo la forma del estado.[36]

Con mayor frecuencia, la exigencia de una unidad de la teoría y la práctica funciona por sí sola por la aceptación teórica del estado como una entidad real, existente, "una fuerza política organizada" que actúa por derecho propio; la teoría se convierte, entonces, en un asunto de descifrar la relación entre las acciones de esa fuerza y el campo de la lucha de clases. La ambigüedad de muchos recuentos marxistas del estado puede, así, entenderse no tanto como una cuestión de error doctrinal, sino más bien como la expresión de la combinación y confusión de la teoría y la práctica en lugar de una unidad real.

Tanto Miliband como Poulantzas casi consiguen escapar de esta dificultad. Pero ninguno lo logra. Tras haber reconocido la no entidad del estado, Miliband aporta una alternativa bastante conocida por los politólogos que él llama el "sistema-estado", una agrupación de instituciones de control político y ejecutivo, y su personal clave, la "élite del estado": "el gobierno, la administración, el ejército y la policía, la rama judicial, el gobierno subcentral y las asambleas parlamentarias".[37] Claramente, estas agencias y actores existen en el ingenuo sentido empírico como objetos concretos y es perfectamente posible, deseable y necesario preguntar cómo se relacionan entre sí —qué *forma* de sistema-estado

[36] K. Marx y F. Engels, *op. cit.*, primera parte, p. 53.
[37] R. Miliband, *op. cit.*, p. 54.

abarcan— y cómo se relacionan, como un conjunto, con otras fuerzas y elementos en una sociedad —qué *tipo* de estado se constituye a partir de su existencia—. Éstas son, en efecto, las cuestiones en que Miliband insiste. La afirmación de que, en conjunto, estas agencias y actores "conforman el estado" es una propuesta analítica totalmente sólida y sirve para diferenciar con toda claridad al estado como un objeto abstracto del sistema político en su conjunto. Pero hay otras cuestiones cruciales sobre la naturaleza y las funciones de ese objeto en relación con las cuales el enfoque de Miliband es menos útil. La dificultad surge cuando al final de *The State in Capitalist Society*, Miliband dice que "el estado" ha sido el "agente principal" que "ha contribuido a mitigar la forma y el contenido del dominio de una clase".[38] La conclusión que habríamos esperado, de que la práctica política o la lucha de clase han mitigado el dominio de clase al actuar en, y por medio de, el poder político institucionalizado o el sistema de estado, no es de gran ayuda; en cambio, el estado se reapropia de la unidad y voluntad que al principio el autor se ha esforzado por negar.

Lejos de desenmascarar al estado como un poder ideológico, la noción más realista del sistema de estado sirve, en todo caso, para hacer más creíbles sus pretensiones ideológicas. Y, por tanto, una de las tareas principales en el estudio del estado, la comprensión y la exposición de la forma en que el estado se construye como un "interés general ilusorio", queda sin resolverse y, en todo caso, resulta más difícil de tratar sobre la base de esta clase de realismo. Una característica notable de los dos largos capítulos en los que Miliband discute sobre la legitimación de la sociedad capitalista constituye la virtual inexistencia del estado. No sólo ve la legitimación como algo que ocurre fuera del sistema de estado ("la ingeniería del consentimiento en la sociedad capitalista es aún en gran medida una empresa privada y

[38] *Ibid.*, p. 266.

extraoficial"), a través de los partidos políticos, las iglesias, las asociaciones voluntarias, los medios de comunicación y "el capitalismo en sí", pero la legitimación del sistema de estado en sí *como el estado* no tiene lugar en su relato. Si la construcción del estado ocurre a tal grado, de hecho, independientemente del estado —la excepción principal es, naturalmente, la educación— y puede atribuirse a agentes con una existencia bastante inmediata y concreta, quizá otros procesos políticos, tales como la mitigación de la clase dominante, también podrían ser explicados de esta forma más concreta e inmediata. En cualquier caso, resulta extraño que en una obra escrita en la culminación de un periodo que había visto la reconstrucción ideológica del estado —como el "estado de bienestar"—, tan exhaustiva como cualquier intento desde el siglo XVII, se haya ignorado esa especie de vínculo entre la dominación y la legitimación. ¿Podría tener algo que ver con la incapacidad de resolver el dilema de que el marxismo, a sabiendas de que el estado es irreal "para los efectos de la teoría", necesita que sea real "para los efectos de la práctica"?

Al igual que Miliband, Poulantzas comienza proclamando la irrealidad del estado. Para él, no es un objeto "singular concreto, real", no es algo que existe "en el sentido estricto del término".[39] Más bien es una abstracción, cuya conceptualización es "una condición del conocimiento de los ob-

[39] N. Poulantzas, *Political Power...*, *op. cit.*, p. 12; "Puede decirse que, en el fuerte sentido del término, sólo existen los objetos *reales, concretos, singulares*. El objetivo final del proceso de pensamiento es el conocimiento de estos objetos: por ejemplo, de Francia o de Inglaterra en un momento dado de su desarrollo". Más allá de la precariedad epistemológica de la distinción, como lo ilustra el ejemplo, nos quedamos con una situación en la que todas las herramientas de pensamiento —modo de producción, clase, estado, y así sucesivamente— se consideran por acuerdo irreales, en el sentido fuerte, y la tarea del pensamiento es usarlas sin cosificarlas. Mi sugerencia es que, precisamente cuando estas herramientas son menos útiles, el peligro de la cosificación es mayor; en ese sentido "modo de producción" es una herramienta eficaz, "el estado" no lo es.

jetos concretos reales".[40] Mi punto de vista es más bien que la concepción del estado es una condición de la ignorancia, lo cual elaboraré más adelante. En coherencia con esta idea sobre el problema, adopta de inmediato un recuento funcional más que estructural sobre lo que es el estado; por estado hemos de entender el factor de cohesión dentro de la unidad general de una formación social. Pero, en realidad, la palabra *factor* es ambigua: implica tanto la función como la agencia. Y, por supuesto, las funciones están institucionalizadas. Comienza el deslizamiento. Se dice que la función de cohesión se localiza en lo que Poulantzas llama "un lugar" —el lugar donde las contradicciones de una formación social se condensan—.[41] La finalidad de estudiar el estado en particular es, por tanto, aclarar las contradicciones de un sistema determinado que no son en ningún lado tan discernibles como en este sitio en particular. Y, en segundo lugar, aprehender cómo el sistema en cuestión se vuelve coherente a pesar de sus contradicciones.

La idea del estado o de lo político, como "el factor para mantener la unidad de una formación", es en sí bastante banal y convencional en la ciencia política no marxista y, por tanto, aparte de la forma en que la definición dirige la atención al proceso más que a la estructura, en primera instancia puede darse poco valor específico a este aspecto del análisis de Poulantzas. En concreto, el elemento más prometedor tiene que ser la afirmación de que el mantenimiento de la unidad consiste en la creación de "un lugar" en el que se condensan las contradicciones; en otras palabras, la sugerencia de que un objeto de estudio empíricamente accesible cobra existencia, el cual, si estudia correctamente, nos revelará las modalidades de dominación dentro de sistemas sociales

[40] Poulantzas, *op. cit.*, p. 39.

[41] *Ibid.*, pp. 45. 47-51, y *cf. Classes in Contemporary Capitalism*, pp. 158-159. [*Las clases sociales en el capitalismo actual*. Siglo XXI Editores, México, 2005.]

determinados. La pregunta es: ¿qué tipo de lugar es: tracto-formal o real-concreto? Un funcionalismo co tente propondría, por supuesto, sólo el primero. Poulantza sin embargo, parece hablar de las estructuras político-jurídicas reales de "el estado", de "las estructuras políticas del estado", "del poder institucionalizado del estado", "del estado como una fuerza política institucionalizada", y así sucesivamente.[42] De repente, nos encontramos de nuevo ante la presencia de un estado real. Y, en este caso, la reaparición se vincula explícitamente a las consideraciones de la práctica política: "La práctica política es la práctica del liderazgo de la lucha de clases en y para el estado".[43]

Así, la función se vuelve el lugar y el lugar se convierte en la agencia y la estructura: las estructuras específicas de lo político. El *quid* del análisis parece ser éste: estamos interesados en el desempeño de una función en particular, la cohesión, y postulamos que esa función se lleva a cabo en un lugar determinado, las estructuras políticas, que llamamos el estado; la pregunta empírica por responder se refiere a la relación del estado con la lucha de clases: ¿qué se gana, entonces, al decir e insistir en que el estado debe significar tanto el nombre del lugar como el agente de la función?

[42] *Political Power...*, *op. cit.*, pp. 44, 93 y 132.

[43] *Ibid.*, p. 43: Poulantzas cita aquí las palabras "totalmente aceptables" de M. Verret, *Théorie et politique*, Éditions Sociales, París, 1967, p. 194. El problema para este tipo de análisis es, naturalmente, en especial evidente en cualquier consideración de la práctica política. Para los efectos de la práctica, el estado es tratado principalmente como una estructura, y, de hecho, la estructura más obvia y delimitada, las instituciones políticas ("el estado como un nivel específico de estructuras en una formación social", p. 43). Para los propósitos de la teoría, el estado constituye principalmente un conjunto de funciones: de cohesión, condensación de contradicciones, aislamiento, y así sucesivamente. Y el problema es que las funciones no residen manifiestamente en las estructuras: las estructuras no son simplemente el "lugar" donde se realizan las funciones. Así, el estado comienza a ser redefinido como una especie de estructura intangible más abstracta y generalizada.

¿Darle un nombre no se presta a convertir en espuriamente las cosas no problemáticas las cosas que son, necesariamente, muy problemáticas? No intento menospreciar lo que, en muchos aspectos, es un análisis pionero e importante, en muchos sentidos, de los procesos políticos de las sociedades de clases. Pero creo que en verdad debemos preguntarnos si la centralidad dada en ese análisis al estado constituye realmente un servicio para la comprensión. Que hay una función política de cohesión que se efectúa de forma económica, ideológica y represiva en las sociedades de clases está bastante claro y exige una explicación. Identificarla como el "papel global del estado" me parece, al introducir una concreción fuera de lugar, simplifica en exceso y sobremitifica su naturaleza.

La dificultad se agrava por el hecho de que Poulantzas reconoce claramente que amplias partes del proceso de cohesión y de condensación de las contradicciones no se llevan en modo alguno a cabo dentro de las estructuras "políticas" familiares al sentido común, sino que penetran por doquier a través del sistema social en formas que, si la concepción funcional del estado se ejerce seriamente, hacen insostenible cualquier simple equivalencia entre el estado y las estructuras políticas de la especie propuesta por Miliband.[14] El peligro es ahora que la noción de la funcionalidad global del estado nos llevará a un reconocimiento forzado de la existencia estructural global del estado —tal vez, una sensación de su inmanencia en todas sus estructuras—. Ciertamente, el movimiento se dirige hacia una comprensión abstracta del estado, cuya inespecificidad estructural

[14] Con mucha eficacia, Poulantzas hace este comentario en contra de Miliband durante el debate entre los dos autores, publicado originalmente en la *New Left Review* y reimpreso en R. Blackburn, *op. cit.*, pp. 238-263, en especial pp. 251-252. En cambio, Miliband comenta con mucha eficacia sobre el esquivo carácter estructural del estado en la concepción de Poulantzas, véase especialmente p. 256. Ambas críticas son, por supuesto, totalmente aceptadas y apropiadas.

es tal que hace que la concepción del estado o bien parezca algo redundante, o bien que sustituya a la concepción de la sociedad. Parece que las principales funciones políticas no pueden ser asignadas definitivamente a ningún personal específico, aparatos o instituciones, sino que más bien "flotan" con las corrientes del poder de clase.[45]

Y la misma dificultad de ubicación empaña el intento de tratar el problema desde el punto de vista estructural. Poulantzas adopta una distinción sencilla entre las instituciones y las estructuras, una distinción en la que las instituciones ya son objetos abstracto-formales, sistemas normativos y no agencias concretas. El poder de clase se ejerce a través de instituciones específicas que se identifican adecuadamente como centros de poder. Pero estas instituciones no sólo son vehículos de poder de clase: también tienen funciones y una existencia más propiamente suya. Al mismo tiempo, una estructura, una organización ideológicamente oculta, se constituye a partir de su existencia. Esta estructura oculta de los centros de poder parece ser lo que se entiende por el estado.[46] Y la tarea de estudiar el estado parecería ser, por tanto,

[45] Esto es especialmente evidente en las discusiones de Poulantzas sobre la relación entre el estado y la clase dominante en el capitalismo: *cf. Political Power...*, *op. cit.*, pp. 296-307, y *Classes in Contemporary Capitalism*, *op. cit.*, pp. 156-162, donde se nos dice, por ejemplo, que el estado tiene un "rol específico" en "la elaboración de la estrategia política del capital monopolista" sólo para descubrir que ese rol, de hecho, nunca es ni especificado ni localizado por este autor y, de hecho, no puede serlo porque, por cuestión de principios, "el estado no tiene su propio poder, sino que [...] constituye el lugar (locus) contradictorio de consideración para la correlación de fuerzas que divide incluso a la propia clase dominante". No obstante su aparente precisión, el término "estado" indica realmente el caos.

[46] N. Poulantzas, *Political Power...*, *op. cit.*, pp. 115-117: pero una vez más, cualquier sentido de concreción, de un referente empírico definido de lo que se está hablando se disipa rápidamente; "el estado", en el sentido de las instituciones políticas, es sólo uno entre un congregado de centros de poder, empresas, instituciones culturales, y citado así sucesivamente como otros; sin embargo, es a través del *conjunto* de los centros de poder que se ejecutan las funciones del estado.

en primer lugar una cuestión de levantar la máscara ideológica hasta percibir la realidad del poder del estado —poder de clase— en términos de los cuales se logra la estructuración; y en segundo lugar, una cuestión de identificar los aparatos —funciones y personas— en y a través de los cuales se encuentra y se ejerce el poder del estado. En principio, ninguna tarea es inmanejable, pero el manejo de ambas presupone una concepción bastante determinada de las funciones del estado. Y esto, he sugerido, es lo que Poulantzas, por buenas razones, se niega a adoptar.

Así, las funciones rehúsan adherirse a las estructuras y las estructuras no logran absorber las funciones. Las funciones particulares del estado, económicas, ideológicas y políticas, deben ser entendidas en términos de la función global del estado de cohesión y unificación. La función global elude la ubicación estructural. ¿Acaso sería más fácil prescindir totalmente de la concepción del estado como una realidad estructural oculta e interviniente?[47] ¿Si se abando-

[47] Con el fin de centrarnos en su carácter abstracto-formal, una posibilidad alternativa podría ser concebir el estado no como agente, objeto o estructura, sino como una relación. Ésta es, de hecho, la solución preferida de Poulantzas en *Classes in Contemporary Capitalism, op. cit.* ("el estado no es una cosa sino una relación", p. 161). Pero, por desgracia, esta formulación resulta tan inestable como todas aquellas que la han precedido: la relación resulta ser "más exactamente la condensación de la correlación de fuerzas" dentro de la clase dominante y entre esa clase y otras. Aunque se trata en principio de una afirmación empírica, no es, de hecho, llevada adelante como tal. Mientras tanto, la relación regresa cada vez más a un agente. Si bien en cualquier tipo de acepción de sentido común se diría que las relaciones tienen funciones en lugar de fines, Poulantzas parece motivado a atribuir voluntad autónoma a la relación. Así, el estado "se hace responsable de los intereses de la fracción hegemónica, del capital monopolista" (p. 157); una y otra vez, "es el responsable de los intereses del capital monopolista en su conjunto" (p. 158). Las relaciones, sin embargo, no actúan en este sentido: el matrimonio no se responsabiliza de los intereses de los hombres en relación con las mujeres, aunque bien podría decirse que funcionan con ese fin. En la práctica, Poulantzas no "evita el falso dilema en el que está atrapada la actual discusión del estado, entre el esta-

nara la hipótesis del estado se estaría, entonces, en una mejor o peor posición para entender la relación entre las instituciones políticas y la dominación (de clase)?[48]

Antes de considerar esa posibilidad hay que destacar la existencia de una alternativa menos drástica. Sería posible abandonar la noción del estado como una estructura oculta, pero conservarla para que signifique simplemente el conjunto del poder político institucionalizado —en gran medida a la manera de Miliband—. En la página 92 de *Political Power and Social Classes* [Poder político y clases sociales], y en intervalos frecuentes a partir de entonces, Poulantzas parece estar a favor de esta alternativa. Ahora se nos ofrece la idea del poder político institucionalizado (es decir, el estado) como "el factor de cohesión en una formación social determinada y el punto nodal de sus transformaciones". Aquí, también, tenemos una base perfectamente manejable para el estudio y comprensión del estado. Pero, por desgracia, a la luz del sentido correctamente integral de Poulantzas de cómo se logra la cohesión —lo que es, por supuesto, sustentado por el análisis de legitimación de Miliband—, la simple atribución de esa función al poder político institucionalizado es claramente insuficiente. O bien el estado es más que el

do como una cosa y el estado como sujeto" al considerarlo como una relación. Su comprensión del dilema es correcta, pero el esfuerzo para tratar el estado de manera consistente y exclusivamente como una relación lo derrota; en lugar de proseguir para preguntar ¿qué tipo de relación y entre quiénes?, retorna a la cuestión estéril de la "autonomía relativa del estado [...] inscrita en su propia estructura".

[48] Aquí, el aspecto que debe destacarse es que la dominación es una problemática decisivamente importante y que intentar lidiar con ella pensando en el estado parece, en realidad, haber demostrado que es algo extraordinariamente infructuoso. No sugiero que si negamos toda importancia a la categoría del estado terminaremos con la dominación; no quisiera ser acusado de ese tipo de hegelianismo joven. Pero o en verdad empieza a parecer posible que las relaciones reales de dominación dentro del sistema-estado, y entre éste y otros intereses e instituciones y grupos, puedan verse más claramente de no ser por el aparente problema del estado.

poder político institucionalizado, o bien el estado no es por sí solo el factor de cohesión.[49] Por tanto, podemos considerar seriamente la primera posibilidad; la posibilidad de abandonar el estudio del estado.

LA EXTINCIÓN DEL ESTADO

En su prefacio a *African Political Systems* [Sistemas políticos africanos], A. R. Radcliffe-Brown propone que la idea del estado debe ser eliminada del análisis social.[50] Encontró en ella una fuente de desconcierto y argumentó que los conceptos de gobierno y política eran todo lo que se necesitaba para una adecuada comprensión conceptual de lo político. Mi sugerencia no es tan radical como ésa. Propongo sólo que deberíamos abandonar el estado como objeto material de estudio, sea concreto o abstracto, sin dejar de tomar muy en serio la *idea* del estado. Las relaciones internas y externas de las instituciones políticas y gubernamentales (el sistema-estado) se pueden estudiar de manera eficaz sin postular la realidad del estado. De la misma manera, en particular, se pueden estudiar sus implicaciones con intereses económicos en un complejo general de dominación y sometimiento. Pero los estudios que proceden de esa manera siempre descubren un tercer modo, dimensión o región de la dominación: lo ideológico. Y la función particular de lo ideológico es representar falsamente la dominación políti-

[49] Éste fue, por supuesto, el meollo del debate entre Miliband y Poulantzas mencionado arriba; y fue su incapacidad para ponerse de acuerdo sobre un lugar (locus) para el factor de cohesión distinto al poder político y gubernamental institucionalizado (sistema-estado de Miliband) lo que explica, principalmente, la manera inconclusa y levemente desmoralizadora en que concluyó ese debate.

[50] A. R. Radcliffe-Brown, "Preface", en M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Londres, 1940, pp. XI-XXIII.

ca y económica en formas que legitiman la sujeción. Aquí, al menos en el contexto de las sociedades capitalistas, la idea del estado llega a ser un objeto fundamental de estudio. En este contexto, podríamos decir que el estado es la falsa representación colectiva característica de las sociedades capitalistas. Al igual que otras falsas representaciones colectivas constituye un hecho social..., pero no un hecho en la naturaleza. Los hechos sociales *no* deben ser tratados como cosas.

Desde el siglo XVII la idea del estado ha sido una característica cardinal del proceso de sujeción. Las instituciones políticas, el "sistema de estado", son las verdaderas agencias a partir de las cuales se construye la idea del estado. Sin embargo, el problema para el análisis político es verlo como una construcción esencialmente imaginativa. Engels —admitámoslo, sólo el Engels joven— entendió la cuestión de esta manera como nadie lo ha hecho.

Ya en 1845 lo encontramos argumentando que el estado es llevado a la existencia como una idea con el objetivo de presentar los resultados de la lucha de clases como el resultado independiente de una voluntad legítima sin clases. Las instituciones políticas se convierten en "el estado" de forma que el equilibrio del poder de clase —que es lo que Engels quiere decir por "sociedad"— puede enmascararse como no afectado por la clase. Pero, y aquí volvemos a los actuales modos de analizar el estado, "la conciencia de interconexión" entre la construcción del estado como una entidad independiente y las realidades del poder de clase "se embota y puede perderse por completo". Más específicamente, "una vez que el estado se ha convertido en un poder independiente frente a la sociedad, produce inmediatamente una nueva ideología" —una ideología en la que se da por sentada la realidad del estado y en la que se pierde por completo la "conexión con los hechos económicos"—.[51] Mi su-

[51] F. Engels, *Ludwig Feuerbach and the End...*, *op. cit.*, pp. 236-237.

gerencia es que en la búsqueda de desmantelar esa ideología no basta con tratar de redescubrir la conexión con los hechos económicos *dentro de* los términos generales de la ideología como un todo, la aceptación de la realidad del estado. Más bien, tenemos que atacar implacablemente todo el conjunto de afirmaciones en términos de las cuales se propone la existencia del estado.

El estado, entonces, no es un objeto equivalente a la oreja humana. Ni tampoco es, incluso, un objeto equivalente al matrimonio humano. Es un objeto de tercer orden, un proyecto ideológico. Es, ante todo, un ejercicio de legitimación; y es de suponer que lo que se legitima es algo que, si se pudiera ver directamente y tal como es, sería ilegítimo, una dominación inaceptable. Si no ¿para qué tanto trabajo legitimador? En suma, el estado es un intento de lograr sustento para, o tolerancia de, lo indefendible y lo intolerable, presentándolos como algo distinto de lo que son, es decir, dominación legítima, desinteresada. El estudio del estado, visto de este modo, empezaría por el estudio de la actividad esencial que está implícita en una visión seria del estado: la legitimación de lo ilegítimo. Las instituciones inmediatamente presentes del "sistema de estado" —y, sobre todo, sus funciones coercitivas— constituyen el objeto principal de esta tarea. Se trata esencialmente de sobreacreditarlas como una expresión integral del interés común, disociada limpiamente de cualesquiera de los intereses sectoriales y de toda estructura (clase, iglesia, raza, y así sucesivamente) asociada a ellos. Los organismos en cuestión, sobre todo las instituciones administrativas, judiciales y educativas, son convertidos en agencias de estado como parte de un proceso histórico de sujeción muy específico, y convertidas, precisamente, en una lectura y una cobertura alternativas de ese proceso. Considérese la relación entre la aceptación y difusión del recuento de John Locke acerca de la obligación política y la reconstitución del gobierno sobre la base de la acumulación privada en la

Inglaterra del siglo XVIII.[52] O pensemos en la relación entre el descubrimiento del servicio civil como elemento integral del estado y el alcance de operaciones logrado por la producción y comercialización capitalista en el último cuarto del siglo XIX.[53] No ver al estado, en primera instancia, como un ejercicio de legitimación, de reglamentación moral, es, a la luz de tales conexiones, participar, efectivamente, en la generación de confusiones que constituye el punto crucial en la construcción del estado.

Y en nuestro tipo de sociedad, al menos, la siembra del desconcierto es la manera central de sujeción. Los ejércitos y las cárceles son los instrumentos de respaldo del peso de la legitimidad. Por supuesto, lo que se legitima es, en la medida en que se legitima, el poder real. Los ejércitos y las cárceles, la Patrulla Especial y las órdenes de deportación, así como todo el proceso de imposición fiscal —que Bell ve astutamente como "el esqueleto del estado despojado de todas sus ideologías desorientadoras"—, son, todos, bastante contundentes.[54] Pero es su asociación con la idea del estado y la invocación de esa idea lo que silencia las protestas, disculpa la fuerza y nos convence a casi todos de que la suerte de las víctimas es justa y necesaria. Sólo cuando se rompe esa asociación emergen poderes reales ocultos. Y cuando lo hacen, no son los poderes del estado, sino de los ejércitos de liberación o represión, los gobiernos extranjeros, los movimientos guerrilleros, los soviets, las juntas, los partidos, las clases. El estado por su parte nunca emerge excepto como una pretensión de dominación —afirmación que se ha hecho tan verosímil que casi nunca se puso en duda—. De manera muy apropiada, la fuente más común de cuestiona-

[52] C. B. Macpherson, *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford University Press, Oxford, 1962.

[53] Un análisis valioso de esta conexión la proporciona P. R. D. Corrigan, *State Formation and Moral Regulation in 19th Century Britain*, disertación de doctorado, University of Durham, 1977.

[54] D. Bell, *op. cit.*, p. 220, menciona a Rudolf Goldscheid.

miento no es la teoría marxista o la sociología política, sino la exigencia específica creada cuando los revolucionarios son juzgados individualmente por subversión, sedición o traición. Es en documentos tales como el discurso de Fidel Castro en la sala de juicios —y casi de forma exclusiva en este tipo de documentos— donde las pretensiones de los regímenes de ser estados son desenmascaradas.[55]

El estado es, entonces, en todos los sentidos del término, un triunfo del ocultamiento. Oculta la historia y las relaciones de sujeción reales detrás de una máscara ahistórica de legitimidad ilusoria: se las arregla para negar la existencia de conexiones y conflictos que, de ser reconocida, sería incompatible con la autonomía reclamada y la integración del estado. El verdadero secreto oficial, sin embargo, es el secreto de la no existencia del estado.

DESCIFRAR LA LEGITIMIDAD

La forma de representación falsa lograda por la idea del estado en las sociedades capitalistas es incisiva y bien captada por Poulantzas, a pesar de que no logra comprender en su totalidad que se trata de una representación falsa.[56] Me parece que esta combinación de percepción y falta de visión se puede atribuir directamente a su fundada objeción al análisis histórico —y aquí llegamos a una seria cuestión práctica con respecto al estudio del estado—. Él ve con toda claridad lo que, socialmente, hace la idea del estado pero, debido a que la historia no es admisible en su esquema de análisis, sólo puede explicar cómo lo hace al suponer que es hechura del estado. Para él, el estado tiene que existir para explicar sus propias observaciones. Sólo una investigación

[55] M. Alexandre (ed.), *On Trial. Fidel Castro*, Lorrimer Publishing, Londres, 1968.

[56] N. Poulantzas, *Political Power...*, *op. cit.*, pp. 195-223.

muy minuciosa de la construcción del estado como un poder ideológico podría permitir un reconocimiento de los efectos que observa en combinación con la negación de la idea de que son efectos del estado.

En las sociedades capitalistas, la introducción del estado es especialmente penetrante, opaca y desconcertante. En esencia, implica la segregación de las relaciones económicas de las relaciones políticas, la anulación dentro del campo de las relaciones políticas de la pertinencia o conveniencia de la clase y la proclamación de lo político como una esfera autónoma de unificación social. Poulantzas percibe todo esto admirablemente y con una claridad que no consiguió plasmar en ningún texto anterior: "A través de todo un complejo funcionamiento de lo ideológico, el estado capitalista oculta sistemáticamente su carácter de clase política a nivel de sus instituciones políticas".[57] Su análisis del "efecto de aislamiento", que es el espejismo especial y fundamental de la idea del estado en las sociedades capitalistas, es totalmente convincente. Y, sin embargo, después de haber llegado tan lejos no puede aceptar que la idea del estado forma en sí misma parte del espejismo. Más bien, insiste en que las estructuras del estado no deben reducirse a lo ideológico: "El estado representa la unidad de un aislamiento que, a causa del papel desempeñado por lo ideológico, es en gran medida su propio efecto".[58] Su argumento parece implicar tanto la afirmación de que el estado es un fraude ideológico perpetrado en el transcurso de la imposición de la sujeción como la creencia de que el estado tiene una existencia no fraudulenta como estructura vital del modo de producción capitalista.

[57] *Ibid.*, p. 133: pero adviertan que, incluso aquí, el estado es tanto un agente como una fuente de confusiones, este autor simplemente no puede escapar del velo de ilusión creado por la idea del estado aunque sabe que es un velo de ilusión.

[58] *Ibid.*, p. 134.

Creo que lo primero puede demostrarse claramente como legítimo y que lo último es una afirmación indemostrable que sólo tiene sentido dentro de un sistema teórico cerrado pero sin ninguna garantía o validez independiente. Una vez más, no podemos menos que impresionarnos por el escaso margen de error. Una y otra vez está a punto de desenmascarar al estado en su totalidad; una y otra vez sus presupuestos teóricos le impiden seguir sus propios argumentos hasta la conclusión adecuada. Así, "el papel de la ideología [...] no es simplemente el de ocultar el nivel económico que siempre es determinante, sino el de ocultar el nivel que tiene el papel preponderante y ocultar el hecho mismo de su dominación".[59] La ideología, en otras palabras, desplaza al poder desde su centro verdadero a uno aparente. Pero incluso esto no lleva a la conclusión de que en el modo de producción capitalista, donde "lo económico [...] juega el papel preponderante" y donde en consecuencia "vemos la preponderancia de la región jurídico-política en lo ideológico", el estado podría ser primordialmente un poder ideológico, una falsa representación efectuada de manera convincente.[60] Lo que realmente necesita son dos objetos de estudio distintos: el sistema-estado y la idea-estado. Llegamos, pues, a una pregunta fundamental. Nos es posible inferir razonablemente que el estado como objeto especial de análisis social no existe como una entidad real. ¿Podemos estar de acuerdo con Radcliffe-Brown en cuanto a que también es innecesario como una entidad formal-abstracta, que no nos dice nada en el análisis de la dominación y la sujeción? Obviamente, mi propia conclusión es que podemos. De hecho, que debemos: el postulado del estado sirve, en mi opinión, no sólo para defendernos de la percepción de nuestro propio cautiverio ideológico sino, de forma más inmediata, para ocultar una característica del poder político

[59] *Ibid.*, pp. 210-211.
[60] *Ibid.*, p. 211.

institucionalizado, el sistema de estado, en las sociedades capitalistas, la cual, de otra manera, atraería nuestra atención y demostraría ser el origen de una comprensión mordaz del tipo de poder político que es el poder institucionalizado. Me refiero a la falta de unidad real del poder político. Es esto lo que oculta la idea del estado por encima de todo. El estado es el símbolo unificado de desunión real. Esto no es sólo una falta de unidad entre lo político y lo económico sino, igualmente, una profunda desunión dentro de lo político. Las instituciones políticas, en especial en el sentido ampliado del sistema-estado de Miliband, no logran mostrar de manera visible una unidad de práctica —en la misma medida en que descubren constantemente su incapacidad de funcionar como un factor más general de cohesión—. De manera manifiesta, están enfrentadas entre sí, actúan de forma volátil y confusa. Lo que está constituido a partir de su práctica colectiva es una serie de posturas efímeramente unificadas en relación con cuestiones transitorias sin ninguna coherencia de propósito sostenida. Una unidad de práctica tan duradera como la que logra el conjunto de instituciones políticas es impuesta sobre ellas palpablemente por las organizaciones y los intereses económicos, fiscales y militares "externos". En el Reino Unido, por ejemplo, la única unidad que en realidad se puede discernir detrás de la unidad espuria de la idea del estado es la unidad de compromiso con el mantenimiento, a cualquier precio, de una economía esencialmente capitalista. Este tipo de desunión y desequilibrio es, por supuesto, justo lo que se esperaría encontrar en un campo institucional que es, ante todo, un campo de batalla. Pero es justamente la centralidad de la batalla lo que la idea del estado —incluso para los marxistas— logra enmascarar.

Mi sugerencia, entonces, es que debemos reconocer el carácter persuasivo de la *idea* del estado como poder ideológico y tratarla como un objeto de análisis convincente. Sin embargo, las mismas razones que nos obligan a hacerlo

también nos obligan a no *creer* en la idea del estado, a no reconocer, incluso como objeto formal-abstracto, la existencia del estado. Intenten sustituir la palabra "estado" por la palabra "dios" a lo largo de *Political Power and Social Classes*, y léanlo como un análisis de la dominación religiosa; creo que verán lo que quiero decir. La tarea del sociólogo de las religiones es la explicación de la práctica religiosa (iglesias) y la creencia religiosa (teología): no se le exige debatir y, mucho menos, creer en la existencia de dios.

HACIA UNA RECUPERACIÓN DE LA HISTORIA

La evasión incuestionable de la cosificación, la rechazada por Poulantzas y descuidada por Miliband, es histórica. La única alternativa viable que veo a dar por sentado el estado es entenderlo como una construcción histórica. Aun así, el desenmascaramiento no es automático, como deja en claro el análisis del absolutismo de Anderson.[61] El argumento de *Lineages of the Absolutist State* muestra muy claramente cómo una presentación particular del estado se construyó históricamente como la reconstitución de las modalidades políticas del poder de clase. Sin embargo, incluso este autor no consigue sacudirse de encima la noción de estado: de hecho, "el estado". Cada vez que utiliza esa palabra, otras —régimen, gobierno, monarquía, absolutismo— podrían sustituirla y la única diferencia sería remplazar un término ambiguamente concreto con otros cuyas implicaciones son inequívocamente concretas o abstractas. Pero no sólo se trata de una cuestión semántica. El tratamiento de Anderson revela dos procesos de construcción política. El primero consiste en la centralización y coordinación de la dominación feudal —el "desplazamiento de la coerción en

[61] P. Anderson, *Lineages of the Absolute State*, New Left Books, Londres, 1974. [*El Estado absolutista*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1979.]

sentido ascendente", como curiosamente prefiere llamarla— frente a la eficiencia en descenso del control local y la exacción. Ésta fue una reorganización del aparato de administración feudal sobre una base que mejoraba la posibilidad del control político de la población subyacente en los intereses de la nobleza, pero lo hizo de una manera que también creaba la posibilidad de una coerción política más efectiva en el proceso político entre los nobles.[62] Sin embargo, la naturaleza de la construcción en su conjunto queda plenamente demostrada; un cambio del control coercitivo individualizado de la población rural por uno concertado para la dominación de los nobles a través de la invención de nuevos aparatos de administración y de derecho. El derecho proporciona el terreno común en el que el primer aspecto de la construcción del absolutismo se encuentra con el segundo. Ésta fue la construcción *ideológica* del "estado absolutista" como panoplia de doctrina y legitimación con la que procedió la reorganización de la dominación feudal y en cuyos términos se presentó. Los elementos esenciales de esta construcción ideológica fueron, argumenta Anderson, la adopción del derecho romano como contexto legitimante de la administración centralizada y la formulación en el pensamiento político europeo desde Bodin a Montesquieu de una teoría general de la soberanía, que proporcionaba un fundamento aún mayor para la reconstrucción administrativa que se estaba llevando a cabo.[63] La idea del estado fue creada y utilizada para propósitos sociales específicos en un marco histórico específico, y ésa es la única realidad que tuvo. Todo lo demás es más preciso.

Podría decirse que Anderson no hace verdaderamente justicia a la naturaleza turbulenta de estos procesos de construcción política. Los primeros tiempos de la historia moderna europea tal vez deberían ser vistos de modo más

[62] *Ibid.*, pp. 12-22, 429-430.
[63] *Ibid.*, pp. 24-30, 424-426.

definitivo como la lucha dentro de las noblezas europeas para alcanzar con porrazos o afianzar un fundamento para la dominación renovada y generalizable de los nobles, una lucha en la que los reyes solían prevalecer porque los fundamentos disponibles, tanto institucionales como ideológicos, podían ser garantizados por ellos como reyes de forma única y eficaz. Independientemente de matar a sus rivales, los vencedores de la realeza podían tanto imponer como legitimar la dominación de los nobles mejor que la nobleza derrotada. Del mismo modo, se podría desear agregar al análisis de Anderson sobre la persistente polarización feudal de estos regímenes en sus tratos con las agrupaciones burguesas bastante más énfasis en que la manera de la reconstitución de la dominación feudal en este periodo *permitió* que florecieran ciertos tipos de actividad burguesa: la crisis de la aristocracia se resolvió mediante la creación de estructuras jurídicas, políticas e ideológicas que, a la vez, salvaron a la aristocracia y toleraron a la burguesía; entre los desfavorecidos, fueron de modo único favorecidos.[64] Sin embargo, tales modificaciones no deberían afectar el reconocimiento del carácter magistral de la obra de Anderson en su conjunto. Para este contexto histórico particular, realmente demuestra cómo se perpetró la idea del estado como un "velo de la ilusión" en el curso de una reconstrucción institucional totalmente concreta de dominación y sujeción. Incluso su propio uso acrítico del término "el estado"

[64] Este aspecto es, en realidad, admitido de paso por Anderson, *op. cit.*, p. 23, pero ocupa un lugar muy destacado en los diferentes escritos de Engels: *cf. Anti-Dühring*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1947, p. 126, y, por supuesto, el famoso pasaje en "The Origin of the Family, Private Property and the State", en Marx y Engels, *Selected Works in Two Volumes*, vol. II, 5ª ed., Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962, pp. 170-327 [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Alianza Editorial, Madrid, 2008]: "Con carácter excepcional, sin embargo, se producen periodos en los que las clases en conflicto se equilibran entre sí...", etcétera.

para indicar relaciones y prácticas que él muestra de manera sistemática ser mucho más precisamente identificables que aquél, aunque atenúa el impacto de su argumento, no socava del todo la demostración histórica que alcanza.

Si tal tipo de desenmascaramiento radical del estado es posible para el absolutismo, ¿por qué no lo es para acuerdos políticos más recientes? En el absolutismo, por supuesto, hay cierta franqueza y transparencia brutales que las construcciones posteriores no han reproducido. "L'état, c'est moi" es apenas un intento de legitimación: significa simplemente "Yo y mis mercenarios gobernamos, ¿de acuerdo?". Sin embargo, a fin de cuentas, creo que no es la tan poco fiable astucia de los empresarios políticos lo que más recientemente nos ha engañado, sino nuestra propia participación voluntaria o involuntaria en la idea de la realidad del estado. Si vamos a abandonar el estudio del estado como tal y volver, en cambio, a la investigación histórica más directa de la práctica política de relaciones de clase (y otras), podríamos esperar desenmascarar, por ejemplo, al estado de bienestar con tanta eficacia como Anderson ha desenmascarado al estado absolutista. El estado es, a lo sumo, un mensaje de dominación, un artefacto ideológico que atribuye unidad, moral e independencia a los desunidos, amorales y dependientes funcionamientos de la práctica de gobierno. En este contexto, el mensaje *no* es en definitiva el medio, mucho menos la clave para la comprensión de las fuentes de su producción, o incluso de su propio significado real. El mensaje —la afirmada realidad del estado— es el dispositivo ideológico en cuyos términos se legitima la institucionalización del poder político. Es importante entender cómo se consigue tal legitimación. Pero es mucho más importante captar la relación entre el poder político y no político —entre las categorías de clase, estatus y partido, en términos de Weber—. No hay ninguna razón para suponer que el concepto (ya no digamos la creencia en la existencia) del estado nos ayudará en ese tipo de investigación.

En suma: el estado no es la realidad que está detrás de la máscara de la práctica política. Es, en sí mismo, la máscara que nos impide ver la práctica política tal como es. Es, podría casi decirse, el sentido de un mundo sin sentido, el propósito de las condiciones carentes de propósito, el opio de los ciudadanos. En el sentido de Miliband, hay un sistema-estado: un nexo palpable de la práctica y la estructura institucional centrada en el gobierno y más o menos extensa, unificada y dominante en una sociedad determinada. Y sus fuentes, estructura y variaciones pueden ser examinadas de una manera empírica bastante sencilla. *Hay*, también, una idea-estado, proyectada, difundida y adoptada con mayor o menor celo como creencia en diferentes sociedades en diferentes momentos. Y sus modos, efectos y variaciones también son susceptibles a la investigación. La relación del sistema-estado y la de la idea-estado con otras formas de poder deben y pueden ser preocupaciones centrales de análisis político. Sólo nos metemos en dificultades al suponer que también debemos estudiar el estado: una entidad, un agente, una función o relación por encima del sistema-estado y la idea-estado. El estado surge como una estructuración dentro de la práctica política; comienza su vida como un constructo implícito; entonces se cosifica —como la *res publica*, la cosificación pública, no menos— y adquiere una identidad simbólica manifiesta que se aparta progresivamente de la práctica como un recuento ilusorio de la práctica. La función ideológica se extiende a un punto en el que conservadores y radicales, por igual, creen que su práctica no se dirige al otro sino al estado; prevalece el mundo de la ilusión. La labor del sociólogo consiste en despejar esta confusión, y en este contexto eso significa atender a los sentidos en que el estado no existe, en vez de a aquellos en que existe.

PHILIP ABRAMS

Anexo

SISTEMAS POLÍTICOS

Los sistemas sociales tienen en común *problemas funcionales*:

adaptación
integración
mantenimiento de patrones
logro de objetivos

Los problemas funcionales se manejan mediante *subsistemas funcionales*:

economía
hogar
cultura
sistema de gobierno

Los sistemas de gobierno (sistemas políticos) ejercen *funciones* comunes:

selección y especificación de objetivos
asignación de costos y valores
autorización

El desempeño de estas *funciones* implica:

creación de una *estructura de rol político* en el interior de la que pueden tomarse decisiones vinculantes

La estructura de rol político se genera mediante conjuntos de *intercambios* entre los sistemas de gobierno y otros subsistemas sociales:

Entrada:	exigencias apoyo recursos	estructura de rol/ toma de decisiones	Salida:	decisión implementaciones controles

Las *comunicaciones* que participan en estos intercambios generan también una *cultura política*: la cultura política funciona como un

medio de retroalimentación desde la salida *(output)* a nuevas entradas *(inputs)*, etcétera.

Los *procesos* sociales, centrales para el funcionamiento de los sistemas políticos, se pueden especificar más extensamente:

Entrada:	socialización política contratación articulación y agregación de intereses	Salida:	legitimación divulgación administración

Todos los sistemas políticos tienen *estructura*: pero no elementos comunes de estructura.

Toda estructura política se puede analizar en términos de *propiedades* y *niveles organizativos* comunes:

niveles:	gobierno – régimen – comunidad
propiedades:	diferenciación externa – diferenciación interna y especificidad funcional de roles – visibilidad – formalización – institucionalización de la competencia por los roles de liderazgo – estratificación de influencia – equilibrio de estructuras formales e informales

El *estilo de acción* de toda estructura política se puede evaluar a lo largo de cuatro dimensiones de valores (variables de patrón):

atribución *vs*. consecución
particularismo *vs*. universalismo
efectividad *vs*. neutralidad afectiva
imprecisión *vs*. especificidad

Toda estructura política del mundo real es multifuncional: el estilo de todo desempeño político es "mixto".

Claramente, esa concepción no tiene ni necesidad operativa ni teórica para el concepto de estado. El estado como concepto no se ha explicado, sino que sólo se ha dado cuenta de su insignificancia.

BIBLIOGRAFÍA

Abell, Peter, "The Many Faces of Power and Liberty", *Sociology*, vol. XI, núm. 3, enero de 1977, pp. 3-24.

Alexandre, Marianne (ed.), *On Trial. Fidel Castro*, Lorrimer Publishing, Londres, 1968.

Almond, G., y J. Coleman (eds.), *The Politics of the Developing Areas*, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1960.

Anderson, Perry, *Lineages of the Absolute State*, New Left Books, Londres, 1974. [*El Estado absolutista*, trad. de Santos Juliá, Siglo XXI Editores, Madrid, 1979.]

Andreski, Stanislav, *Social Science as Sorcery*, André Deutsch, Londres, 1972. [*Las ciencias sociales como forma de brujería*, Taurus, Madrid, 1973.]

Bachrach, P., y M. S. Baratz, *Power and Poverty: Theory and Practice*, Oxford University Press, Nueva York, 1970.

Beetham, David, *Max Weber and the Theory of Modern Politics*, George Allen and Unwin, Londres, 1973. [*Max Weber y la teoría política moderna*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1979.]

Bell, Daniel, *The Cultural Contradictions of Capitalism*, Basic Books, Nueva York, 1976. [*Las contradicciones culturales del capitalismo*, Alianza, Madrid, 1977.]

Bendix, R., y S. M. Lipset, "Political Sociology: an Essay and Bibliography", *Current Sociology*, vol. VI, núm. 2, International Sociological Association, Londres, junio de 1957, pp. 79-99.

Bentham, Jeremy, *The Handbook of Political Fallacies*, H. A. Larrabee (ed.), Harper and Brothers, Nueva York, 1962.

Bunyan, Tony, *The Political Police in Britain*, Quartet Books, Londres, 1976.

Corrigan, P. R. D., *State Formation and Moral Regulation in 19th Century Britain*, disertación de doctorado, University of Durham, 1977.

Cowling, Maurice, *The Impact of Labour, 1920-1924*, Cambridge University Press, Cambridge, 1971.

———, *The Impact of Hitler: British Politics and British Policy, 1933-1940*, Cambridge University Press, Cambridge, 1976.

Crossman, R. H. S., *Diaries of a Cabinet Minister*, Longman, Londres, 1976.

Dahl, Robert A., *Who Governs? Democracy and Power in an American City*, Yale University Press, New Haven, 1961. [*¿Quién gobierna? Democracia y poder en una ciudad estadunidense*, trad. de Belén Urrutia, Centro de Investigaciones Sociológicas, Madrid, 2010.]

Dawson, Richard E., y Kenneth Prewitt, *Political Socialisation*, Little Brown, Boston, 1971.

Dowse, R. E., y J. Hughes, *Political Sociology*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1972.

———, Informe de la Conferencia sobre Sociología Política, patrocinada por el Political Science Committee of SSRC, Social Science Research Council, Londres, 1974.

Easton, David, *A Systems Analysis of Political Life*, John Wiley and Sons, Nueva York, 1965.

Easton, David, *et al.*, *The Development of Political Attitudes in Children*, Aldine, Chicago, 1967.

Engels, Friedrich, *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy*, Foreign Languages Press, Beijing, 1976. [*Engels. Obras filosóficas. La subversión de la ciencia por el señor Eugen Dühring. Dialéctica de la naturaleza. Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Del socialismo utópico al socialismo científico*, trad. de Wenceslao Roces, FCE, México, 1986.]

———, *Anti-Dühring*, Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1947.

———, *Ludwig Feuerbach and the End of Classical German Philosophy*, en L. Feuer (ed.), *Marx and Engels: Basic Writings on Politics and Philosophy*, Doubleday, Nueva York, 1959.

Engels, Friedrich, *The Origin of the Family, Private Property and the State*, en Marx, Engels, *Selected Works in Two Volumes*, vol. II, 5ª ed., Foreign Languages Publishing House, Moscú, 1962, pp. 170-327. [*El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Alianza Editorial, Madrid, 2008.]
Gouldner, A., "The Sociologist as Partisan", en *For Sociology*, Allen Lane, Londres, 1973, pp. 103-116.
Greenstein, F., "The Benevolent Leader Revisited: Children's Images of Political Authority", *The American Political Science Review*, vol. LIV, núm. 4, diciembre de 1960, pp. 934-943.
Greer, S., y P. Orleans, "Political Sociology", en R. L. Faris (ed.), *Handbook of Modern Sociology*, Rand McNally, Nueva York, 1964.
Haines, Joe, *The Politics of Power*, Hodder and Stroughton, Londres, 1977.
Hess, J., y D. Easton, "The Child's Changing Image of the President", *Public Opinion Quarterly*, vol. XXIV, núm. 4, Princeton, Nueva Jersey, 1960, pp. 632-644.
Horowitz, Irving L., *Professing Sociology*, Allen Lane, Londres, 1972.
Keller, Suzanne I., *Beyond the Ruling Class: Strategic Elites in Modern Society*, Random House, Nueva York, 1963. [*Más allá de la clase dirigente*, Tecnos, Madrid, 1971.]
Lenin, V. I., "The State", *Selected Works*, vol. II, International Publishers, Nueva York, 1943.
Lukes, Steven, *Power: A Radical View*, Macmillan Press, Londres, 1974. [*Poder: un enfoque radical*, trad. de Carlos Martín Ramírez y Jorge Deike, Siglo XXI Editores, Madrid, 2007.]
Macpherson, C. B., *The Political Theory of Possessive Individualism: Hobbes to Locke*, Oxford University Press, Oxford, 1962.
Marx, Karl, y Friedrich Engels, *The German Ideology*, Lawrence and Wishart, Londres, 1965. [*La ideología alema-*

na, trad. de Wenceslao Roces, Ediciones Pueblos Unidos/Grijalbo, Montevideo/Barcelona, 1974.]

Miliband, Ralph, *The State in Capitalist Society*, Weidenfeld and Nicolson, Londres, 1969. [*El Estado en la sociedad capitalista*, 15ª ed., trad. de Francisco Aramburo, Siglo XXI Editores, México, 1991.]

Mitchell, William, *The American Polity*, Free Press, Glencoe, Ill., 1962.

Moore, S. W., *The Critique of Capitalist Democracy*, A. M. Kelley, Nueva York, 1969. [*Crítica de la democracia capitalista*, 9ª ed., Siglo XXI Editores, México, 1997.]

Nettl, Peter, "The Social German Democratic Party, 1890-1914, as a Political Model", *Past and Present*, núm. 30, abril de 1965, pp. 65-95.

Nicolaus, M., "The Professional Organisation of Sociology; a View from Below", en R. Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science. Readings in Critical Social*, Fontana, Londres, 1972, pp. 45-60.

Oppenheimer, Franz, *The State*, The Bobbs-Merrill Company, Nueva York, 1914.

Parsons, Talcott, "Voting and the Equilibrium of the American Political System", en E. Burdick y A. Brodbeck (eds.), *American Voting Behaviour*, Free Press, Glencoe, Ill., 1960.

Polsby, N., "Pluralism in the Study of Community Power", *The American Sociologist*, vol. IV, núm. 2, mayo de Nueva Jersey, 1969, pp. 118-122.

———, *Community Power and Political Theory*, Yale University Press, New Haven, 1963.

Poulantzas, Nicos, *Fascism and Dictatorship*, New Left Books, Londres, 1974. [*Fascismo y dictadura. La Tercera Internacional frente al fascismo*, 21ª ed., Siglo XXI Editores, México, 2005.]

———, *Classes in Contemporary Capitalism*, New Left Books, Londres, 1975. [*Las clases sociales en el capitalismo actual*, 12ª ed., Siglo XXI Editores, México, 2005.]

Poulantzas, Nicos, *Political Power and Social Classes*, New Left Books, Londres, 1973. [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI Editores, México, 1969.]

Radcliffe-Brown, A. R., "Preface", en M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Londres, 1940, pp. XI-XXIII.

Runciman, W. G., *Social Science and Political Theory*, Cambridge University Press, Nueva York, 1963. [*Ensayos: sociología y política*, 2ª ed., FCE, México, 1975.]

Sartori, Giovanni, "From Sociology of Politics to Political Sociology", en S. M. Lipset (ed.), *Politics and the Social Sciences*, Oxford University Press, Nueva York, 1969. [*Política y ciencias sociales*, trad. de María Cerezales, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1971.]

Schraepler, E., *Quellen zur Geschichte der sozialen Frage in Deutschland*, Musterschmidt Verlag, Berlín/Gotinga, 1960.

Verret, Michel, *Théorie et politique*, Éditions Sociales, París, 1967.

FRONTERAS BORROSAS: EL DISCURSO DE LA CORRUPCIÓN, LA CULTURA DE LA POLÍTICA Y EL ESTADO IMAGINADO*

Mientras realizaba trabajo de campo en una pequeña aldea en el norte de la India (en 1984-1985, y de nuevo en 1989), que he denominado Alipur, me llamó la atención la frecuencia con que el tema de la corrupción surgía en las conversaciones cotidianas de sus habitantes. La mayoría de las historias que, por la tarde, los hombres se contaban entre sí, al terminar la jornada de trabajo y cuando se reunían pequeños grupos en los lugares habituales para conversar despreocupadamente, tenían que ver con la corrupción *(bhrashtaachaar)* y "el estado".[1] A veces, la conversación gi-

* Agradezco a Purnima Mankekar, James Ferguson, David Nugent, Don Moore, Lata Mani, Jane Collier, John Peters, Elizabeth Perry, Atul Kohli y a tres revisores anónimos por sus observaciones pormenorizadas. Este artículo fue presentado originalmente en un taller sobre las relaciones estado-sociedad en la Universidad de Texas, en Austin, 8-11 de febrero de 1990. Se ha beneficiado de las observaciones críticas de los participantes del taller del Comité Mixto SSRC/ACLS sobre "los vocabularios del estado" de Oriente Próximo y Medio, en Hánover, NH, 24-25 de marzo de 1990. Asimismo, agradezco las aportaciones de los participantes del seminario en el Centro de Estudios Internacionales del MIT y el Coloquio de Antropología en la Universidad de California, Irvine. Muchas preguntas interesantes se plantearon en las presentaciones en la Universidad de Stanford, 12 de octubre de 1992; la Universidad de Columbia, 8 de febrero de 1993, y la Universidad de Pensilvania, 22 de febrero de 1993, algunas de las cuales tendrán que esperar el desarrollo de un manuscrito mucho más extenso. Estoy muy agradecido con la Fundación Fritz de la Escuela de Estudios Internacionales de la Universidad de Washington, y con Fulbright-Hays por subvencionar el trabajo de campo durante el verano de 1989 y el año académico 1991/1992, respectivamente.

[1] En lugar de adoptar la técnica laboriosa de poner, en el texto, "el esta-

raba en torno a la forma en que alguien se las había arreglado para ser más listo que un funcionario que quiso cobrar un soborno; en otras ocasiones, sobre "el precio actual" de una conexión eléctrica para un nuevo pozo tubular o acerca de conseguir un préstamo para comprar un búfalo; otras veces, con respecto a qué funcionario había sido transferido o quién sería el más probable en ser nombrado para un cargo determinado y a quién sustituiría, quién había ayudado voluntariamente a los miembros de su casta o a familiares sin aceptar un soborno, y así sucesivamente. Secciones del código penal se citaban y discutían con gran detalle, la legalidad de ciertas acciones para eludir el procedimiento normal era objeto de acalorados debates, los pronunciamientos de los funcionarios del distrito se trataban a fondo. A veces parecía como si me hubiera topado con una discusión especializada con su propio vocabulario esotérico, una con la que, como laico y forastero, yo no estaba al tanto.

En retrospectiva, lo más llamativo de esta situación es el grado en que el estado ha llegado a estar implicado en el minucioso entramado de la vida cotidiana. Los pueblos del norte de la India, por supuesto, no son únicos en este sentido. Es precisamente la capacidad nada excepcional del fenómeno lo que hace tan desconcertante la escasez de análisis sobre el mismo. ¿La omnipresencia del estado lo hace invisible? ¿O la relativa falta de atención al estado en el trabajo etnográfico se debe a una metodología que privilegia el contacto cara a cara y la proximidad espacial, lo que podría llamarse una "física de la presencia"?

En este artículo intento hacer una etnografía del estado mediante el examen de los discursos de corrupción en la India contemporánea. Estudiar el estado etnográficamente

do" entre comillas, de aquí en adelante omitiré las comillas, salvo en los puntos donde quiero dirigir la atención de manera explícita sobre la naturaleza cosificada del objeto denotado por ese término.

implica tanto el análisis de las *prácticas cotidianas* de las burocracias locales como la *construcción discursiva* del estado en la cultura pública. Este enfoque plantea cuestiones sustantivas y metodológicas fundamentales. Sustancialmente, permite desagregar al estado, centrándose en diferentes burocracias sin prejuzgar sobre su unidad o coherencia. Asimismo, nos permite problematizar la relación entre la translocalidad de "el estado" y las oficinas, instituciones y prácticas necesariamente localizadas por las que éste está ejemplificado. Metodológicamente, genera inquietud sobre la forma en que aplicamos los métodos etnográficos cuando el objetivo consiste en comprender el funcionamiento de una institución translocal que se hace visible en las prácticas localizadas. ¿Cuál es el estatuto epistemológico del objeto de análisis? ¿Cuál es el modo apropiado de recopilar los datos, y cuál es la escala de análisis correspondiente?[2]

En un contexto poscolonial, una etnografía del estado debe también aceptar finalmente el legado del saber occidental con respecto al estado. En este artículo sostengo que debe reexaminarse la distinción convencional entre el estado y la sociedad civil, en la que se basa una parte importante de los estudios académicos sobre el estado. ¿Es el "imperialismo de las categorías"[3] lo que permite que la particular configuración cultural de "estado/sociedad civil" derivada de la experiencia histórica concreta de Europa logre naturalizarse y aplicarse universalmente? En lugar de tomar esta distinción como punto de partida, utilizo el análisis del discurso de la corrupción para cuestionar su utilidad en el contexto de la India. El discurso de la corrupción resulta ser un lugar

[2] Preguntas similares se plantearon anteriormente por L. Nader, "Up the Anthropologist—Perspectives Gained from Studying Up", en D. Hymes (ed.), *Reinventing Anthropology*, Pantheon, Nueva York, 1972, pp. 306-307.

[3] A. Nandy, "The Politics of Secularism and the Recovery of Religious Tolerance", en V. Das (ed.), *Mirrors of Violence: Communities, Riots and Survivors in South Asia*, Oxford University Press, Delhi, 1990, p. 69.

clave a través del cual el estado, los ciudadanos y otras organizaciones y agrupaciones llegan a imaginarse. En lugar de tratar la corrupción como un aspecto disfuncional de las organizaciones estatales, lo veo como un mecanismo a través del cual "el estado" en sí se constituye discursivamente.[4]

Además de la descripción y el análisis, este artículo también tiene un objetivo programático: marcar algunos nuevos horizontes a lo largo de los cuales la futura investigación antropológica sobre el estado podría proceder provechosamente. El objetivo es delimitar algunas de las conexiones más importantes en un espacio muy grande, proporcionando de esta manera un conjunto de propuestas que se puedan desarrollar, desafiar y refutar por otras personas que trabajen en este tema. Al hacerlo, este artículo busca contribuir al cúmulo de trabajo creativo en expansión que está señalando el camino hacia un análisis más fecundo del "estado".[5]

[4] Ese análisis tiene repercusiones importantes para la acción política, ya que sugiere que la lucha por la hegemonía está intrínsecamente ligada a la construcción del estado. Rechaza la cosificación del estado, inherente tanto a los movimientos de vanguardia que "lo" tratan de derrocar como a los movimientos reformistas que intentan trabajar en el seno de "él".

[5] *E.g.* P. Abrams, "Notas sobre la dificultad de estudiar el estado" [véase capítulo 1 de esta edición]; A. Anagnost, "The Politicized Body", en A. Zito y T. E. Barlow (eds.), *Body, Subject and Power in China*, University of Chicago Press, Chicago, 1994; A. Anagnost, "A Surfeit of Bodies: Population and the Rationality of the State in Post-Mao China", en F. Ginsburg y R. Rapp (eds.), *Conceiving the New World Order: Local/Global Intersections in the Politics of Reproduction*, University of California Press, Berkeley, 1995; A. Anagnost, "National Past-Times: Writing, Narrative, and History in Modern China", manuscrito inédito; A. Ashforth, *The Politics of Official Discourse in Twentieth-Century South Africa*, Clarendon Press, Oxford, 1990; J. Brow, "In Pursuit of Hegemony: Representations of Authority and Justice in a Sri Lankan Village", *American Ethnologist*, vol. XV, núm. 2, mayo de 1988; B. Cohn, "The Census, Social Structure and Objectification in South Asia", y "Representing Authority in Victorian India", en *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*, Oxford University Press, Delhi, 1987, pp. 224-254, 632-682; D. Handelman, "Introduction: A Recognition of Bureaucracy", en D. Handelman y E. Leyton

Debo señalar que aún queda mucho por hacer para sentar las bases empíricas de las etnografías del estado. Son muy pocos los documentos que por su fecundidad den evidencia etnográfica de lo que, en nombre del estado, hacen en realidad los funcionarios del nivel más bajo.[8] La investigación sobre el estado, con su enfoque en las estructuras a

(eds.), *Bureaucracy and World View: Studies in the Logic of Official Interpretation*, St. Johns, Newfoundland, Institute of Social and Economic Research, 1978; Handelman, "Introduction: The Idea of Bureaucratic Organization", *Social Analysis: The International Journal of Social and Cultural Practice*, vol. IX, diciembre de 1981; M. Herzfeld, *The Social Production of Indifference: Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*, Berg, Nueva York, 1992; R. Kasaba, "A Time and a Place for the Non-State: Social Change in the Ottoman Empire during the Long Nineteenth Century", en J. Migdal, A. Kohli y V. Shue (eds.), *State Power and Social Forces: Domination and Transformation in the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994; T. Mitchell, *The Effect of the State*, Department of Politics, New York University, manuscrito inédito, 1989; "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *The American Political Science Review*, vol. LXXXV, núm. 1, marzo de 1991; D. Nugent, "Building the State, Making the Nation: The Bases and sand Limits of State Centralization in 'Modern' Peru", *American Anthropologist: Journal of the American Anthropological Association*, vol. XCVI, núm. 2, junio de 1994; M. Taussig, "Maleficium: State Fetishism", en *The Nervous System*, Routledge, Nueva York, 1992; J. Urla, "Cultural Politics in an Age of Statistics: Numbers, Nations, and the Making of Basque Identity", *American Ethnologist*, vol. XX, núm. 4, noviembre de 1993; y M. M. Yang, "The Gift Economy and State Power in China", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXXI, núm. 1, Cambridge University Press, enero de 1989.

[8] Herzfeld comenta: "Por lo tanto, con su tendencia a centrarse en lo exótico y lo extraordinario, la antropología ha dejado de lado las prácticas de la burocracia [...] Sin embargo, como ha observado Handelman, este silencio constituye una omisión notable" (*The Social Production..., op. cit.*, p. 45). La obra de Handelman (*op.cit.*, 1978 y 1981) desarrolla una convocatoria realizada por estudiosos como Nader para "estudiar escrupulosamente" e intenta hacer por las burocracias lo que etnógrafos como Rohlen han hecho por otras instituciones, como los bancos y escuelas. Véase *For Harmony and Strength: Japanese White-Collar Organization in Anthropological Perspective*, University of California Press, Berkeley, 1974, y *Japan's High Schools*, University of California Press, Berkeley, 1983.

gran escala, los acontecimientos memorables, las políticas más trascendentales y las personas "importantes",[7] no ha logrado arrojar luz sobre las prácticas cotidianas[8] de los burócratas que nos hablan sobre los efectos del estado en la vida diaria de la población rural. Es de sorprender que sea muy poca la investigación que se ha llevado a cabo en las ciudades pequeñas (en el caso de la India, en el ámbito del subdistrito), donde un gran número de funcionarios del estado, que constituyen la amplia plataforma de la pirámide burocrática, viven y trabajan: los trabajadores de las aldeas, los custodios de los registros de las tierras, los maestros de escuela primaria, los agentes de extensión agrícola, el personal del hospital civil y otros. Éste es el sitio donde la mayoría de la población en un país rural y agrícola como la India entra en contacto con "el estado", y aquí es donde se forjan muchas de sus imágenes.

Si bien es necesaria la investigación sobre las prácticas de los funcionarios estatales locales, por sí misma no es suficiente para comprender cómo se llega a construir y representar al estado. Esto requiere reflexionar sobre las limitaciones inherentes a los datos recogidos en "el campo". El discurso de la corrupción, por ejemplo, está mediado por los burócratas locales, pero no puede entenderse en su totalidad si uno se mantiene dentro del ámbito geográfico delimitado de un municipio de subdistrito. Aunque en este artículo hago hincapié en el papel de la cultura pública y los fenómenos trasnacionales, no quiero sugerir que los méto-

[7] P. Evans, D. Rueschemeyer y T. Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985; T. Skocpol, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979. [*Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, FCE, México, 1984.]

[8] P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice*, Cambridge University Press, Cambridge, 1977. [*Bosquejo de una teoría de la práctica*, Prometeo, Buenos Aires, 2012.]

dos cara a cara de la etnografía tradicional son irrelevantes. Sin embargo, sí quiero cuestionar la hipótesis respecto a la superioridad natural —la afirmación de la autenticidad— implícita en los derechos del conocimiento generados por el hecho de "estar allí" (lo que podríamos llamar el "imperativo ontológico"). Tales reivindicaciones de la verdad se fortalecen precisamente por el apego a la limitada noción de "sociedad" y "cultura". Una vez que ya no se considera que las culturas, las sociedades y las naciones encajan sin problema en diferentes espacios,[9] hay que repensar la relación entre la presencia corporal y la generación de los datos etnográficos. La centralidad del trabajo de campo como rito iniciático, como árbitro de la autenticidad de los "datos" y como el fundamento último para el veredicto de las interpretaciones, se apoya en la idea rara vez cuestionada de que uno aprende acerca de la diferencia cultural principalmente a través del conocimiento fenomenológico adquirido en "el campo". Este énfasis en la *experiencia* de estar en la proximidad espacial del "otro", con su énfasis concomitante en la percepción sensorial, está vinculado a una epistemología *empirista*[10] que no es capaz de comprender cómo se constituye el estado en términos discursivos. Es por esta razón que he combinado el trabajo de campo con otra práctica empleada por los antropólogos, práctica cuya importancia a menudo se subestimó en los debates sobre nuestra caja colectiva de herramientas metodológicas. Éste es el análisis

[9] A. Appadurai, "Theory in Anthropology: Center and Periphery", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXVIII, núm. 1, abril de 1986; A. Gupta y J. Ferguson, "Beyond 'Culture': Space, Identity, and the Politics of Difference", *Cultural Anthropology*, vol. VII, núm. 1, febrero de 1992; U. Hannerz, "Theory in Anthropology: Small is Beautiful?", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXVIII, núm. 1, enero de 1986.

[10] Debería ser obvio que lo que estoy haciendo es una distinción entre una epistemología empirista y los métodos empíricos. No estoy diciendo, categóricamente, que deba abandonarse la investigación empírica.

de ese texto cultural de amplia distribución, el periódico.[11] He visto las representaciones del estado y de "el público" en periódicos en inglés y en lenguas vernáculas de la India.

Al centrarme en la construcción discursiva del estado, quiero llamar la atención sobre las poderosas prácticas culturales mediante las cuales el estado está representado simbólicamente ante sus empleados y ante los ciudadanos de la nación.[12] Estas prácticas culturales públicas se llevan a cabo en un espacio controvertido que no puede conceptualizarse como un dominio cerrado y delimitado por las fronteras nacionales. Las ideologías populares, regionales y nacionales compiten entre sí por la hegemonía y con los flujos *trasnacionales* de información, gustos y estilos incorporados en los productos básicos comercializados por el capital multinacional.[13] La exploración de la construcción discursiva del estado, por tanto, requiere necesariamente la atención a los procesos trasnacionales en el sistema interes-

[11] Para un ejemplo similar, véase Ruth Benedict, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture*, Hougthon Mifflin Co., Boston, 1946. [*El crisantemo y la espada. Patrones de la cultura japonesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.] Una reciente discusión, de carácter ejemplar, se puede encontrar en M. Herzfeld, "History in the Making: National and International Politics in a Rural Cretan Community", en J. Pina-Cabral y J. Campbell (eds.), *Europe Observed*, MacMillan Press, Houndsmills, 1992. El proyecto mayor tiene una dimensión histórico-oral y de archivo significativa, así como un muestreo extenso de los diversos medios de comunicación. Véase también el magnífico artículo de Achille Mbembe, "Provisional Notes on the Poscolony", *Africa: Journal of the International African Institute*, vol. LXII, núm. 1, enero de1992, por su sugerente uso de artículos de periódicos.

[12] Véanse los artículos de T. Mitchell, *The Effect of State*, *op. cit.*, y Taussig, *op. cit.*, sobre este tema.

[13] El trabajo de Handler, "On Having a Culture: Nationalism and the Preservation of Quebec's Patrimoine", en G. W. Stocking, Jr. (ed.), *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture*, *History of Anthropology*, vol. III, University of Wisconsin Press, 1985, demuestra muy bien cómo funcionan estas luchas en el caso de objetos que el gobierno regional de Quebec desea designar como *patrimoine* regional.

tatal.[14] A su vez, el sistema interestatal no es un orden fijo, sino que está sujeto a la transformación que surge de las acciones de los estados-nación y de los cambios que tienen lugar en la economía política internacional, en este periodo que ha sido denominado diversamente "capitalismo tardío"[15] o la era de la "acumulación flexible".[16] Por ejemplo, las nuevas políticas de liberalización seguidas por el gobierno del Partido del Congreso en la India desde las elecciones de 1990 sólo pueden entenderse en el contexto de un discurso trasnacional de la "eficiencia" promovido por el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el derrumbe de la ex Unión Soviética, uno de los más importantes socios estratégicos y económicos de la India. Del mismo modo, los intensos debates sobre la corrupción en la India en 1989,[17] centrados en una transacción dentro de la economía internacional de armas, hacen evidente el complejo entretejido de los discursos locales y las prácticas internacionales. ¿Cuál es la importancia teórica de estas observaciones? En pocas palabras: cualquier teoría del estado debe tener en cuenta su constitución a través de un complejo conjunto de representaciones y

[14] C. Calhoun, "Tiananmen, Television and the Public Sphere: Internationalization of Culture and the Beijing Spring of the 1989", *Public Culture*, vol. II, núm. 1, 1989.

[15] E. Mandel, *Late Capitalism*, Verso, Nueva York, 1975. [Hay traducción al español: *El capitalismo tardío*, Era, México, 1979.]

[16] D. Harvey, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry into the Origins of Cultural Change*, Blackwell, Nueva York, 1989. [*La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.]

[17] El escándalo, que llegó a ser conocido como el Bofors Affair, involucró presuntamente al gobierno de la India por recibir sobornos de un fabricante de armas sueco por la compra de un obús. Lo que dio tal prominencia al escándalo es que se creía que el soborno fue a dar a las manos de los miembros de alto rango del gobierno y el partido del Congreso, tal vez incluso del primer ministro. Naturalmente, el partido del gobierno no prosiguió la investigación con gran entusiasmo, y hasta ahora no se han encontrado pruebas concretas.

prácticas que se intersecan *espacialmente*. Esto no indica que pueda demostrarse que cada episodio de interacción comunitaria entre los aldeanos y los funcionarios del estado tiene vínculos trasnacionales transparentes; sólo hace considerar que esos vínculos tienen efectos estructurantes que pueden sobredeterminar los contextos en los que se realizan las prácticas cotidianas. En lugar de tratar de buscar el nivel local o comunitario de la concepción del estado como si encapsulara su propia realidad y tratar "lo local" como una unidad espacial sin problemas y coherente, debemos prestar atención a los contextos "mediados de forma múltiple"[18] a través de los cuales el estado llega a ser construido.

En el desarrollo de mi análisis me he basado en gran medida en los trabajos de otros etnógrafos de Asia del Sur que se han ocupado del estado. En su análisis de los rituales de desarrollo escenificados en la presentación de un gran proyecto acuífero en Sri Lanka, Serena Tenekoon[19] demuestra que la distribución simbólica del agua en todas las direcciones a través del país se convierte en un medio por el cual el alcance del estado está representado. En este caso, la representación literal de atravesar el espacio de la nación viene a significar la ubicuidad y la translocalidad del estado. Por el contrario, James Brow[20] muestra cómo un proyecto inmobiliario del gobierno de Sri Lanka hace que el estado sea concretamente visible a los ojos de los aldeanos. Aquí, el énfasis está puesto en las posibilidades de imaginar lo translocal que se activan mediante la materialización del estado a través de marcadores espaciales, como las casas.[21]

[18] La frase pertenece a Lata Mani [véase "Multiple Mediations: Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception", *Inscriptions*, vol. V, 1989].

[19] N. S. Tenekoon, "Rituals of Development: The Acelerated Mahavali Development Program in Sri Lanka", *American Ethnologist*, vol. XV, mayo de 1988.

[20] J. Brow, *op. cit.*

[21] El excelente ensayo de Michael Woost, "Nationalizing the Local Past

Dado que la etnografía del estado desarrollada en este artículo se centra en el discurso de la corrupción, y puesto que la corrupción se presta más fácilmente a los estereotipos apenas disimulados del Tercer Mundo,[22] valdría la pena decir algo sobre cómo procedo a desarrollar una perspectiva sobre el estado explícitamente antiorientalista. Cuando se combinan los conceptos de países corruptos "subdesarrollados" con una perspectiva desarrollista, en la que "las relaciones entre estado y sociedad" en el Tercer Mundo son vistas como si reflejaran la posición desarrollista previa de los países industrializados "avanzados", la tentación de compararlos a "ellos" con "nuestro propio pasado" prueba ser irresistible para muchos estudiosos occidentales.[23] En su lugar, debemos preguntarnos cómo se puede utilizar el estudio comparativo de las formaciones políticas del Tercer Mundo para hacer frente a la "naturalidad" de los conceptos que han surgido a partir de la experiencia histórica y el contexto cultural de Occidente. Al centrarnos en la construcción discursiva de los estados y los grupos sociales nos es posible ver que el legado de la erudición occidental sobre

in Sri Lanka: Histories of Nation and Development in a Sinhalese Village", *American Ethnologist*, vol. XX, 1993, aborda también cuestiones similares.

[22] El término "Tercer Mundo" encapsula y homogeniza lo que, de hecho, son diversas y heterogéneas realidades [véase C. Mohanty, "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", *Feminist Review*, vol. XXX, otoño de 1988]. Implica, además, que el "Primer" y el "Tercer" mundos existen como espacios separados y separables [A. Ahmad, "Jameson's Rhetoric of Otherness and the 'National Allegory'", *Social Text*, vol. XVII, otoño de 1987]; por tanto, los dejaré en mayúsculas para resaltar su problemática situación. De manera similar, el "Occidente" no es, obviamente, una entidad homogénea y unificada. Utilizo el término para hacer referencia a los efectos de las representaciones hegemónicas de Occidente más que sus tradiciones subyugadas. Por ello, utilizo el término simplemente para referirme a una coyuntura histórica particular del lugar, el poder y el conocimiento, y no a un espacio geográfico.

[23] Fenómeno que Johannes Fabian denomina "alocronismo". [Véase *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.]

el estado ha sido la de universalizar la particular construcción cultural de las "relaciones entre estado y sociedad" en la que los conceptos específicos de "estadidad" y "sociedad civil" están unidos.[24] En lugar de construir sobre estos conceptos, en este artículo se plantea si es posible demostrar su provincialismo frente a los incontables contextos culturales e históricos.[25]

Comienzo con una serie de apuntes que dan un sentido de funcionamiento local de "el estado" y la relación de la población rural con las instituciones estatales. A mi modo de ver, las interacciones cotidianas con las burocracias estatales constituyen el elemento más importante en la construcción de "el estado" forjada por los aldeanos y los funcionarios del estado. Después, observo el campo más amplio de representaciones de "el estado" en la cultura pública. Por último, trato de demostrar cómo los encuentros en el ámbito local con el estado se articulan con las representaciones en los medios de comunicación. Esto es seguido por la conclusión, que presenta sistemáticamente las cuestiones teóricas más amplias planteadas en el artículo.

EL ENCUENTRO CON "EL ESTADO" EN EL ÁMBITO LOCAL

Para la mayoría de los ciudadanos de la India, el contexto más inmediato para encontrarse con el estado es proporcio-

[24] Este comentario fue expresado por Partha Chatterjee en "A Response to Taylor's 'Modes of Civil Society'", *Public Culture*, vol. III, núm. 1, 1990, en respuesta a Charles Taylor ["Modes of Civil Society", *Public Culture*, vol. III, núm. 1, 1990]; su reciente libro, *The Nation and Its Fragments. Colonial and Poscolonial Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1993, reafirma y desarrolla el argumento.

[25] Agradezco a Dipesh Chakrabarty por recordármelo por la primera vez. Véase el excelente capítulo final de su monografía sobre la clase obrera en Bengala, en *Rethinking Working Class History*, Princeton University Press, Princeton, 1989, en la que trata directamente esta cuestión.

nado por sus relaciones con las burocracias gubernamentales en el ámbito local. Además de ser difundidas por los medios de comunicación, las representaciones del estado se efectúan a través de las prácticas públicas de diferentes instituciones y agentes gubernamentales. En Mandi, el centro administrativo más cercano a Alipur, las propias oficinas de las distintas burocracias gubernamentales funcionaban como sitios donde se intercambiaba información importante sobre el estado y donde se forjaban las opiniones acerca de las políticas o funcionarios. Por lo general, un gran número de personas concentradas en pequeños grupos en terrenos de los tribunales locales, la oficina del magistrado de distrito, el hospital o la estación de policía discuten y debaten acaloradamente las últimas noticias. Fue en lugares como éstos, donde los aldeanos interactuaban entre sí y con los habitantes de las aldeas cercanas, tanto como en los medios de comunicación, donde la corrupción se discutía y debatía.

Por lo tanto, observar de cerca estos escenarios nos permite obtener una impresión del tejido de las relaciones entre los funcionarios del estado y sus clientes a nivel local. En esta sección me baso en tres casos que, en conjunto, presentan una gama de relaciones entre los funcionarios del estado y las poblaciones rurales. El primero concierne a un par de funcionarios, colocados en puestos inferiores pero importantes en la jerarquía burocrática, que explotan con éxito la inexperiencia de dos hombres del medio rural. El segundo caso se refiere a las acciones parcialmente exitosas que emprendió un hombre de casta baja para protegerse de las amenazas de un poderoso jefe de aldea,[26] con aliados

[26] El jefe de aldea es un funcionario elegido por todos los votantes registrados de una aldea. Los partidos políticos rara vez participan en las elecciones locales, en el sentido de que los candidatos no representan a los partidos nacionales o regionales durante estas elecciones. A los jefes no se les considera parte del gobierno ni la personificación de las bases de los partidos políticos, a pesar de que pueden desempeñar funciones impor-

en la burocracia, al recurrir a un oficial superior. El tercer ejemplo se basa en una serie de acciones realizadas por el poderoso Bharatiya Kisan Union (literalmente, Sindicato Campesino Indio), un movimiento de campesinos comunitarios que a menudo infunde terror en los corazones de los funcionarios estatales locales. Debido a que dan una configuración concreta y forma a lo que de otro modo sería una abstracción ("el estado"), estos encuentros cotidianos proporcionan uno de los componentes críticos a través de los cuales el estado llega a ser construido.

Pequeño pero próspero, Mandi[27] alberga los extremos más bajos de la enorme burocracia estatal y federal.[28] La mayoría de los funcionarios importantes del distrito, incluidos aquellos cuyas oficinas se encuentran en Mandi, prefieren vivir en otra aldea más grande que sirve como sede del distrito. Parte de la razón es que en Mandi la vivienda de alquiler es difícil de encontrar (como descubrí para mi frustración); igualmente importante, les permite mantenerse en contacto más estrecho con sus oficiales superiores.

Sharmaji era un *patwari*, un funcionario que lleva los registros de las tierras de aproximadamente cinco a seis aldeas, o cerca de cinco mil parcelas, ubicadas en las afueras de Mandi. Los patwari son los responsables de llevar los registros de las tierras, de medir físicamente las áreas e incorporarlas en los registros, así como de evaluar la calidad de la tierra. El patwari también lleva un registro de las muertes en una familia, para el caso en que se dé una disputa entre los herederos sobre la propiedad, o la necesidad de dividirla en

tantes en representación del pueblo en las instituciones burocráticas y partidarias.

[27] Al igual que todos los demás nombres en este artículo, éste también es un seudónimo. Además, debido a la naturaleza sensible de este material, las identidades y las ocupaciones de todas las personas que aquí se mencionan se han modificado radicalmente.

[28] Debido a que el término "federal" se utiliza raramente en la India, me referiré a él por su equivalente indio, es decir, "central".

algún momento. Hay varios funcionarios por encima del patwari cuyo deber principal —si no el único— es hacerse cargo de los registros de las tierras. En promedio, el total asciende a cerca de dos funcionarios por cada aldea. Por sorprendente como pueda parecer este tipo de expansión burocrática, no debe olvidarse que la tierra *es* el principal medio de producción en este escenario.

Sharmaji vivía en una casa pequeña y discreta, arraigada en la parte antigua de la ciudad. Si bien, al principio, yo estaba confundido, al final identifiqué qué camino tomar en las estrechas y sinuosas calles que me conducirían hasta su casa. La parte baja consta de dos habitaciones y un pequeño patio cerrado. En una de esas habitaciones había una enorme puerta que daba a la calle. Esta habitación funcionaba como la "oficina" de Sharmaji. Allí es donde él se encontraba por lo general, rodeado de clientes, aduladores y colegas. Dos hombres, en particular, estaban casi siempre a su lado. Uno de ellos, Verma, igualmente un patwari de la aldea natal de Sharmaji (y, por tanto, un colega), estaba claramente en una posición inferior. Funcionaba como el álter ego de Sharmaji, le llenaba los libros de contabilidad, a veces actuaba como fachada y en ocasiones como mediador en complejas negociaciones sobre la cantidad de dinero que se necesitaría para "hacer un trabajo", y por lo general se comportaba como un confidente y asesor que ayudaba a Sharmaji a identificar la mejor estrategia para eludir las limitaciones administrativas y legales para la transferencia de títulos de propiedad. La otra persona trabajaba tiempo completo como fiel sirviente; se ocupaba de varias tareas ocasionales y del hogar vinculadas con los deberes "oficiales" de Sharmaji, así como con su familia.

Contra dos de las paredes laterales de la oficina había bancas; frente a la entrada hacia la parte interior de la habitación había una plataforma elevada, apenas lo suficientemente grande para tres personas. Era aquí donde Sharmaji se sentaba y llevaba a cabo la audiencia, y era aquí donde

guardaba los registros de propiedad de las aldeas que administraba.[29] Todos los que tenían que realizar algún negocio llegaban a esta "oficina". En un momento dado había por lo general dos o tres grupos diferentes, interesados en diferentes transacciones, que se reunían en la pequeña habitación. Sharmaji conversaba con todos ellos al mismo tiempo, y a menudo cambiaba de un interlocutor a otro en medio de una sola frase. Todos los presentes participaban en la discusión de los asuntos relacionados con los demás. Con frecuencia, Sharmaji interrumpía sus declaraciones y se dirigía a los otros preguntando retóricamente: "¿He dicho algo malo?" O: "¿Lo que he dicho es cierto o no?"

La mayor parte de las transacciones que se llevaban a cabo en esta "oficina" eran relativamente sencillas: agregar o eliminar un nombre en un título de propiedad; dividir una parcela entre hermanos; arbitrar en una pelea por las tierras en disputa. Dado que los terrenos se encontraban separados entre sí mediante pequeños terraplenes construidos por los mismos campesinos y no por cercas u otras barreras físicas, un sujeto equis se podía adjudicar un pedazo de tierra al mostrar que la había arado. Los campesinos con intenciones rapaces comenzaban lentamente, en cada temporada, a arar sólo unos centímetros más allá del límite de su propiedad para que en un plazo breve pudieran hacerse, con eficacia, de unos pocos metros del terreno de sus vecinos. Si un vecino quería pelear y reclamar su tierra, iba con el patwari para que dirimiera en la controversia mediante la medición física de la zona con una cinta métrica. Por supuesto, estas cosas "costaban dinero" pero, en la mayoría de los casos, las "tarifas" eran bien conocidas y fijas.

Aun así, por más abierto que fuera el proceso de dar sobornos y por muy pública que fuera la transacción, existía sin embargo un aspecto performativo que tenía que llegar a

[29] La forma en que operaba Sharmaji es una reminiscencia de un *darbaar* indio, una corte real.

dominarse. Ilustraré esto último con una historia de un soborno fallido. Un día, cuando llegué a la casa de Sharmaji a media tarde, dos jóvenes cuya aldea cayó en la jurisdicción de Verma estaban tratando de agregar un nombre al título de su parcela. Estaban sentados cerca del lado izquierdo en uno de los bancos laterales. Ambos estaban probablemente en la última fase de su adolescencia. Sus sandalias de goma y el pelo despeinado señalaban claramente que eran habitantes de la aldea (una impresión reforzada por la ropa, que obviamente no había sido confeccionada por el sastre que normalmente atendía al conjunto de jóvenes "elegantes" de la aldea donde habitan). Parecían incómodos y un poco nerviosos en la habitación de Sharmaji, una impresión que se esforzaron por disipar al adoptar un tono demasiado confiado en su conversación.

Aunque nunca supe por qué querían agregar un nombre a los registros de propiedad, me dijeron que esto estaba en relación con sus esfuerzos para obtener fertilizante mediante un préstamo para el cual la tierra serviría como garantía. Cuando llegué a la escena, las negociaciones parecían ya haberse roto: los jóvenes habían decidido que no contarían con la ayuda de Verma para hacer que circulara la documentación a través de las diversas ramas de la burocracia y que, en vez de ello, lo harían ellos mismos.

Sharmaji y los demás presentes (algunos de los cuales eran campesinos preocupados por conseguir que les llegara su turno) convencieron primero a los jóvenes de que nunca podrían hacerlo por sí mismos. Esto se logró diciéndoles en tono agresivo que siguieran adelante y trataran primero de hacer el trabajo por su cuenta y que, si todo lo demás fallaba, siempre podrían volver con Sharmaji. "Si no lo logran, siempre estaré dispuesto a ayudar", dijo éste. Acto seguido, uno de los agricultores presentes dijo a los jóvenes que Sharmaji era una persona con muchas influencias. Sin parecer que presumía, el propio Sharmaji dijo que cuando los grandes campesinos y líderes importantes habían nece-

sitado que se hiciera su trabajo, había sido a él a quien recurrieron.

Tal vez debido a que no habían sido prevenidos de su reputación, los nerviosos clientes parecían perder toda su bravuconería. Pronto empezaron a suplicar ayuda, diciendo: "*Tau* [hermano mayor del padre], tú sabes lo que es mejor, ¿por qué debemos estar dando vueltas si tú estás aquí?" Sharmaji le pidió a Verma que "ayudara" a los jóvenes. "Ayúdalos a que se realice su trabajo", siguió instando, a lo que Verma respondería: "Nunca me negué a ayudarlos". Entonces, los dos patwaris entraron en una habitación contigua, donde entablaron una breve conversación a susurros. Sharmaji reapareció y anunció en voz alta que tendrían que "pagar por ello". Los jóvenes de inmediato quisieron saber cuánto se necesitaba, a lo que Sharmaji respondió: "Deberían preguntarle eso [a Verma]". Poco después, Verma hizo una reentrada perfectamente sincronizada. Los jóvenes le repitieron la pregunta. Verma respondió: "Den lo más que deseen". Cuando volvieron a plantear la pregunta, respondió: "No soy yo quien deba decirlo. Entreguen cualquier cantidad que estén dispuestos a dar".

Luego, los dos clientes susurraron entre sí. Finalmente, uno de ellos rompió el impasse buscando en el bolsillo de su camisa y sacando cuidadosamente unos billetes doblados. Le entregó a Verma diez rupias.[30] Sharmaji estalló en carcajadas y Verma sonrió. Sin parar de reír, Sharmaji le dijo: "Tenías razón". Verma les dijo a los jóvenes: "Incluso por diez rupias estaré encantado de hacer su trabajo, pero primero deben contar con la firma del jefe de su aldea, así es la

[30] Al tipo de cambio vigente en el momento del incidente en 1989, 1 dólar = 18 rupias; en efecto, el cliente le entregaba a Verma el equivalente de 56 centavos de dólar. Esa cifra es engañosa, sin embargo, ya que no indica el poder adquisitivo. Diez rupias serían suficientes para comprar un buen almuerzo no vegetariano para una sola persona en un restaurante de carretera o un kilo de mangos de alta calidad, pero no lo suficiente para un par de sandalias de goma.

ley". Sharmaji les dijo que no sabían nada sobre la ley, que necesitarían más de catorce rupias sólo por el costo de la solicitud, ya que con el fin de agregar un nombre a una parcela la solicitud tendría que ser retroactiva por algunos meses. Ante la mención del jefe de aldea, los jóvenes se sintieron desalentados. Explicaron que las relaciones no eran buenas entre ellos y el jefe de aldea, y que estaban en campos opuestos. Me pareció que, desde el principio, Verma lo sabía.

Sharmaji, entonces, les dijo a los jóvenes que primero deberían haber indagado "el costo" por "agregar un nombre en el registro" en estos días. "Vayan y averigüen el costo de poner su nombre en el registro de la propiedad —dijo—, y luego den a Verma la mitad exacta de eso." De inmediato se dirigió a uno de los campesinos presentes y le preguntó cuánto había pagado hacía diez años. El hombre dijo que había sido algo así como ciento cincuenta rupias. Entonces ambos, Sharmaji y Verma, se levantaron bruscamente y se fueron a almorzar.

Los jóvenes se dirigieron a las demás personas y preguntaron si sabían cuál era la suma que correspondía. Todos ellos dieron cifras que oscilaban entre ciento treinta y ciento cincuenta rupias, pero dijeron que su información era obsoleta, porque eso es lo que les había costado hacía diez años o más. Los jóvenes trataron de poner buena cara a la negociación fallida al sugerir que no sería una gran pérdida si sus esfuerzos no habían tenido éxito. Si no conseguían el préstamo, seguirían cultivando como solían hacerlo, es decir, sin fertilizante.

Nadie pudo decirles cuál era la cifra actual. Incluso el fiel sirviente, que seguía allí sentado, se negó a responder, diciendo que no estaba en él intervenir, y que todo dependía de Sharmaji y Verma. La "práctica" de dar sobornos no era, como los jóvenes aprendieron, simplemente una transacción económica, sino una práctica cultural que requería un alto grado de competencia interpretativa. Cuando los aldeanos se quejaron de la corrupción de los funcionarios

del estado, por tanto, no estaban simplemente expresando su exclusión de los servicios del gobierno porque éstos eran costosos, aunque eso no constituía un pequeño factor. Más importante aún, estaban expresando su frustración porque carecían del capital cultural requerido para negociar hábilmente por los servicios.[31]

Todo el episodio fue dirigido magistralmente por Sharmaji y Verma. A pesar de que salieron con las manos vacías de esta ronda particular de negociaciones, sabían que los jóvenes regresarían finalmente y entonces tendrían que pagar más que el precio habitual para lograr que se hiciera el mismo trabajo. Sharmaji aparecía a veces como el benefactor y el suplicante, suplicando a su colega en nombre de los clientes. Verma logró parecer estar dispuesto a hacer el trabajo. El acto de dar el soborno se convirtió totalmente en un gesto de buena voluntad por parte de los clientes en lugar de un mecanismo deliberado para lograr que todo marchara viento en popa. Curiosamente, se dio demasiada importancia a no mencionar una suma.

En este caso, los funcionarios estatales les ganaron la batalla a un par de clientes inexpertos. Los funcionarios de bajo nivel, sin embargo, no siempre se salen con la suya. En la implementación de programas de desarrollo, por ejemplo, los funcionarios locales a menudo tienen que buscar a los beneficiarios con el fin de cumplir los objetivos establecidos por las autoridades superiores. Los beneficiarios de estos programas pueden entonces emplear la autoridad

[31] Encuentro el concepto de Judith Butler de género como performance de gran utilidad para reflexionar sobre este tema, sobre todo porque hace hincapié en que los agentes involucrados no siguen un guion cultural regido por el comportamiento sujeto a las reglas. [Véase J. Butler, "Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse", en L. J. Nicholson (ed.), *Feminism / Postmodernism*, Routledge, Nueva York, 1990. Hay traducción al español: *Feminismo / posmodernismo*, Feminaria, Buenos Aires, 1992.] Agradezco a Don Moore por insistirme sobre este punto.

de los niveles superiores de la burocracia para ejercer cierta presión sobre las autoridades locales.

En Alipur se han construido varias casas de acuerdo con dos programas de gobierno, el Indira Awaas Yojana y el Nirbal Varg Awaas Yojana (literalmente, el Programa de Vivienda Indira y el Programa de Vivienda para los Sectores Más Débiles, respectivamente). Ambos programas están destinados a beneficiar a los pobres que no tienen una casa de ladrillos *(pucca)*. El Indira Awaas Yojana era para los *harijans* [intocables] sin tierra, mientras que el Nirbal Varg Awaas Yojana era para todos los que poseían menos de un acre de tierra, carecían de una casa de ladrillos y su ingreso estaba por debajo de un límite especificado.[32]

Me informaron que uno de los "beneficiarios" era Sripal, así que hablé con él frente a su nueva casa. Sripal era un hombre delgado, de osamenta pequeña, de no más de veinticinco años, que vivía en un grupo de casas de casta baja *(jatav)* en la aldea. Cuando vi la vivienda de ladrillos de una sola habitación construida junto a la casa de su madre, no pude menos que notar que parecía bastante sólida. Pero Sripal inmediatamente descartó esa idea.

El jefe de aldea, Sher Singh, seleccionó a Sripal para este programa. Cuando se aprobó su nombre, el trabajador de desarrollo de la aldea[33] lo llevó a la ciudad, hizo que le tomaran una fotografía, y luego abrió una cuenta a su nombre en un banco. Para obtener la documentación se le cobraron doscientas rupias. Después se le dio una hoja *(parchi)* que le daba derecho a recoger cantidades predeterminadas de ma-

[32] Este nivel se precisaba en 6 400 rupias (aproximadamente 215 dólares) por año para el año fiscal 1992-1993.

[33] El trabajador de desarrollo de la aldea es un funcionario del gobierno regional que se encarga de la ejecución de "programas de desarrollo" en un pequeño círculo de aldeas; el número en el círculo varía de tres a doce, dependiendo de sus poblaciones. Al igual que otros funcionarios del gobierno, el trabajador de desarrollo de la aldea está sujeto a frecuentes traslados, por lo menos una vez cada tres años.

terial de construcción de un almacén designado por el trabajador de desarrollo de la aldea. El dinero que se requería para transportar el material al sitio de construcción salió de su propio bolsillo. El trabajador de desarrollo de la aldea le pidió que pagara unas quinientas rupias adicionales para obtener los ladrillos. Sripal declaró que no tenía dinero. "Si quieres, toma mil rupias del costo del material [de la parte de la subvención de la casa reservada para la compra de materiales], pero no me pidas que te pague nada."

Sripal afirmó que eso era exactamente lo que había hecho el trabajador de desarrollo de la aldea, proporcionarle el material que sólo valía seis mil rupias de las siete mil rupias que le habían asignado.[34] Una vez más tuvo que desembolsar el costo del transporte para que enviaran los ladrillos de un horno cerca de la aldea. Sripal afirmó que los ladrillos que le dieron eran ladrillos amarillos de calidad inferior *(peelay eenth)* que se habían horneado inadecuadamente. También descubrió que se suponía que se le rembolsaría el costo de mano de obra. A pesar de que él mismo había construido la casa, porque era un albañil calificado, nunca recibió las trescientas rupias destinadas a los costos de mano de obra asignados en el programa.

Como si esto fuera poco, Sripal no recibió ningún material para una puerta ni una ventana, por lo que resultaba imposible vivir en la nueva casa. Ningún funcionario había ido a inspeccionar el trabajo para ver si faltaba algo. Sripal se quejó de que aquellos cuyo trabajo era inspeccionar los edificios sólo se quedaron sentados en sus oficinas y aprobaron la construcción porque eran ellos quienes tenían la autoridad para crear el registro oficial ("Ellos son los que tienen la pluma y el papel *[Kaagaz-kalam unhee kay paas hai]*"). Sripal es analfabeto.

[34] Sripal afirmó saber la cantidad exacta al consultar a "las personas que saben leer y escribir". Los funcionarios de la oficina del Bloque me dijeron, sin embargo, que se asignó una suma de ocho mil rupias para este tipo de proyectos.

Frustrado por su casa sin puertas, presentó quejas ante la oficina del Bloque y en el banco que le prestó el dinero para la construcción. Mientras tanto, Sher Singh, que había estado empleando a Sripal como jornalero en su granja, se enojó con Sripal por negarse un día a ir a trabajar. Sripal explicó que no había podido ir porque sus familiares habían llegado durante ese día y dejarlos se habría interpretado como inhospitalario. En cualquier caso, Sripal dijo que no podía hacer ningún trabajo pesado porque se había roto el brazo hacía algún tiempo.

Cuando Sher Singh se enteró de que Sripal se había quejado de él y del trabajador de desarrollo de la aldea en la oficina del Bloque, amenazó con darle una paliza tan fuerte que no volvería a pisar la aldea. Temiendo lo peor, Sripal huyó de la aldea y se fue a vivir con sus suegros. A pesar de la amenaza directa contra su vida, Sripal no se amilanó en sus esfuerzos por lograr justicia. Cuando vio que sus quejas no provocaron ninguna respuesta, se acercó a un abogado para redactar una carta al juez del Distrito, la autoridad administrativa más alta de la zona. Esta estrategia dio sus frutos en cuanto a que se envió un contingente policial a la aldea para investigar. Cuando le pedí a Sripal que me dijera lo que decía la carta, le sacó una copia para mí. "¿Qué puedo decir? —preguntó—. Léala usted mismo." En la carta se alega que el trabajador de desarrollo de la aldea dejó de enviar el material necesario y que, debido a que el cacique había amenazado a Sripal con darle una paliza, éste se había visto forzado a huir.

Después de la visita de la policía, Sher Singh hizo las paces con Sripal. Incluso lo contrató para construir una casa para otra persona dentro del mismo programa. Por otro lado, Sher Singh dejó de pedirle a Sripal que fuera a trabajar en su granja. Pero el trabajador de desarrollo de la aldea amenazó a Sripal con meterlo a la cárcel a menos que devolviera tres mil rupias para financiar el costo para terminar la casa.[35] "Uno de

[35] Luego me enteré de que 3000 rupias del costo total se administran en forma de prestamo que debe pagarse en veinte cuotas durante diez años.

mis parientes es guardia de cárcel *[thanedaar]* —le habría dicho a Sripal—. Si no pagas, haré que te metan en la cárcel." Sentado frente al espacio vacío que había de ser la puerta de su casa, Sripal me dijo que ya se había resignado a ir a la cárcel. "¿Cuál es la diferencia? —se preguntó—. Vivir de la manera en que vivo es tan bueno como estar muerto."

A pesar de que finalmente fracasó en sus apelaciones a la justicia, el caso de Sripal demuestra que incluso los miembros de las clases subalternas tienen un conocimiento práctico de los múltiples niveles de la autoridad estatal. Frente a los atropellos del jefe y el trabajador de desarrollo de la aldea, Sripal había apelado a la autoridad de una persona tres niveles más arriba en la jerarquía burocrática. Debido a que, en teoría, los gobiernos central y estatales están comprometidos a proteger a las personas de castas reconocidas como Sripal, la queja con respecto a la amenaza contra su vida fue tomada muy en serio. El envío de la policía a la aldea fue una clara advertencia para Sher Singh de que si se atrevía a hacerle daño físico a Sripal, correría el riesgo de represalias por parte del mecanismo represivo del estado.

Antes de dejar este episodio con Sripal, quiero abordar explícitamente lo que nos dice sobre los vínculos trasnacionales. Es evidente que no es posible esperar encontrar dimensiones trasnacionales *visibles* para todos los encuentros comunitarios; eso requeriría un tipo de determinación inmediata que es empíricamente falso y analíticamente indefendible. Por ejemplo, las condicionalidades del FMI no explican directamente este episodio en particular en el programa de construcción de viviendas. Pero al forzar al gobierno de la India a reducir el gasto interno, las condicionalidades tienen consecuencias presupuestarias para esos programas. Esto influye en qué programas se financian, cómo se implementan y a qué niveles, a quién se dirigen y por cuántos años deben continuar este tipo de programas. Del mismo modo, si se quiere entender por qué, en primer lugar, existen los programas de desarrollo, tales como la

construcción de casas para los pobres, y por qué se originan y gestionan por el estado, hay que colocarlos en el contexto de un régimen de "desarrollo", que entró en vigor en el orden internacional de la posguerra de los estados-nación descolonizados.[36] Lo que sucede en las comunidades está, por tanto, complejamente mediado, a veces a través de enlaces múltiples, a veces de manera más directa, por esos vínculos.[37]

La experiencia de Sripal de enfrentar a una organización del estado en contra de los demás y de hacer uso de sus múltiples capas en su provecho configuró, sin duda, su propia construcción del estado. Al mismo tiempo, al final, parecía vencido por los procedimientos de una burocracia cuyas reglas no comprendía. Sripal se encontraba entre aquellos beneficiarios de la asistencia de "desarrollo" que lamentaban haber aceptado la ayuda. Se sintió profundamente rechazado por los mismos programas que emplea el estado para legitimar su mandato. La implementación de programas de desarrollo, por tanto, constituye un escenario clave donde las representaciones del estado se integran y donde se disputa su legitimidad.

Es posible encontrar, asimismo, muchos casos opuestos en que las autoridades locales son quienes, situadas en el polo receptivo, deben ventilar la animadversión de los al-

[36] A. Escobar, "Discourse and Power in Development: Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World", *Alternatives*, vol. X, núm. 3, julio de 1984; Escobar, "Power and Visibility: Development and the Invention and Management of the Third World", *Cultural Anthropology*, vol. III, núm. 4, noviembre de 1988; J. Ferguson, *The Anti-Politics Machine: "Development", Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.

[37] Explorar las implicaciones de toda la cadena de mediaciones para cada ejemplo etnográfico habría desviado el artículo hacia demasiadas direcciones diferentes y habría provocado que perdiera su objetivo. Ésta es una tarea que me propongo llevar a cabo en una larga monografía. Aquí, he querido subrayar que no hay que olvidar que el análisis detallado de la vida cotidiana está sobredeterminado por influencias trasnacionales.

deanos hacia las instituciones estatales. Algunos ejemplos son proporcionados por varios mecanismos de la Unión Bharatiya Kisan (BKU). Una de las quejas campesinas más frecuentes es que tienen que pagar sobornos a funcionarios del Hydel Department por remplazar transformadores fundidos. Cada uno de estos transformadores suministra por lo común de cinco a diez pozos tubulares. Un joven campesino me relató un incidente común. El transformador de suministro de electricidad a su pozo tubular y los de once de sus vecinos explotaron. Así que cada uno contribuyó con ciento cincuenta rupias (aproximadamente diez dólares al tipo de cambio vigente en ese entonces) y llevaron el dinero al ingeniero asistente del Hydel Department. Le dijeron que sus cultivos estaban muriendo por la falta de agua y que se encontraban en serios problemas. Al parecer, les dijo: "¿Y yo qué puedo hacer? Por ahora no tenemos el equipo de remplazo". Así que le dieron las mil ochocientas rupias que se habían reunido y solicitaron que se remplazara el transformador lo antes posible. El ingeniero tomó el dinero y les prometió que el trabajo se realizaría en pocos días, tan pronto como el equipo llegara. Al ser un hombre "honesto" (es decir, uno fiel a su palabra), hizo que se instalara el transformador tres días después.

Cuando la misma situación volvió a repetirse poco tiempo después, el joven acudió a la gente de Kisan Union y solicitó que le ayudaran a conseguir un nuevo transformador. Así que cerca de cincuenta de ellos se subieron en los tractores, se fueron directamente a la casa del ingeniero ejecutivo y acamparon en el jardín (una forma común de desobediencia civil en la India es *gherao* [cercar e impedir los movimientos] de un alto funcionario). Se negaron a moverse hasta que un nuevo transformador se instalara en la aldea. El ingeniero ejecutivo les prometió que "de inmediato enviaría algunos hombres". Efectivamente, los técnicos eléctricos llegaron al día siguiente y lo remplazaron.

No todos estos incidentes terminaban amistosamente.

La rápida respuesta de estos funcionarios se debió al hecho de que la Unión Kisan ya se había establecido como una fuerza poderosa en esa área en particular, como será evidente a partir de algunos ejemplos. En un incidente, una multitud se marchó con seis transformadores de una estación de energía eléctrica a plena luz del día.[38] Los campesinos ya no temían a los oficiales de policía y de ingresos; en ocasiones, los "arrestaban", los ataban a los árboles y los obligaban a hacer "sentadillas". Se negaron a pagar las cuotas de electricidad (hasta sesenta por ciento de las cuotas del sector agrícola siguen pendientes de pago en un distrito cercano) y obligaron a los funcionarios "corruptos" a devolver el dinero tomado supuestamente como soborno. También me enteré de un incidente en una aldea adyacente, donde los empleados de las empresas eléctricas fueron sorprendidos por los aldeanos robando alambres de cobre de un transformador; furiosos, los aldeanos procedieron a darles una paliza y los "encarcelaron" en una casa de la aldea.

De todos los hechos descritos anteriormente, debe quedar claro que los funcionarios de nivel inferior desempeñan un papel crucial en los encuentros de los ciudadanos con "el estado". Obviamente, no es posible hacer ninguna individualización de la naturaleza y el contenido de la interacción entre los aldeanos y los burócratas. En contraste con Sharmaji y Verma, que manipulan a sus crédulos clientes, están los funcionarios que son maltratados por los activistas campesinos del BKU. Del mismo modo, igual que los funcionarios locales utilizan su conocimiento de los procedimientos burocráticos para llevar a cabo u obstruir una transacción maniobrando entre los diferentes niveles de la jerarquía administrativa, también los subalternos como Sripal demuestran una competencia práctica en el uso de la naturaleza

[38] *Aaj Tak*, "Vidyut Station say Bheed Chay Transformer Uthaa lay Gagee" [Una multitud se lleva consigo seis transformadores de la estación de energía eléctrica], 11 de agosto de 1989.

jerárquica de las instituciones del estado para sus propios fines. En el ámbito local se hace difícil experimentar al estado como una entidad óntica coherente: lo que uno enfrenta, en cambio, es mucho más discreto y fragmentario: los funcionarios de registros de tierras, los trabajadores de desarrollo de las aldeas, la Electricity Board, los jefes, la policía y la Oficina de Desarrollo del Bloque. Sin embargo (y siempre debemos tener en cuenta este hecho aparentemente contradictorio), es precisamente a través de las prácticas de dichas instituciones locales que una institución translocal, como el estado, llega a ser imaginada.

Los encuentros del nivel local con el estado descritos en esta sección ayudan a discernir otro punto importante. Los funcionarios como Sharmaji, que pueden muy bien constituir una mayoría de los empleados del estado que ocupan cargos en la plataforma inferior de la pirámide burocrática, plantean un interesante desafío a las nociones occidentales de la frontera entre el "estado" y la "sociedad" en algunos aspectos obvios. La experiencia histórica occidental se ha construido sobre los estados que ponen a las personas en localizaciones diferentes de sus hogares —en oficinas, acantonamientos y tribunales— para marcar su actividad "racionalizada" como titulares de cargos en un aparato burocrático. Personas como Sharmaji tiran por la borda esta distinción no sólo entre su papel como servidores públicos y como ciudadanos privados en el lugar de su actividad, sino también en la forma en que operan.[11] Casi todos los demás funcionarios en situación similar, en los diferentes poderes del estado, operan de manera análoga. Es más fácil encontrarlos en los puestos ambulantes de té y en sus casas que en sus oficinas. Mientras que los teóricos de la modernización interpretan esto invariablemente como una prueba más del fracaso en el proyecto de que instituciones eficientes se arraiguen en un contexto tercermundista, se podría fácil-

[11] Agradezco a Joel Migdal por señalarme esto.

mente dar vuelta a la pregunta y examinar la adecuación teórica (y el carácter acusadamente moralista) de los conceptos a través de los cuales se describen tales acciones. En otras palabras, si los funcionarios como Sharmaji y el trabajador de desarrollo de la aldea borran por completo las fronteras entre el "estado" y la "sociedad civil", es tal vez porque esas categorías no son adecuadas en términos descriptivos a las realidades vividas que pretendidamente representan.

Por último, sería útil extraer las implicaciones del material etnográfico presentado en esta sección por lo que nos dice acerca de la corrupción y la implementación de políticas. En primer lugar, las personas aquí descritas —Sharmaji, el trabajador de desarrollo de la aldea, los funcionarios de la Electricity Board— no son poco comunes o excepcionales en la manera en que realizan sus funciones oficiales, en su voluntad de aceptar sobornos, por ejemplo, o en su conducta hacia diferentes clases de aldeanos. En segundo lugar, a pesar de que los ingresos por sobornos de los funcionarios de nivel inferior son sustanciales, es importante ubicarlos en un "sistema" mayor de la corrupción en la que sus superiores están firmemente implicados. De hecho, los jefes de Sharmaji dependen de su considerable capacidad de maniobrar los registros de tierras para sus propias operaciones, que son por varias escalas de magnitud mayor que las suyas. El suyo es un "negocio de volumen"; el de ellos, uno de "alto margen". Él los ayuda a satisfacer a sus clientes y, de paso, compra protección y seguridad para sus propias actividades.

Este último aspecto requiere ampliarse. A menudo se afirma que, incluso bien diseñados, los programas de gobierno fallan en su aplicación, y que el mejor de los planes termina por hundirse debido a la corrupción generalizada en los niveles inferiores de la burocracia. Si esto pretende explicar por qué fallan los programas de gobierno, es totalmente falso (además de ser clasista), ya que está claro que

los funcionarios de menor nivel son sólo un eslabón en la cadena de las prácticas de corrupción que se extiende hasta la cúspide de las organizaciones estatales y va mucho más allá, hacia las políticas electorales.[40] Los políticos recaudan fondos a través de los burócratas de alto rango con fines electorales, los burócratas de alto rango exprimen este dinero tanto de sus subordinados como directamente de los proyectos que supervisan, y los subordinados siguen su ejemplo. La diferencia es que, en tanto que los funcionarios del estado de alto nivel recaudan grandes sumas de las relativamente pocas personas que pueden permitirse el lujo de pagarles, los funcionarios de nivel inferior las recaudan en pequeñas cifras y de manera cotidiana de un gran número de personas. Es por esta razón que la corrupción es mucho más visible en los niveles inferiores.

El "sistema" de la corrupción no sólo constituye, por supuesto, una mera colección de prácticas cuya ejecución más extendida se produce a nivel local. Es también un campo discursivo que permite que el fenómeno sea etiquetado, discutido, practicado, criticado y denunciado. La siguiente sección está dedicada al análisis del discurso de la corrupción, y sobre todo a su carácter localizado histórica y regionalmente.

EL DISCURSO DE LA CORRUPCIÓN EN LA CULTURA PÚBLICA

Analizar el discurso de la corrupción pone de relieve las prácticas culturales de gran alcance por las cuales el estado está representado simbólicamente ante sus empleados y

[40] R. Wade, "The System of Administrative and Political Corruption: Canal Irrigation in South India", *Journal of Development Studies*, vol. XVIII, núm. 3, 1982; Wade, "Irrigation Reform in Conditions of Populist Anarchy: An Indian Case", *Journal of Development Economics*, vol. XIV, núm. 3, 1984; Wade, "The Market for Public Office: Why the Indian State Is Not Better at Development", *World Development*, vol. XIII, núm. 4, 1985.

ante los ciudadanos de la nación.[41] Las representaciones del estado se constituyen, se cuestionan y se transforman en la cultura pública. La cultura pública es una zona de debate cultural que se lleva a cabo a través de los medios de comunicación, otros modos de reproducción mecánica y las prácticas visibles de instituciones tales como el estado.[42] Es "el lugar y lo que está en juego"[43] de las batallas por el significado cultural. Por esta razón, el análisis de los artículos en los periódicos locales y nacionales nos dice mucho sobre la forma en que "el estado" llega a ser imaginado.[44]

[41] Salvo algunas notables excepciones, la representación simbólica del estado es todavía un territorio en gran parte inexplorado. Bernard Cohn, "Representing Authority in Victorian India", en *An Anthropologist among...*, *op. cit.*, p. 658, por ejemplo, ha demostrado cómo la Asamblea Imperial de 1877 permitió al estado colonial británico representar su autoridad sobre la India, al mismo tiempo que hizo "manifiesta y convincente la sociología [colonial] de la India". Véase también el estudio de Nicholas Dirks, *The Hollow Crown: Ethnohistory of an Indian Kingdom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987, sobre un pequeño estado independiente en la India del Sur precolonial y colonial.

[42] A. Appadurai, "Disjuncture and Difference in the Global Political Economy", *Public Culture*, vol. II, núm. 2, 1990; A. Appadurai y C. A. Breckenridge, "Why Public Culture?", *Public Culture*, vol. I, núm. 1, 1988, pp. 5-9; P. Gilroy, *There Ain't No Black in the Union Jack*, Hutchinson, Londres, 1987; M. Gurevitch *et al.* (eds.), *Culture, Society and the Media*, Methuen, Nueva York, 1982; S. Hall *et al.* (eds.), *Culture, Media, Language*, Hutchinson, Londres, 1980; B. Waites *et al.* (eds.), *Popular Culture, Past and Present*, Open University Press, Londres, 1982.

[43] S. Hall, "Culture, the Media and the Ideological Effect", en Gurevitch *et al.*, *op. cit.*

[44] De forma deliberada, he evitado el uso en este artículo del término "esfera pública". Como Habermas en *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, MIT Press, Cambridge, 1989 [1962] deja en claro, la "esfera pública" constituye el espacio donde la sociedad civil emerge con el auge de las formaciones sociales burguesas. Es allí que el debate crítico y racional entre los sujetos burgueses podía tener lugar sobre una variedad de temas, incluido el estado, y es allí donde los controles sobre el poder del estado surgen a través de la fuerza de la opinión pública instruida; *e. g.* J. D. Peters, "Historical Tensions in the Concept of Public Opinion", en T. L. Glasser y C. T. Salmon

Pude constatar la importancia de los medios de comunicación cuando —escasamente dos meses después de que Rajiv Gandhi fuera elegido primer ministro, a finales de 1984— un anciano de la aldea, de una casta superior, cuyo hijo era un hombre de negocios con estrechas relaciones con el Partido del Congreso, me dijo: "Rajiv ha fallado". Me sorprendió escucharle decir esto, y le pregunté por qué lo pensaba. Respondió: "En su campaña, Rajiv prometió erradicar la corrupción, pero ¿lo ha hecho? Nada ha hecho al respecto". Si bien, durante su campaña, Rajiv Gandhi no había visitado la zona alrededor de Alipur, este hombre era muy consciente de todas sus promesas de campaña. Como muchos otros en Alipur, escuchaba todas las noches la emisión de noticias en hindi de la BBC World Service, así como la radio nacional controlada por el gobierno *(Akaashvaani)*. Estaba bien informado sobre los acontecimientos internacionales, y a menudo me hacía preguntas detalladas con respecto a los acontecimientos del momento en los Estados Unidos o Irán.

Si bien la radio y la televisión desempeñan, sin duda, un importante papel como medios de comunicación, los periódicos son quizá el mecanismo predominante en la cultura pública para la circulación de discursos sobre la corrupción.[15] En el estudio de fenómenos translocales como "el

(eds.), *Public Opinion and the Communication of Consent*, Guilford Press, Nueva York, 1993. Dado que el argumento que sigue plantea interrogantes sobre la importación generalizada de estas categorías al contexto particular en análisis, esta noción de la "esfera pública" no es particularmente útil. Me apresuro a añadir que de ninguna manera estoy dando a entender que "Occidente" sea el único en poseer un espacio para el debate público y la discusión. La noción de la esfera pública, sin embargo, denota una formación histórica y cultural particular influida por el feudalismo, el gobierno real, el surgimiento del capitalismo, la importancia de los centros urbanos y el papel dominante de la iglesia como una institución que no se reproduce *de la misma forma* en otras partes del mundo.

[15] Para aquellos no familiarizados con el contexto de la India, podría ser útil señalar que la razón por la que me concentro en los periódicos es que, mientras la radio y la televisión están estrictamente controladas por

estado", los periódicos contribuyen a la materia prima n[illegible]cesaria para la descripción "gruesa". Esto debería ser evider[illegible]te al comparar los artículos de prensa —conceptualizad[illegible] como textos culturales y documentos sociohistóricos— con las entrevistas orales. Dado que los artículos de prens[illegible] se presentan invariablemente por corresponsales locale[illegible] constituyen, al igual que las entrevistas orales, cierta form[illegible] de conocimiento situado. Evidentemente, resulta ingenu[illegible] percibirlos como si tuvieran una relación privilegiada co[illegible] la verdad de la vida social; sin embargo, tienen mucho qu[illegible] ofrecernos cuando son vistos como una importante form[illegible] discursiva a través de la cual la vida cotidiana es narrativi[illegible]zada y las colectividades son imaginadas. Por supuesto, lo[illegible] relatos presentados en los periódicos se tamizan a través d[illegible] conjuntos de filtros institucionales, pero, por esa sola razón sus representaciones no están más profundamente compro[illegible]metidas. Tratados con negligencia benigna por los estudian[illegible]tes de la vida contemporánea, los relatos se metamorfosea[illegible] misteriosamente en invaluables "datos de campo" una ve[illegible] que el papel se ha puesto amarillo en los bordes y deshech[illegible] en los pliegues.[46] Y sin embargo, no está del todo claro me[illegible]

el gobierno, la prensa es relativamente autónoma y frecuentemente crític[illegible] de "el estado". La única fuente adicional importante de noticias en las zo[illegible]nas rurales es la radio trasnacional, cuya cobertura sobre la India sigu[illegible] siendo limitada, ya que sigue enfocada en las noticias más importantes [illegible] por tanto, carece de los pormenores y la especificidad de los periódicos

[46] Esto no quiere decir que, en el pasado, los antropólogos no haya[illegible] incorporado los periódicos en sus análisis (véase, por ejemplo Benedic[illegible] *op. cit.*). Herzfeld explica con mucha claridad el papel marginal de los pe[illegible]riódicos: "El periodismo es tratado como algo que no es auténticament[illegible] etnográfico, ya que proviene del exterior y es retóricamente factual [..[illegible] En consecuencia, la intrusión del lenguaje de los medios de comunicació[illegible] en el discurso del pueblo ha sido ignorada en gran medida" (*op. cit.*, p. 94[illegible] Herzfeld insiste en un análisis exhaustivo de los periódicos, incluso cuan[illegible]do la unidad de análisis es "la aldea"; otros, como Benedict Anderson [illegible] Achille Mbembe, han hecho hincapié en la importancia teórica de los pe[illegible]riódicos en la construcción de la nación y para el análisis de "el estad[illegible] respectivamente. [Véase *Imagined Communities: Reflections on the Orig*[illegible]

diante qué alquimia el tiempo convierte los datos "secundarios" del antropólogo en los datos "primarios" del historiador.

Aparte de las razones teóricas que pueden aducirse para apoyar el análisis de los artículos de prensa, la importancia de todos los periódicos en lengua vernácula, sean regionales o nacionales, radica en el hecho de que contienen secciones especiales dedicadas a las noticias locales.[47] Éstas sólo se distribuyen en la región a la que corresponde la noticia. Por tanto, si se toma el mismo periódico en dos ciudades diferentes en Uttar Pradesh, algunas de las páginas en el interior tendrán contenidos totalmente diferentes. Las noticias sobre un área en particular, por tanto, sólo pueden obtenerse mediante la suscripción a periódicos dentro de esa área. En este sentido restringido, los artículos de prensa sobre un área en particular sólo se pueden obtener dentro de "el campo".[48]

and Spread of Nationalism, Verso, Nueva York, 1983 (*Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, FCE, México, 1993), y A. Mbembe, "Provisional Notes on the Postcolony", art. cit.]

[47] Este análisis de los periódicos examina las relaciones entre los *discursos* locales y trasnacionales de la corrupción, pero no los vínculos entre el capital trasnacional y los periódicos locales. Por ejemplo, aunque ninguno de los periódicos distribuidos localmente (en idioma inglés o en lengua vernácula) son aun parcialmente propiedad de empresas trasnacionales, muchos de ellos dependen de los organismos multinacionales para las noticias internacionales. Un estudio detallado también tendría que dar cuenta de la compleja relación entre la acumulación de capital nacional e internacional. Además, la relación entre la propiedad y el contenido de los periódicos es increíblemente difícil de establecer y está mucho más allá del alcance de este artículo y la competencia del autor. Deseo agradecer a un revisor anónimo por plantear estas estimulantes preguntas.

[48] Herzfeld ha hecho una advertencia a la que haríamos bien en prestar atención: "No resulta fácil que podamos establecer distinciones tajantes y rápidas entre zonas rurales y urbanas, analfabetas e instruidas (o al menos periodísticas), locales y nacionales. Estos términos —urbanidad, alfabeti-

El método de estudiar el estado presentado en este artículo asocia el discurso de la corrupción en la prensa en lengua vernácula y en inglés con las declaraciones hechas por los aldeanos y funcionarios del estado. Veremos que los discursos y las prácticas locales en materia de corrupción estaban íntimamente vinculados con el reportaje que se encuentra en la prensa vernácula y nacional. Este punto se demostrará al mirar primero algunos ejemplos de la prensa nacional, en inglés, y luego en gran medida los de los periódicos vernáculos.[49]

La corrupción, como un tema, dominó en dos de las tres elecciones nacionales celebradas en la década de 1980. En su resumen de la década, la revista quincenal de noticias *India Today* encabezó la sección sobre "Los años ochenta: Política" de la siguiente manera: "La política del comunitarismo, la corrupción y el separatismo dominan una década plagada de acontecimientos".[50] La elección de Rajiv Gandhi en noviembre de 1984 fue librada en gran medida con las

zación, interés nacional y sus antónimos— aparecen en el discurso de los aldeanos, y son parte de ese discurso [...] los más amplios discursos sobre el lugar de Grecia en el mundo a la vez alimentan y se alimentan de las opiniones expresadas en las aldeas más pequeñas" (*History in the Making*..., *op. cit.*, p. 117). "Atacar 'el estado' y la 'burocracia' (a menudo más cosificados como 'el sistema') es una táctica de la vida social, no una estrategia analítica. No reconocer esto es esencializar el esencialismo. En términos etnográficos, esto nos llevaría a ignorar la multiplicidad de pecados cubiertos por los estereotipos monolíticos de 'la burocracia' y 'el estado'" (*The Social Production of Indifference*, *op. cit.*, p. 45).

[49] Si bien en toda la región las tasas de alfabetización son relativamente bajas, el impacto de los periódicos va mucho más allá de la población instruida, ya que las noticias se transmiten por vía oral a través de una amplia gama de grupos. Las noticias políticas en la televisión estatal, *Doordarshan*, por el contrario, despiertan un alto grado de desconfianza, porque todo el mundo en cuestión sabe que ésta es el portavoz del gobierno.

[50] *India Today* se publica en varias lenguas de la India y tiene una gran audiencia en pequeñas ciudades y aldeas. La corrupción también ocupa un lugar destacado en la prensa vernácula, y en lo que sigue haré una comparación de la cobertura en ésta con revistas como *India Today*. [P. Chawla,

consignas de la erradicación de la corrupción y la preservación de la integridad de la nación frente a las amenazas separatistas de los sikhs. Precisamente porque desde el principio se le apodó "Mr. Clean", el tema de la corrupción llegó más tarde a perseguirlo a medida que su administración llegó a ser objeto de sospechas por supuestamente aceptar sobornos de Bofors, un fabricante sueco de armas de pequeño calibre. De hecho, Bofors se convirtió en la pieza central del exitoso esfuerzo de la oposición para derrocar su régimen. En las elecciones de 1989, en las que un gobierno ajeno al Partido del Congreso llegó al poder sólo por segunda vez en los cuarenta y tres años de política electoral, otro Mr. Clean, V. P. Singh, se convirtió en el dirigente. Anteriormente había sido expulsado con poca ceremonia del gabinete de Rajiv Gandhi, ya que, como ministro de Defensa, había iniciado una investigación sobre el "Bofors Affair". En términos electorales, el efecto de Bofors fue explosivo precisamente porque se convirtió en un símbolo de la corrupción del estado en todos los niveles. Por ejemplo, el conductor de un autobús de la notoriamente ineficiente Uttar Pradesh State Roadways justificaba no darme el cambio diciendo: "Si Rajiv Gandhi puede recibir sesenta y cuatro millones de rupias en sobornos, ¿qué hay de malo en que yo me quede con sesenta y cuatro paisas de un boleto?"[51]

El discurso de la corrupción, sin embargo, fue mucho más allá de tan sólo establecer los términos de la contienda electoral entre los partidos políticos. No sólo ayudó a definir "lo político", sino que también sirvió para constituir al "público" que se percibía que estaba haciendo frente a la corrupción. Dado que, en gran parte, esto se hizo a través de

"The 80's: Politics", *India Today*, edición internacional, 15 de enero de 1990, p. 18.]

[51] Al tipo de cambio imperante, 64 millones de rupias = 36 millones de dólares. Por tanto, 64 rupias equivalía a 3.6 centavos de dólar, menos que el costo de una taza de té.

los medios de comunicación, hay que prestar especial atención a los periódicos como textos culturales que nos dan pistas importantes sobre la cultura política de la época. En una serie de encuestas preelectorales muy relevantes, el diario metropolitano inglés que más se lee, el *Times of India*, intentó analizar el impacto político de Bofors y se dispuso a establecer la forma en que el electorado consideraba la corrupción. Uno de sus artículos comienza con una cita de un aldeano que comentó: "Si uno [un partido político, es decir, el Partido del Congreso] es una serpiente venenosa, el otro [el partido de la oposición] es una cobra".[52] El artículo continuó diciendo: "Ya sea que el Partido del Congreso esté en el poder o en la oposición, eso no tiene ninguna importancia para el hombre y la mujer común que tienen que hacer frente a la proliferación de la corrupción que afecta todas las esferas de la vida [...] Bofors no hará mella en sus vidas. En cambio, el pago de una tarjeta de racionamiento o la permanencia en un trabajo sí lo hacen".[53]

El artículo desarrolla aún más la relación entre el "ciudadano común" y el estado con respecto al papel de la política formal y los políticos:

> En U. P., la mayoría consideró que [el aumento de la corrupción] se debía a la creciente corrupción en los círculos políticos. M. P. Verma, un retrógrado líder de clase de Gonda, señaló que los políticos hoy en día son impulsados en función de un programa con una sola mira: tomar el poder a toda costa. Y las enormes cantidades de dinero gastadas en las elecciones se obtienen por medios deshonestos. "Sin corrupción no hay política", dijo Aminchand Ajmera, un empresario de Bhopal.[54]

[52] "Bofors Is Not a Major Issue: Pre-Election Survey 4", *Times of India*, 13 de agosto de 1989, p. 1.

[53] *Idem.*

[54] *Idem.*

El tema de la corrupción fue destacado en *India Today* en un artículo sobre un plan del gobierno central para ayudar a los pobres, que señalaba cómo los recursos que asignaba el gobierno central estaban siendo mal utilizados por el gobierno estatal en Madhya Pradesh (1989).[55] En este ejemplo, la política formal no se reduce a la competencia entre los *partidos* políticos, y el aparato burocrático (donde se reciben sobornos por trabajos) no se confunde con el régimen (donde presumiblemente fueron a dar los sobornos de Bofors). En cambio, el discurso de la corrupción se fue convirtiendo en un medio por el cual una imagen bastante compleja del estado se construyó simbólicamente en la cultura pública.

Además, examiné las ediciones locales de seis periódicos en hindi con diferentes orientaciones políticas y con mayor circulación en el área de Mandi: *Aaj*, *Dainik Jaagran*, *Amar Ujaala*, *Hindustan*, *Rashtriya Sahaara* y *Jansatta*. Hubo diferencias significativas entre las revistas y los periódicos en idioma inglés recién mencionados, con sus lectores urbanos cultos de "clase media", y la prensa vernácula. La razón radica en la ubicación estructural de los diarios nacionales en idioma inglés en las regiones "estratégicas": los centros urbanos de la capital, la alta política, la administración y la educación. Los periódicos en lengua vernácula conservaban un sentido más rico de la naturaleza del estado, constituida por múltiples capas, debido a que sus reportajes se centraban necesariamente en acontecimientos en diferentes localidades, lo que correspondía a los niveles inferiores de la jerarquía estatal. Ellos no podían, sin embargo, desconocer al mismo tiempo los acontecimientos en los niveles más altos del estado (región) y de la nación. Por el contrario, los periódicos metropolitanos se centraban casi exclusivamente en acontecimientos a gran escala, y las burocracias locales

[55] El programa en cuestión es el Programa de Desarrollo Rural Integrado.

figuraban principalmente en las cartas de quejas escritas por los ciudadanos sobre los servicios de la ciudad. La prensa vernácula por tanto delineaba de manera particularmente clara la naturaleza de múltiples capas y pluricéntrica de "el estado".

Los periódicos en hindi con circulaciones regionales limitadas, leídos sobre todo por los residentes de las muchas ciudades pequeñas y aldeas grandes que salpican la campiña, eran de hecho, a diferencia de los diarios "nacionales" en hindi como el *Navbharat Times*, mucho menos propensos a cosificar al estado como una organización monolítica con una sola cadena de mando. Éstos llevaban a cabo la práctica de nombrar explícitamente los departamentos específicos de la burocracia estatal. La prensa vernácula también parecía perseguir historias de corrupción con mayor celo que su contraparte metropolitana.[56]

Por ejemplo, el diario *Aaj* tuvo titulares como los siguientes: "La policía ocupada calentando sus propios bolsillos",[57] "Saqueo en hospital para tuberculosos",[58] y "Campesinos acosados por funcionario de concentración parcelaria".[59] En ninguno de estos informes se invocaba al estado *(sarkaar)* como una entidad unitaria. En todos ellos, se nombraron los departamentos específicos y, muy a menudo también, personas específicas. Asimismo, documentaban con gran detalle en qué consistían exactamente estas prácticas corruptas. Por ejemplo, el artículo sobre el hospital para tuberculosos declaró exactamente cuánto dinero fue "cobrado"

[56] Este hecho debe acabar con el mito de que el discurso de la corrupción se encuentra sólo entre la clase media urbana de indios "occidentalizados".

[57] "Calentar el bolsillo" es una metáfora de aceptar un soborno. He traducido todos los títulos del hindi original. [Véase *Aaj Tak*, "Jayb Garmaanay May Juti Hai Police", 18 de julio de 1989.]

[58] "T. B. Aspataal may Loot Khasol", *Aaj Tak*, 25 de julio de 1989.

[59] "Chakbandi Adhikaari say Kisan Parayshaan", *Aaj Tak*, 22 de julio de 1989.

por cada etapa (cinco rupias para una prueba, diez rupias para el médico, cinco rupias para el mediador, y así sucesivamente) en un tratamiento que se suponía que era siempre de forma gratuita. El artículo sobre el funcionario de concentración parcelaria publicó su nombre y dijo cuánto dinero había exigido en sobornos a campesinos específicos (también nombrados). Del mismo modo, el reportaje sobre la policía informó que una comisaría específica estaba extorsionando a propietarios de vehículos con la amenaza de emitir citatorios falsos.

Dos características de estos informes fueron particularmente sorprendentes. En primer lugar, los funcionarios del estado más altos de la jerarquía a menudo fueron descritos como nada receptivos a las quejas, e incluso como cómplices de las prácticas corruptas. "A pesar de varias quejas de los ciudadanos al jefe de la región, no se ha hecho nada", era un estribillo conocido en los artículos. Por ejemplo, en un breve artículo se declaró que el concesionario que tenía el contrato para distribuir raciones de azúcar y combustible subvencionadas las vendía en el mercado negro con la protección política y el pleno conocimiento de los supervisores regionales.[60] Del mismo modo, en otro reportaje, "Para lograr que funcione el teléfono, hay que darles dulces",[61] informaron que los empleados corruptos del departamento de teléfonos dijeron a los clientes que podían seguir adelante y quejarse todo lo que quisieran pero que, a menos que los trabajadores de teléfonos recibieran sus golosinas favoritas,[62] los teléfonos de los clientes seguirían sin funcionar.

La segunda característica destacable en los periódicos

[60] "Cheeni aur Mitti kay Tel ki Kaalabazaari", *Aaj Tak*, 22 de julio de 1989.

[61] "Mathura ka Pedaa Khilaao to Telephone Bolnay Lagaingay", *Aaj Tak*, 22 de julio de 1989.

[62] Se trata de un dulce regionalmente popular: el *pedaas*, de Mathura.

regionales fue su énfasis en el público y en su construcción de éste. Una práctica discursiva común era hablar de "el público" *(janata)* que estaba siendo explotado abiertamente por la policía, o "los ciudadanos" *(naagarik)* que fueron hostigados por los comerciantes ilegales, o "las personas" *(log)*, a cuya clara acusación contra el hospital se le dio voz en el periódico, o "simples campesinos" *(bholaay-bhaalaay kisaan)* que fueron explotados despiadadamente por el funcionario de concentración parcelaria. En todos los casos, la función de la prensa parecía ser la de crear un espacio en el que pudieran transmitirse las penalidades de las masas y perseguir el bien común *(janhit)*.

Por supuesto, la prensa fue haciendo mucho más que simplemente ventilar las quejas preexistentes. El estado aquí construido consistía en instituciones muy dispares con poca o ninguna coordinación entre ellas, de múltiples niveles de autoridad, ninguna de las cuales era responsable ante la gente común, y en empleados (con la certeza de que no podían ser despedidos) que trataban con desprecio a los ciudadanos. Al mismo tiempo, estos informes también crearon sujetos[63] descritos como explotados, impotentes y ultrajados. Destaco las funciones de los periódicos con el fin de llamar la atención sobre la estrategia retórica desplegada por los medios de comunicación para incitar vivamente a la acción a los ciudadanos que esperan que las instituciones del estado sean responsables ante ellos.

Si bien he expuesto marcadas diferencias entre la prensa en inglés y la vernácula en sus representaciones de "el estado" y la construcción de sujetos, hay que tener en cuenta en todo momento dos advertencias. En primer lugar, si uno mira los periódicos de diferentes regiones de Uttar Pradesh, y publicados en otras lenguas (por ejemplo, en urdu), dentro de la prensa vernácula se encuentran variaciones

[63] Tal vez sería más preciso hablar aquí de "posiciones de sujeto" que de "sujetos".

considerables.[64] En segundo lugar, los medios de comunicación no son la única fuente importante para la circulación de las representaciones de "el estado" en la cultura pública. La policía y los funcionarios de la administración expresan reiteradamente su frustración por su incapacidad de hacer frente a "las historias salvajes" y "rumores" que combaten y contradicen la versión oficial de los hechos. En el *Times of India* se cita a oficiales de la policía en un distrito adyacente: "Van sembrando rumores y no podemos luchar contra ellos con eficacia. Estos rumores ayudan a reunir multitudes. Y, entonces, la multitud agitada se vuelve sobre la policía, lo que provoca un enfrentamiento".[65] El "telégrafo descompuesto" *[sic]* propaga rumores de manera rápida y convincente.[66] A diferencia de otras tecnologías de la comunicación como los periódicos, la radio y la televisión, los rumores no se pueden controlar con sólo frenar la fuente de origen.[67] Por tanto, el rumor se convierte en un vehículo especialmente efectivo para impugnar los relatos oficiales, sobre todo cuando los organismos del estado transgreden las normas locales de comportamiento.

La corrupción, por definición, es la violación de las normas y criterios de conducta.[68] La otra cara del discurso de la

[64] En este artículo mi análisis se restringe a los periódicos en hindi que publican noticias locales de la región de Mandi.

[65] C. Mitra y R. Z. Ahmed, "It's Naiyma's Niche, near the 'Nahar'", *Times of India*, India, 8 de agosto de 1989, pp. 1, 12.

[66] Un excelente estudio de la importancia del rumor en el campo se encuentra en Amin, 1984. Un análisis más completo se centraría en el papel de la radio y la televisión (ambas controladas por el estado) en todo esto. Véase C. Mitra, "Tikait as Mini-Mahatma: Understanding the Rural Mind-Set", *Times of India*, India, 9 de agosto de 1989.

[67] R. Coombe, "Tactics of Appropriation and the Politics of Recognition in Late Modern Democracies", *Political Theory*, vol. XXI, núm. 3, agosto de 1993.

[68] Es en este sentido de violación de las normas que el término se extiende con frecuencia a la vida moral bastante lejana del "estado", para significar profanación, deshonestidad, inmoralidad, vicio, impureza, deca-

corrupción resulta, por tanto, un discurso de rendición de cuentas.[69] Herzfeld pone el acento en el lugar correcto cuando dice que la "rendición de cuentas es una amalgama saturada de ideas producidas, social y culturalmente, acerca de la persona, la presencia y el sistema de gobierno... [cuyo]

dencia y contaminación. La literatura sobre la corrupción se ha visto obstaculizada por el esfuerzo de encontrar un conjunto de normas culturales universales e invariables que ayudarían a decidir si ciertas acciones se clasifican como "corruptas". Esta empresa fundacional pronto degeneró en el etnocentrismo y el dogma, lo que condujo a un periodo prolongado de inactividad intelectual. Por supuesto, no todas las contribuciones a la literatura de la corrupción cayeron en esta trampa etnocéntrica; algunas proponen categóricamente socavar los supuestos de la teoría de la modernización. La única razón por la que he elegido no ocupar aquí demasiado espacio discutiendo la literatura de la corrupción es porque tiene muy poco que decir acerca de las principales preocupaciones de mi artículo, a saber, el análisis etnográfico del funcionamiento cotidiano del estado y la construcción discursiva del estado en la cultura pública. La única excepción se encuentra en la serie de estudios realizados por Wade, que describen la corrupción etnográficamente a través de la observación y entrevistas con funcionarios estatales. Una muestra representativa de los diferentes puntos de vista en la literatura de la corrupción se puede obtener en M. Clarke (ed.), *Corruption: Causes, Consequences, and Control*, Frances Pinter, Londres, 1983; A. J. Heidenheimer (ed.), *Political Corruption*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1970; S. P. Huntington, *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968; N. H. Leff, "Economic Development through Bureaucratic Corruption", *American Behavioral Scientist*, vol. VIII, núm. 3, noviembre de 1964; C. Leys, "What Is the Problem about Corruption?", *Journal of Modern African Studies*, vol. III, núm. 2, 1965; J. Monteiro, "The Dimensions of Corruption in India", en A. J. Heidenheimer (ed.), *Political Corruption*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1970; J. C. Scott, "Corruption, Machine Politics, and Political Change", *The American Political Science Review*, vol. LXIII, núm. 4, diciembre de 1969; J. C. Scott, *Comparative Political Corruption*, Prentice Hall, Nueva Jersey, 1972, y R. O. Tilman, "Emergence of Black-Market Bureaucracy: Administration, Development, and Corruption in New States", *Public Administration Review*, vol. XXVIII, núm. 5, 1968. Para una monografía reciente, véase R. Klitgaard, *Controlling Corruption*, University of California Press, Berkeley, 1988. [*Controlando la corrupción*, Fundación Hanns Seidel/Editorial Quipus, La Paz, 1990.]

[69] Agradezco a Lata Mani por insistirme sobre este punto.

significado es culturalmente específico... [y cuya] gestión de la identidad personal o colectiva no puede liberarse de la experiencia social".[70] Las expectativas del comportamiento "correcto", las normas de rendición de cuentas y los criterios de conducta para los funcionarios del estado, en otras palabras, provienen tanto de los grupos sociales como de "el estado".[71] A veces, estas normas y criterios convergen; con mayor frecuencia, no lo hacen. Así, aquí encontramos evaluaciones divergentes y contradictorias acerca de si determinada línea de conducta es "corrupta". El despliegue por parte de los sujetos de discursos de la corrupción es mediado necesariamente por su ubicación estructural (este punto se desarrolla más adelante). Pero los funcionarios del estado también están posicionados de forma múltiple dentro de los diferentes regímenes de poder: en consecuencia, simultáneamente emplean, y están sujetos a, bastantes discursos diferentes de rendición de cuentas. La manera en que estos funcionarios negocian las tensiones inherentes a su ubicación en sus prácticas diarias ayuda tanto a crear ciertas representaciones del estado como a moldear poderosamente las evaluaciones de él, lo cual afecta su legitimidad. De hecho, la lucha por la legitimidad puede ser interpretada en términos del esfuerzo por construir simbólicamente el estado y el "público" de una manera determinada.

Por otra parte, si uno tuviera que documentar las transformaciones en el discurso de la corrupción desde la época colonial hasta el presente (un proyecto más allá del alcance de este artículo), quedaría claro que el propio estado pos-

[70] Herzfeld, *op. cit.*, p. 47.

[71] Por ejemplo, un funcionario de alto rango que no ayuda a un pariente cercano o a un vecino de la aldea a obtener un puesto en el gobierno es a menudo duramente criticado por la gente por no cumplir con sus obligaciones para con sus parientes y hermanos de la aldea. Por otro lado, las mismas personas a menudo condenan rotundamente a cualquier funcionario de otra casta o aldea que ha hecho precisamente eso por ser "corrupto" y culpable de alentar el "nepotismo".

colonial ha generado nuevos discursos de rendición de cuentas. Acciones toleradas o consideradas legítimas bajo el dominio colonial pueden ser clasificadas como "corruptas" por los aparatos de elaboración de normas del estado-nación independiente porque una democracia electoral se considera responsable de "el pueblo". La percepción de la corrupción generalizada en un país como la India podría entonces ser en sí misma una consecuencia de los cambios en el discurso de rendición de cuentas promulgado por los nacionalistas poscoloniales. Además, los cambios significativos *durante* el periodo poscolonial han surgido de las presiones de la política electoral (como lo demuestra la controversia Bofors) y de la movilización campesina. En la región de Mandi, la Kisan Union ha tenido mucho éxito en la organización de los campesinos contra el estado, centrándose en el tema de la corrupción en los niveles más bajos de la burocracia.

Si bien existen variaciones en el discurso de la corrupción *dentro* de las regiones y *durante* la era poscolonial, el fin del colonialismo constituye una transición significativa. Una de las razones de esto es que los nacionalistas opuestos al régimen colonial buscan el tipo de legitimidad popular que les permita actuar en nombre de "el pueblo". De este modo, imponen nuevas responsabilidades a los empleados del estado y confieren nuevos derechos a sujetos que entonces son constituidos como ciudadanos. El estado poscolonial se propone conscientemente crear posiciones de sujeto desconocidas en la época colonial: la "ciudadanía" no sólo marca la inclusión en un dominio territorial, sino que indica un conjunto de derechos teóricamente invertidos en los sujetos que habitan el país.[72] En una democracia popu-

[72] La modernidad del estado-nación poscolonial se ejemplifica mediante el concepto de ciudadanía consagrado en la Constitución de la India, una noción sobre el individuo claramente enraizada en las ideas de la Ilustración. Mi uso del término "ciudadanía" podría parecer que se remontara a una noción de "sociedad civil", sobre la cual argumento en contra en el

lista como la India, uno de los componentes esenciales de los discursos de la ciudadanía ha sido que los empleados estatales se consideran responsables ante "la población" del país. El discurso de la corrupción, al marcar las acciones que constituyen una infracción de tales derechos, actúa, por tanto, para representar los derechos de los ciudadanos ante sus ojos.[73]

El papel de la Kisan Union resalta más aún las significativas variaciones regionales en el discurso de la corrupción. Uttar Pradesh occidental, la región donde se encuentra Mandi, ha sido el centro de las tan exitosas movilizaciones campesinas dirigidas por los campesinos pudientes. Este movimiento fue encabezado por primera vez por Chaudhary Charan Singh, un ex primer ministro que constantemente llevaba a cabo ataques contra el "sesgo urbano" de las políticas estatales. Ahora, la Kisan Union le ha dado una nueva dirección encabezada por Mahendar Singh Tikait.[74]

resto del artículo. Lo que intento subrayar aquí, sin embargo, es que en un contexto poscolonial la noción de "ciudadanía" no dimana de la esfera pública burguesa sino de los discursos y las prácticas del estado-nación moderno. Por tanto, la ciudadanía es una posición híbrida del sujeto que tiene muy diferentes resonancias en un contexto poscolonial de las que tiene en lugares donde está mezclada inextricablemente con el surgimiento de la "sociedad civil".

[73] El discurso de rendición de cuentas abierto por la retórica de la ciudadanía no tiene por qué volverse políticamente significativo. Tanto si lo es o no tiene que ver con el nivel de organización de los diferentes grupos a los que afecta.

[74] Es importante señalar que, si bien la retórica de la Kisan Union predica su oposición al estado en términos de las políticas del estado contra los agricultores, la mayoría de sus protestas de base se organizan en torno a las instancias locales de corrupción. El comportamiento de los funcionarios corruptos se convierte en una prueba más de la explotación de los agricultores por parte del estado. Excepto en los niveles más bajos, todos los funcionarios tienen trabajos en los que se les transfiere con frecuencia. Si bien el círculo en el que se pueden transferir varía según el rango, en un estado tan grande como Uttar Pradesh, lo que Anderson ha denominado "peregrinaciones burocráticas" suele cubrir un área bastante ex-

Las castas terratenientes de la región han llegado a ser bastante prósperas ya que han sido las principales beneficiarias de la revolución verde. Pero esta nueva riqueza aún no se ha trasladado al poder burocrático y el capital cultural. En otras palabras, dado el papel central que desempeñan las instituciones del estado en la vida rural, estos grupos buscan estabilizar las condiciones para la reproducción de su hegemonía. Debido a que perciben que el estado actúa en contra de sus intereses, despliegan el discurso de la corrupción para socavar la credibilidad del estado y para atacar la manera en que operan las organizaciones gubernamentales.[75]

El discurso de la corrupción es fundamental para nuestra comprensión de la relación entre los grupos estatales y sociales, precisamente porque desempeña esta doble función de permitir a la gente construir el estado simbólicamente y que se defina a sí misma como ciudadanos. Porque es a través de estas representaciones, y a través de las prácticas públicas de diversos organismos gubernamentales, que el estado llega a ser marcado y delimitado desde otras organizaciones e instituciones de la vida social. El estado mismo y todo lo que se interprete que está al margen de él —comunidad, sistema de gobierno, sociedad, sociedad civil,[76] sociedad política— están todos construidos culturalmente en campos ideológicos específicos. Es por tanto imperativo que constantemente contextualicemos la construcción del

tensa. Los funcionarios no pueden ser destinados a su aldea de "origen", bloque, tehsil o distrito (en función de su círculo de responsabilidad). [Véase *Imagined Communities*..., *op. cit.*]

[75] Si tuviéramos que analizar el discurso de la corrupción en una región donde los grupos terratenientes dominantes y los niveles más bajos del estado fueran más claramente cómplices (como, por ejemplo, en algunas regiones de Bihar), probablemente encontraríamos que ese discurso adquiere un entramado muy diferente.

[76] Gail Kligman, "Reclaiming the Public: A Reflection on Creating Civil Society in Romania", *East European Politics and Societies*, vol. IV, núm. 3, Sage, septiembre de 1990.

estado dentro de determinadas coyunturas históricas y culturales. He empleado el discurso de la corrupción como medio para demostrar cómo llega el estado a ser imaginado en uno de tales contextos histórico y cultural. El discurso de la corrupción funciona aquí como un diagnóstico del estado.

EL ESTADO IMAGINADO

> Banwari, un residente de casta reconocida de la aldea Ashanwad, a veinticinco kilómetros de Jaipur, dijo: "No he visto la Vidhan Sabha o la Lok Sabha.[77] La única parte del gobierno que veo es la estación de policía a cuatro kilómetros de mi casa. Y eso es corrupto. La policía exige sobornos y no registra las quejas de la gente de castas reconocidas como yo" [*Times of India*, 1989, p. 7].

Hasta aquí, este artículo se ha ocupado, respectivamente, de las prácticas de los niveles locales de la burocracia y de los discursos de la corrupción en la cultura pública. Juntos, hacen posible cierta construcción del estado que articula la institución translocal imaginada con sus personificaciones localizadas. El gobierno, en otras palabras, se está construyendo aquí en la imaginación y las prácticas cotidianas de la gente común. Por supuesto, esto es exactamente lo que la "cultura empresarial" y el nacionalismo hacen: posibilitan y luego naturalizan la construcción de este tipo de instituciones no localizables. Entonces llega a ser muy importante entender los mecanismos o modalidades que hacen que sea posible imaginar el estado. ¿Cuál es el proceso mediante el cual la "realidad" de las entidades translocales llega a experimentarse?

Para responder a esta pregunta, hay que entender la

[77] Vidhan Sabha es la cámara alta del Parlamento y Lok Sabha la cámara baja.

función central de la cultura pública, que representa una de las modalidades más importantes para la construcción discursiva del "estado". Es claro que no todo el mundo se imagina el estado de la misma manera. Hasta ahora, muy poco se ha investigado sobre la relación entre los grupos de población ubicados diversamente y su utilización de los diferentes medios de representación y de los variados recursos de capital cultural al imaginar "el estado". Por ejemplo, Ram Singh y sus hijos son hombres relativamente prósperos de una de las castas más bajas *(jatav)* en Alipur. Recientemente habían adquirido un aparato de televisión como parte de la dote recibida por el matrimonio de uno de los hijos. Ram Singh me dijo, en una confesión nacida de una mezcla de orgullo y vergüenza, que, desde que la televisión había llegado, su trabajo en el campo había sufrido porque, en lugar de irrigar los cultivos, todos se sentaban a ver la televisión. (Tanto los equipos de bombeo utilizados para el riego como el aparato de televisión dependían de suministros erráticos y ocasionales de electricidad.) La televisión era un punto de referencia constante en la conversación de Ram Singh.

Entrevisté a Ram Singh en el contexto de las próximas elecciones (se llevaron a cabo en diciembre de 1989; la conversación data de finales de julio). Dijo:

> El público canta las bondades de Rajiv [Gandhi].[78] Él realmente está poniendo mucha atención a las necesidades de los pobres *[Bahut gaur kar raha hain]*. Rajiv ha estado viajando extensamente por las áreas rurales y conociendo personalmente los problemas que enfrentan los pobres. Por esta razón, sin duda, apoyaré al Congreso.
>
> Consideramos al gobierno que brinda apoyo a nosotros, los humildes, como si fuera nuestra madre y padre *[Usi ko ham maa-baap key samaan maantey hain]*. Si no fuera por el Congre-

[78] En el momento en que se llevó a cabo esta entrevista, Rajiv Gandhi era el primer ministro de la India.

> so, nadie prestaría atención a las castas más pequeñas *[chotee jaat]*. Ni siquiera dios se ocupa de nosotros, sólo el Congreso.

En ese momento, su hijo intervino:

> El Congreso es para todos los pobres, no sólo para las castas más bajas. Se está esforzando al máximo, tratando de crear más puestos de trabajo [en el gobierno] para la gente *[Bahut jor laga rahen hain, naukri mein khichai kar rahen hain]*.

Ram Singh retomó la discusión:

> Aunque el gobierno tiene muchos buenos planes, los funcionarios en el nivel medio se comen todo *[beech mey sab khaa jaate hain]*. El gobierno no escatima ningún esfuerzo para ayudar a los pobres, pero los funcionarios no permiten que ninguno de los planes llegue a los pobres.

"¿El gobierno no sabe que los funcionarios son corruptos? —pregunté—. ¿Por qué no hace nada?" Ram Singh respondió:

> Sabe algo, pero no todo. La razón es que la voz de los pobres no llega a las personas que están hasta arriba *[Garibon ki awaaz vahaan tak pahuchti nahin]*. Si, por ejemplo, el gobierno destina cuatro lakhs [400 000 rupias] para un plan, en realidad a nosotros sólo nos llega un lakh [100 000 rupias]... el resto desaparece a mitad del camino.[79]

Aquí, la posición de Ram Singh muestra cierta continuidad con una visión jerárquica más antigua del estado.[80] Normalmente, en tales puntos de vista, el gobernante aparece como benévolo y caritativo mientras que el funcionario

[79] Un lakh = [100 000]. En el momento de la entrevista, un millón de rupias equivalían aproximadamente a 6 000 dólares.

[80] Agradezco a un revisor anónimo por plantear este importante asunto.

local es visto como corrupto. Si bien éste puede muy bien ser el caso, creo que la perspectiva de Ram Singh se puede explicar adecuadamente al examinar las prácticas actuales en lugar de la sedimentación de tales creencias.[81] Deberíamos analizar las prácticas del estado que refuerzan su punto de vista. Cuando se presenta una denuncia de corrupción en contra de un funcionario local, la investigación corre siempre a cargo de un funcionario de rango superior. Por consiguiente, los altos funcionarios son vistos como quienes remedian los agravios y castigan a los funcionarios locales por comportamientos corruptos.

El caso de Ram Singh nos recuerda que todas las construcciones del estado deben ser situadas con respecto a la ubicación del interlocutor. La posición particular de Ram Singh nos ayuda a entender por qué imagina al estado como lo hace. Él es un hombre mayor de casta reconocida, cuyo hogar ahora posee uno de los cinco aparatos de televisión en la aldea, un símbolo clave de movilidad ascendente. Varios de sus hijos están educados y, consecuentemente, dos de ellos han obtenido puestos relativamente buenos en el gobierno.[82] Las castas reconocidas de esta área en general, y los *jatav* en particular, han apoyado históricamente a regímenes sucesivos del Partido del Congreso.

Lo primero que impresiona de la interpretación de Ram Singh acerca de "el estado" es qué tan claramente entiende su composición como una entidad de múltiples capas y diversos escenarios y centros. Aunque la palabra para régimen y estado es la misma en hindi *(sarkaar)*,[83] Ram Singh

[81] Otros campesinos que creen que los niveles más bajos del gobierno son corruptos, pero no los más altos, no necesariamente se adhieren a esa creencia por las mismas razones que Ram Singh.

[82] Todos los cargos gubernamentales tienen beneficios de reserva o cuotas para las castas reconocidas: en cada rango se reserva determinado porcentaje de puestos de trabajo para la gente de las castas más bajas.

[83] Algunas veces, también se emplea la palabra *shaasan*, cuyo significado es más cercano a "administración".

mantiene una distinción entre el régimen y la burocracia. Juzga que las buenas intenciones del régimen hacia las castas más bajas son frustradas por los funcionarios estatales corrompidos. Claramente, Ram Singh tiene la sensación de que existen varias capas del "gobierno" por encima de aquella con que siempre ha tratado (la parte superior personificada por el entonces primer ministro Rajiv Gandhi), y que los distintos niveles pueden ejercer atracciones opuestas sobre las políticas (en concreto, las que afectan a una persona de casta reconocida como él). Curiosamente, Ram Singh reproduce una justificación para el fracaso de la política en cuestión (la fórmula es correcta, los culpables son quienes la implementan) que se encuentra extendidamente en las "clases medias" de la India, es ofrecida por los políticos que pertenecen al régimen en el poder y es reproducida en el trabajo de los académicos, la alta burocracia y los funcionarios simpatizantes de él de los organismos internacionales.

El segundo hecho llamativo sobre el testimonio de Ram Singh es que, aparte de su descripción matizada del estado como institución desagregada y de múltiples capas, su análisis se asemeja mucho a un discurso sobre el estado que se difunde a través de los medios de comunicación y, por tanto, es translocal. El ejemplo de Ram Singh demuestra la importancia de la cultura pública en la construcción discursiva del estado: habla con conocimiento de causa acerca de la percepción que tiene "el público" de Rajiv y de su itinerario. La percepción de su hijo con respecto al Partido del Congreso en cuanto a que es "para todos los pobres" se debe también claramente y en gran medida a las fuentes de información mediatizada.

Mis sospechas de que la estrecha asociación con Rajiv Gandhi y la explicación sobre lo corrupto de los niveles medios del estado estuvieron influenciadas por el impacto de la televisión se vieron reforzadas cuando uno de sus hijos explicó:[84]

[84] De ninguna manera quiero decir que, por ver la televisión, Ram Singh

> Somos personas analfabetas cuyo conocimiento se limita a la aldea. De esta manera [es decir, mirando la televisión], aprendemos un poco sobre el mundo exterior, sobre las diferentes partes de la India, sobre cómo viven otras personas; nos hace ser un poco más mundanos *[Kuch duniyaadaari seekh laayten hain]*.[85]

En los preparativos para las elecciones, la cadena de televisión controlada por el gobierno, Doordarshan, pasa la mayor parte del noticiero nocturno siguiendo a Rajiv Gandhi en sus giras de campaña. Naturalmente, no sólo fue el país el que se imaginaba en la televisión a través de la representación de sus diferentes partes, sino también el estado nacional a través de la imagen de "su" líder. Las comprensiones populares del estado, por tanto, se constituyen en un campo discursivo donde los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental. Las palabras de Ram Singh revelan la parte importante que ejercen los medios de comunicación nacionales en los discursos "locales" sobre el estado. Es evidente que no es posible deducir por completo la comprensión de Ram Singh sobre "el estado" a partir de sus interacciones personales con la burocracia; a la inversa, es evidente que no está solamente repitiendo la información que obtiene de la televisión y los periódicos.[86]

tenga esta opinión de la corrupción en los niveles medios del estado; seguramente puede pensar de la misma forma también por otras razones. La televisión, sin embargo, parece haber influido en sus opiniones sobre este asunto: "nos hace ser un poco más mundanos".

[85] Su referencia a "analfabetas" no debe ser tomada literalmente.

[86] En su discusión sobre el pueblo griego de Glendi y la ciudad provincial de Rethemnos, Herzfeld ha destacado este punto: "Nunca se ha dudado respecto a la importancia de los medios de comunicación al conectar a la población con los grandes acontecimientos nacionales e internacionales. Al igual que la tradición de otros tiempos, los medios de comunicación generan un conjunto extraordinariamente homogéneo y generalizado de estereotipos políticos. Mucho menos explorado, sin embargo, es *cómo* se manipula este discurso" ("History in the Making...", art. cit., p. 99.

Más bien, lo que vemos en este ejemplo es la articulación entre los discursos hegemónicos (necesariamente fracturados) y las interpretaciones inevitablemente situadas e interesadas de los sujetos subalternos. Las experiencias cotidianas de Ram Singh lo llevan a creer que *debe* haber funcionarios y dependencias gubernamentales (cuya presencia, motivos y acciones se le representan a través de los medios de comunicación) interesados en ayudar a la gente como él. Sólo eso podría explicar por qué sus hijos han tenido éxito en obtener puestos tan valorados en el gobierno a pesar de su abandono por parte de los maestros locales y los malos tratos por parte de funcionarios locales. Sin embargo, cuando habla de "el público", y con un conocimiento en primera persona acerca de los esfuerzos de Rajiv en nombre de los pobres, se está basando claramente en la información mediatizada de *lo que* constituye el nivel superior de gobierno, quiénes son los agentes responsables por sus acciones y qué tipos de políticas y programas están promoviendo.[87]

cursivas en el original). Hablar de manipulación a veces parece hacer como si existiera una "profunda" intención de trabajar para alcanzar metas específicas; prefiero pensar en posibilidades de uso, las diversas formas en las que tal discurso puede utilizarse en diferentes circunstancias.

[87] No es de extrañar que, al igual que otras personas, Ram Singh no ocupe un espacio de oposicionalidad pura a los discursos y prácticas dominantes, ni que simplemente sea engañado por ellos. Maddox sugiere que los académicos pueden tener sus propias razones para buscar tan afanosamente indicios de resistencia. Véase "Bombs, Bikinis, and the Popes of Rock 'n' Roll: Reflections on Resistance, the Play of Subordinations, and Cultural Liberalism in Andalusia and Academia", artículo presentado en la 87 reunión anual de la *American Anthropological Association*, Phoenix, Arizona, 1990. De hecho, las formas de resistencia sin ambigüedades son raras, como lo reconoció Foucault en "Truth and Power" y "Power and Strategies", en *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, C. Gordon (ed.), Pantheon, Nueva York, 1980, pp. 109-145; y la simultaneidad de la cooptación y la resistencia frustra las conocidas antinomias del pensamiento analítico. L. Abu-Lughod, "The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power through Bedouin Women",

Es evidente que no hay ningún punto de apoyo de Arquímedes desde el cual visualizar "el estado", sólo numerosos conocimientos situados.[88] Los burócratas, por ejemplo, se lo imaginan a través de estadísticas,[89] informes oficiales y visitas, mientras que los ciudadanos lo hacen a través de artículos de prensa, tratos con determinados organismos gubernamentales, declaraciones de los políticos, y así sucesivamente. La construcción del estado varía claramente de acuerdo con la manera en la que se colocan los diferentes actores. Por tanto, es importante situar una determinada construcción simbólica del estado con respecto al contexto particular en que se realiza. La importancia de los medios de comunicación no debe hacernos olvidar las diferencias que existen en la forma en que la gente situada diversamente imagina el estado.[90]

American Ethnologist, vol. XVII, núm. 1, febrero de 1990; P. Mankekar, "National Texts and Gendered Lives: An Ethnography of Television Viewers in a North Indian City", *American Ethnologist*, vol. XX, núm. 3, agosto de 1993. De hecho, el esfuerzo por mostrar resistencia, incluso en los gestos evidentes de deferencia, exige el postulado de actores racionales muy estratégicos, una estrategia analítica que es de dudoso valor.

[88] D. Haraway, "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", *Feminist Studies*, vol. XIV, núm. 3, invierno de 1988.

[89] I. Hacking, "Biopower and the Avalanche of Printed Numbers", *Humanities in Society*, vol. V, núm. 3, 1982.

[90] Se podría objetar que este tipo de declaración implica una circularidad analítica: las construcciones del estado son contextuales y situadas; sin embargo, cualquier intento de definir el contexto y la situación implica el uso de discursos que pueden a su vez haber sido moldeados por las construcciones del estado, entre otras cosas. Siguiendo a Foucault, y especialmente a Haraway *(op. cit.)*, quiero argumentar que es insostenible la búsqueda de una vía para evitar la determinación mutua de los grandes contextos sociopolíticos y las posiciones discursivas. El analista también es parte de esta formación discursiva y no puede aspirar a llegar a una descripción de la "condición situada" que esté por encima, más allá o fuera del contexto que se está analizando. Esto es precisamente lo que los discursos "científicos" buscan alcanzar: una descripción universalmente verificable independiente del observador y del contexto. Haraway desmiente

Por ejemplo, la posición de Ram Singh como una persona de casta inferior relativamente acomodada, cuya familia se ha beneficiado de las reglas relativas a las cuotas de empleo para las castas reconocidas, explica su apoyo a las altas esferas del gobierno. Al mismo tiempo, su interacción con los funcionarios locales le ha enseñado que ellos, al igual que los hombres poderosos en las aldeas, tienen escasa o ninguna simpatía por la gente de casta baja como él. Por lo tanto, muestra un sentido muy agudo de las diferencias entre los distintos niveles del estado. Por otra parte, si parece que comparte una visión particular de la falta de adecuación de los programas de gobierno con la clase media, es el resultado de la convergencia de lo que ha aprendido de sus encuentros cotidianos con "el estado" con lo que ha interpretado, como indica su hijo, merced a los medios de comunicación. Es evidente que la retórica del Partido del Congreso, en cuanto a que es el partido de los pobres, en-

brillantemente las pretensiones de objetividad plasmadas en estos discursos, mostrando que "la visión que ve desde todas partes y desde ninguna parte", o lo que ella llama el "truco de dios", enmascara una voluntad de poder que constituye su propio proyecto político. Sostiene que todas las pretensiones de objetividad son perspectivas parciales, dependientes del contexto y visiones (o miradas) incrustadas discursivamente que no por ello son poco importantes o irredimibles. En otras palabras, el reconocimiento de que las verdades del discurso científico se encuentran ellas mismas dentro de las redes específicas de interconexiones cargadas de poder no es señal de un deslizamiento hacia la aleatoriedad "todo se vale", donde todas las posiciones se determinan subjetivamente y por lo tanto son irrefutables; véase también R. Bernstein, *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1985. Mi esfuerzo por describir la posición de Ram Singh según la clase, la casta, el género y las jerarquías de edad se desprende de un discurso científico social y de un sentido del compromiso político como tema poscolonial en el que la desigualdad, la pobreza y el poder constituyen las preocupaciones centrales. Dudo que un aldeano de casta alta describiera de esta manera a Ram Singh; tampoco es muy probable que lo hiciera un funcionario del gobierno ni un ejecutivo del Banco Mundial. A pesar de ser una descripción particular, es, yo diría, cualquier cosa menos arbitraria. Agradezco a un revisor anónimo por obligarme a aclarar este punto.

cuentra eco en la experiencia de Ram Singh; es por eso que él llama su guardián *(maa-baap)* al gobierno del Congreso y culpa a los funcionarios de nivel medio de no dar seguimiento a los programas gubernamentales. Por consiguiente, la opinión de Ram Singh sobre el estado está formada tanto por sus propios encuentros con funcionarios locales como por la manera translocal de imaginar el estado hecha posible al ver la televisión.

CONCLUSIÓN

En este artículo me he centrado en los discursos de la corrupción en la cultura pública y los encuentros cotidianos de los pobladores con las instituciones de los gobiernos locales con el fin de trabajar hacia una etnografía del estado en la India contemporánea. Dicho estudio plantea múltiples y complejos problemas conceptuales y metodológicos, de los cuales he tratado de explorar los que considero fundamentales para cualquier comprensión de las instituciones y las prácticas estatales.

El primer problema tiene que ver con la cosificación inherente en las descripciones unitarias de "el estado".[91] Cuando se analiza la manera en que los aldeanos y los funcionarios se encuentran con el estado, se vuelve claro que éste debe ser conceptualizado en términos mucho más descentralizados y desagregados de lo que ha sido el caso hasta ahora. En lugar de tomar la noción de "el estado" como punto de partida, debemos dejar abierta la cuestión de análisis en cuanto a las condiciones en que el estado *en verdad* opera

[91] Frustrado con la cosificación del estado y convencido de que sólo se trataba de una fuente de mistificación, Radcliffe-Brown sostuvo que ¡el estado puede eliminarse del análisis social! Véase el prefacio a M. Fortes y E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Oxford, 1940, p. XXIII. Una de las discusiones más serias sobre este tema se encuentra en Abrams [véase el primer capítulo de esta edición].

como un todo coherente y unitario.[92] Todos los datos etnográficos presentados en este artículo —los casos de Sharmaji, Sripal, Ram Singh y la Kisan Union, y los artículos de la prensa vernácula— apuntan al reconocimiento de múltiples agencias, organizaciones, niveles, programas y centros que rechazan simplemente la conclusión analítica.

El segundo gran problema abordado en este artículo se refiere a la translocalidad de las instituciones estatales. He argumentado que cualquier análisis del estado nos obliga a conceptualizar un espacio que está constituido por la intersección de los fenómenos locales, regionales, nacionales y trasnacionales. En consecuencia, he destacado el papel de la cultura pública en la construcción discursiva del estado. La combinación del análisis de la cultura pública con el estudio de las prácticas cotidianas de los niveles inferiores de la burocracia nos ayuda a entender cómo la realidad de las entidades translocales llega a ser sentida por los aldeanos y las autoridades.

El tercer argumento importante presentado en este artículo, vinculado también con la importancia de la cultura pública para un análisis del estado, tiene que ver con la construcción discursiva del estado. Poner en primer plano la cuestión de la representación nos permite ver las formas en las que el estado llega a ser imaginado. El discurso de la corrupción y el de la rendición de cuentas constituyen en conjunto un mecanismo a través del cual el estado indio llegó a construirse discursivamente en la cultura pública. Hay que tener en cuenta que el discurso de la corrupción va-

[92] El excelente estudio de Richard Fox sobre el estado colonial en el Punjab demuestra la construcción mutua de las identidades sikh y "el estado". Hace hincapié en que "el estado" no es una "cosa" sino un "suceso" y que está desgarrado por las contradicciones internas, la conciencia incompleta de intereses, la aplicación incorrecta de los proyectos destinados a la promoción de sus intereses y los conflictos entre cada funcionario y la organización. Véase *Lions of the Punjab: Culture in the Making*, University of California Press, Berkeley, 1985, pp. 156-157.

ría mucho de un país a otro, dependiendo de las trayectorias históricas y las gramáticas específicas de la cultura pública. Una consideración del contexto internacional de los estados-nación, sin embargo, pone de relieve sus similitudes sustanciales.[93] A fin de que un estado pueda representar legítimamente a una nación en el sistema internacional de estados-nación, debe ajustarse al menos mínimamente a las exigencias de un estado-nación moderno. La tensión entre la legitimidad en el sistema interestatal y la autonomía y la soberanía se está intensificando para los estados-nación con el movimiento continuo hacia una esfera pública cada vez más trasnacional. La circulación acelerada de productos culturales —los programas de radio y televisión, las noticias, las películas, los videos, las grabaciones de audio, los libros, la moda— se ha basado en los cambios gigantescos en el capital multinacional. Cuando esto está vinculado a la reducción de las barreras comerciales, la crisis de la deuda en todo el mundo (especialmente visible en América Latina, África y Europa del Este), la producción externalizada y la reestructuración de los mercados (ejemplificada por la Unión Europea), emerge un patrón de gran entrecruzamiento.[94] Estas complejas interconexiones culturales e ideológicas revelan que los discursos sobre la corrupción (y por tanto de la rendición de cuentas) son articulados *desde el principio* en un campo formado por la intersección de muchas fuerzas trasnacionales diferentes. En resumen, para entender cómo los discursos de la corrupción construyen simbólicamente "el estado", hay que inspeccionar fenómenos cuyos límites no coinciden con los del estado-nación. Al mismo tiempo, sin embargo, estos discursos no operan

[93] Anderson apunta a la similitud de los estados-nación, haciendo hincapié en la "modularidad" de "la última oleada" de nacionalismo (*op. cit.*, pp. 104-128), y Chatterjee subraya el carácter "derivado" de los nacionalismos del Tercer Mundo en *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Zed Press, Londres, 1986.

[94] A. Appadurai, "Disjuncture and Difference..., *op. cit.*

de forma homogénea en todo el mundo. Más bien se articulan con trayectorias históricas distintivas para formar, en diferentes contextos, tipos de hibridación y criollización únicos.[95]

El cuarto punto significativo, que se ocupa de la especificidad histórica y cultural de las construcciones del estado, tiene que ver con la vigilancia hacia el imperialismo del aparato conceptual occidental. En lugar de centrarme de entrada en las nociones de estado y de sociedad civil que se forjaron en el yunque de la historia europea, lo hago en las modalidades que permiten al estado (y de forma simultánea, a lo que no es el estado) ser construido discursivamente. Observar las prácticas cotidianas, incluidas las prácticas de las representaciones y las representaciones de la práctica (del estado) en la cultura pública, nos ayuda a llegar a una comprensión específicamente histórica e ideológicamente construida del "estado". Este análisis considera simultáneamente los otros grupos e instituciones que son imaginados en los procesos de impugnación, negociación y colaboración con "el estado". No hay ninguna razón para suponer que existe, o debiera existir, una entidad unitaria que se diferencie de, y esté en oposición a, "el estado", una que sea mutuamente excluyente y conjuntamente exhaustiva del espacio social. Lo que he tratado de destacar en este artículo es que los mismos procesos que nos permiten construir el estado también nos ayudan a imaginar estos otros grupos sociales: los ciudadanos, las comunidades,[96] los grupos sociales,[97] las coaliciones, las clases, los grupos de interés, la sociedad civil, el sistema de gobierno, los grupos étnicos, los grupos subnacionales, los partidos políticos, los sindicatos y las organizaciones campesinas. Para los fines de mi argumento,

[95] A. Gupta y J. Ferguson, "Beyond 'Culture'...", *op. cit.*

[96] P. Chatterjee, *op. cit.*

[97] P. Bourdieu, "The Social Space and the Genesis of Groups", *Theory and Society*, vol. XIV, núm. 6, noviembre de 1985.

era innecesario reunir a estos grupos en alguna relación general. Por tanto, no utilicé el concepto de "sociedad civil", que por lo común llena tal necesidad, en este análisis del discurso de la corrupción en la India. Además, no es un concepto autóctonamente invocado en los diferentes procesos encaminados a imaginar la identidad que he descrito aquí.[98]

La última cuestión que aborda este artículo se refiere a los temas de acción política y activismo, preocupaciones que se deben incluir en el campo de la antropología aplicada. En el contexto del estado, la dicotomía colaboración/resistencia es de escaso provecho a la hora de examinar las estrategias de la lucha política. La razón es que tal bifurcación bruta no nos permite sacar ventaja del hecho de que el estado es una formación que, como dice Stuart Hall, "condensa" las contradicciones.[99] También oculta a la vista el hecho de que no existe una posición *estrictamente* fuera o dentro del estado, porque lo que se discute es el terreno del campo ideológico. Cualquier lucha contra la configuración actualmente hegemónica de poder y dominación implica una lucha *cultural*, lo

[98] No defiendo la posibilidad de la ingenua teoría "indígena", ya que no me queda claro lo que, posiblemente, podría significar tal concepto en la era del poscolonialismo y el capitalismo tardío. En cambio, argumento que la utilidad de los conceptos que se originan en "Occidente" para entender la especificidad del contexto de la India nos permite desarrollar una crítica del aparato de análisis mismo; D. Chakrabarty, "History as Critique and Critique(s), of History", *Economic and Political Weekly*, vol. XXVI, núm. 37, 1991. James Ferguson (comunicación personal, 8 de julio de 1992) me recuerda que, incluso en los Estados Unidos, la noción de "sociedad civil" cuenta con muy poco apoyo fuera de los círculos académicos.

[99] S. Hall, "Notes on Deconstructing 'The Popular'", en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge, Londres, 1981; "Culture, the Media and the Ideological Effect", en Michael Gurevitch *et al.* (eds.), *Culture, Society and the Media*, Methuen, Nueva York, 1982; Hall, "Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity", *Journal of Communication Inquiry*, vol. X, núm. 2, junio de 1986; Hall, "Popular Culture and the State", en T. Bennett, C. Mercer y J. Woollacott (eds.), *Popular Culture and Social Relations*, Open University Press, Milton Keynes, 1986.

que Gramsci llamó la "guerra de posiciones". Lo que está en juego es nada menos que una transformación en la forma en que el estado llega a ser construido. Es una lucha que problematiza la división histórica entre los que optan por hacer un trabajo político "dentro" del estado y los que trabajan "fuera" de él, porque la construcción cultural del estado en la cultura pública puede ser el resultado de, y afectar a, ambas partes en igual medida.

Al señalar que los defensores del trabajo aplicado y los que favorecen la intervención activista a veces pueden compartir involuntariamente un proyecto común de cosificar "el estado" y luego localizarse a sí mismos con respecto a la totalidad (unos en el interior y otros en el exterior), tampoco pretendo equiparar diferentes modos de compromiso ni de menospreciar los puntos de vista, a menudo políticamente sofisticados, que los practicantes aportan a sus actividades. Todo lo que deseo enfatizar es que la teoría de "el estado" que uno adopta en verdad importa mucho en la formulación de estrategias para la acción política. Así como la noción de hegemonía de Gramsci lo llevó a pensar que 1917 puede haber sido el último ejemplo europeo del vanguardismo (lo que él llamó la "guerra de maniobra"), de igual modo mi análisis de "el estado" lleva a la conclusión de que podemos intentar explotar los procesos contradictorios que van dirigidos a constituir["lo"]. Estas contradicciones no sólo abordan las tracciones divergentes ejercidas por las múltiples agencias, departamentos, organismos, niveles y programas de "el estado", sino también el terreno en disputa de la representación pública. Si es precisamente en estas prácticas de narrativa histórica y abstracción estadística, ficción velada y realidad bruta en partes iguales, donde surge el fenómeno del fetichismo de estado, tenemos que recordar lo inestable y frágil que es esta autorrepresentación y cómo *siempre* podría ser *de otro modo*. He mostrado, por ejemplo, cómo el discurso de la corrupción ayuda a construir "el estado"; pero, al mismo tiempo, puede poten-

cialmente dar poder a los ciudadanos al señalar aquellas actividades que atentan contra sus derechos.

Una manera de pensar las estrategias de acción política, dicotomías tales como aplicado/activista, dentro/fuera, análisis de políticas/lucha de clases y desarrollismo/revolución, es establecer una distinción inicial entre el *derecho* y el *empoderamiento.*[100] La "maquinaria" del desarrollo, con su elaborada aunque repetitiva lógica, se centra en el objetivo de proporcionar derechos. Según el argumento de James Ferguson,[101] lo hace, de hecho, sólo para eliminar toda discusión sobre el empoderamiento del horizonte discursivo (de ahí el título de su libro, *The Anti-Politics Machine*). Sin embargo, estos dos conceptos no son mutuamente excluyentes. Y es aquí donde la incautación de las fisuras y rupturas, las contradicciones en los programas, las políticas, las instituciones y los discursos de "el estado" permiten a la gente crear posibilidades para la acción política y el activismo.[102] Veo la reflexión crítica sobre el discurso del desarrollo como un punto de partida para la acción política, no como un movimiento de llegada. Incluso a medida que empezamos a ver que necesitamos, como felizmente Arturo Escobar[103] lo ha dicho, alternativas *al* desarrollo, y no alternativas de desarrollo, tenemos que aprender a no burlarnos de una política plebeya del oportunismo, del aprovechamiento de estrategias que están vivas para las posibilidades coyun-

[100] El estudio de las hambrunas, de Amartya Sen, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation* (Clarendon Press, Oxford, 1982), emplea una teoría de los derechos para explicar quién sufre en una hambruna y por qué. Véase también A. Appadurai, "How Moral Is South Asia's Economy? —A Review Article", *Journal of Asian Studies*, vol. XLIII, núm. 3, mayo de 1984.

[101] J. Ferguson, *The Anti-Politics Machine*..., *op. cit.*

[102] Debe quedar claro que no estoy sugiriendo que sólo aquí existen posibilidades de intervención.

[103] A. Escobar, "Imagining a Post-Development Era? Critical Thought, Development and Social Movements", *Social Text*, vols. XXXI-XXXII, 1992.

turales del momento. Keynes se ocupó de recordar a los economistas y los utopistas que "*a la larga* todos estaremos muertos".[104] Los pobres, podría yo añadir, sólo viven la mitad de ese tiempo.

AKHIL GUPTA

BIBLIOGRAFÍA

Aaj Tak, "Jayb Garmaanay May Juti Hai Police" [La policía ocupada calentando sus propios bolsillos], 18 de julio de 1989.

———, "Cheeni aur Mitti kay Tel ki Kaalabazaari" [Mercado negro de azúcar y combustible], 22 de julio de 1989.

———, "Mathura ka Pedaa Khilaao to Telephone Bolnay Lagaingay" [Para lograr que funcione el teléfono, hay que darles dulces], 22 de julio de 1989.

——, "Chakbandi Adhikaari say Kisan Parayshaan" [Campesinos acosados por funcionario de concentración parcelaria], 22 de julio de 1989.

———, "T. B. Aspataal may Loot Khasol" [Saqueo en hospital para tuberculosos], 25 de julio de 1989.

———, "Vidyot Station say Bheed Chay Transformer Uthaa lay Gagee [Una multitud se lleva consigo seis transformadores de la estación de energía eléctrica], 11 de agosto de 1989.

Abrams, Philip, "Notes on the Difficulty of Studying the State", *Journal of Historical Sociology*, vol. I, núm. 1, Blackwell, Oxford, marzo de 1988, pp. 58-89. [El capítulo 1 de esta edición en español.]

Abu-Lughod, Lila, "The Romance of Resistance: Tracing Transformations of Power through Bedouin Women",

[104] La fuente es J. M. Keynes, *A Tract on Monetary Reform: The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. IV, Macmillan, Londres, 1971 [1923].

American Ethnologist, vol. XVII, núm. 1, Washington, febrero de 1990, pp. 43-55.
Ahmad, Aijaz, "Jameson's Rhetoric of Otherness and the 'National Allegory'", *Social Text*, vol. XVII, Duke University Press, Carolina del Norte, otoño de 1987, pp. 3-25.
Amin, Shahid, "Gandhi as Mahatma: Gorakhpur District, Eastern UP, 1921-1922", en Ranajit Guha (ed.), *Subaltern Studies III: Writings on South Asian History and Society*, Oxford University Press, Delhi, 1984.
Anagnost, Ann, "The Politicized Body", en Angela Zito y Tani E. Barlow (eds.), *Body, Subject and Power in China*, University of Chicago Press, Chicago, 1994, pp. 131-156.
———, "A Surfeit of Bodies: Population and the Rationality of the State in Post-Mao China", en Faye Ginsburg y Rayna Rapp (eds.), *Conceiving the New World Order: Local/Global Intersections in the Politics of Reproduction*, University of California Press, Berkeley, 1995, pp. 22-41.
———, "National Past-Times: Writing, Narrative, and History in Modern China", manuscrito inédito, s. f.
Anderson, Benedict, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Verso, Nueva York, 1983. [*Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, trad. de Eduardo L. Suárez, FCE, México, 1993.]
Appadurai, Arjun, "How Moral Is South Asia's Economy? —A Review Article", *Journal of Asian Studies*, vol. XLIII, núm. 3, Ann Arbor, Michigan, mayo de 1984, pp. 481-497.
———, "Theory in Anthropology: Center and Periphery", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXVIII, núm. 1, Cambridge University Press, Cambridge, abril de 1986, pp. 356-361.
———, "Disjuncture and Difference in the Global Political Economy", *Public Culture*, vol. II, núm. 2, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1990, pp. 1-24.
Appadurai, Arjun, y Carol A. Breckenridge, "Why Public

Culture?", *Public Culture*, vol. I, núm. 1, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1988, pp. 5-9.

Ashforth, Adam, *The Politics of Official Discourse in Twentieth-Century South Africa*, Clarendon Press, Oxford, 1990.

Benedict, Ruth, *The Chrysanthemum and the Sword: Patterns of Japanese Culture*, Houghton Mifflin, Boston, 1946. [*El crisantemo y la espada. Patrones de la cultura japonesa*, Alianza Editorial, Madrid, 1974.]

Bernstein, Richard, *Beyond Objectivism and Relativism: Science, Hermeneutics and Praxis*, University of Pennsylvania Press, Filadelfia, 1985.

Bourdieu, Pierre, *Outline of a Theory of Practice*, trad. de Richard Nice, Cambridge University Press, Cambridge, 1977. [*Bosquejo de una teoría de la práctica*, Prometeo, Buenos Aires, 2012.]

———, "The Social Space and the Genesis of Groups", *Theory and Society*, vol. XIV, núm. 6, Ámsterdam, noviembre de 1985, pp. 723-744. ["El espacio social y la génesis de las 'clases'", *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. III, núm. 7, septiembre de 1989.]

Brow, James, "In Pursuit of Hegemony: Representations of Authority and Justice in a Sri Lankan Village", *American Ethnologist*, vol. XV, núm. 2, mayo de 1988, pp. 311-327.

Butler, Judith, "Gender Trouble, Feminist Theory, and Psychoanalytic Discourse", en Linda J. Nicholson (ed.), *Feminism / Postmodernism*, Routledge, Nueva York, 1990, pp. 324-340. [*Feminismo / posmodernismo*, trad. de Márgara Averbach, Feminaria, Buenos Aires, 1992.]

Calhoun, Craig, "Tiananmen, Television and the Public Sphere: Internationalization of Culture and the Beijing Spring of 1989", *Public Culture*, vol. II, núm. 1, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1989, pp. 54-71.

Chakrabarty, Dipesh, *Rethinking Working Class History*, Princeton University Press, Princeton, 1989.

———, "History as Critique and Critique(s), of History",

Economic and Political Weekly, vol. XXVI, núm. 37, Bombay, 1991, pp. 2162-2166.
Chatterjee, Partha, *Nationalist Thought and the Colonial World: A Derivative Discourse?*, Zed Press, Londres, 1986.
———, "A Response to Taylor's 'Modes of Civil Society'", *Public Culture*, vol. III, núm. 1, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1990, pp. 119-132.
———, *The Nation and Its Fragments: Colonial and Postcolonial Histories*, Princeton University Press, Princeton, 1993.
Chawla, Prabhu, "The 80's: Politics", *India Today*, edición internacional, 15 de enero de 1990, pp. 18-25.
Clarke, Michael (ed.), *Corruption: Causes, Consequences, and Control*, Frances Pinter, Londres, 1983.
Cohn, Bernard S., *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*, Oxford University Press, Delhi, 1987.
Coombe, Rosemary J., "Tactics of Appropriation and the Politics of Recognition in Late Modern Democracies", *Political Theory*, vol. XXI, núm. 3, agosto de 1993, pp. 411-433.
Dirks, Nicholas, *The Hollow Crown: Ethnohistory of an Indian Kingdom*, Cambridge University Press, Cambridge, 1987.
Escobar, Arturo, "Discourse and Power in Development: Michel Foucault and the Relevance of His Work to the Third World", *Alternatives*, vol. X, núm. 3, Waterloo, Ontario, julio de 1984, pp. 377-400.
———, "Power and Visibility: Development and the Invention and Management of the Third World", *Cultural Anthropology*, vol. III, núm. 4, Washington, noviembre de 1988, pp. 428-443.
———, "Imagining a Post-Development Era? Critical Thought, Development and Social Movements", *Social Text*, vols. XXXI-XXXII, Duke University Press, Carolina del Norte, 1992, pp. 20-56.
Evans, Peter, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol

(eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.
Fabian, Johannes, *Time and the Other: How Anthropology Makes Its Object*, Columbia University Press, Nueva York, 1983.
Ferguson, James, *The Anti-Politics Machine: "Development", Depoliticization, and Bureaucratic Power in Lesotho*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990.
Foucault, Michel, "Questions on Geography", "Truth and Power", "Power and Strategies", en Colin Gordon (ed.), *Power / Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon Books, Nueva York, 1980, pp. 63-77, 109-145.
Fox, Richard, *Lions of the Punjab: Culture in the Making*, University of California Press, Berkeley, 1985.
Gilroy, Paul, *There Ain't No Black in the Union Jack*, Hutchinson, Londres, 1987.
Gupta, Akhil, y James Ferguson, "Beyond 'Culture': Space, Identity, and the Politics of Difference", *Cultural Anthropology*, vol. VII, núm. 1, febrero de 1992, pp. 6-23.
Gurevitch, Michael, Tony Bennett, James Curran y Janet Woollacott (eds.), *Culture, Society and the Media*, Methuen, Nueva York, 1982.
Habermas, Jürgen, *The Structural Transformation of the Public Sphere: An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, T. Burger y F. Lawrence (trads.), MIT Press, Cambridge, 1989 [1962].
Hacking, Ian, "Biopower and the Avalanche of Printed Numbers", *Humanities in Society*, vol. V, núm. 3, 1982, pp. 279-295.
Hall, Stuart, "Notes on Deconstructing 'The Popular'", en Raphael Samuel (ed.), *People's History and Socialist Theory*, Routledge, Londres, 1981, pp. 227-240.
———, "Culture, the Media and the Ideological Effect", en Michael Gurevitch, Tony Bennett, James Curran y Janet

Woollacott (eds.), *Culture, Society and the Media*, Methuen, Nueva York, 1982, pp. 315-348.
Hall, Stuart, "Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity", *Journal of Communication Inquiry*, University of Iowa School of Journalism, Iowa, vol. X, núm. 2, junio de 1986, pp. 5-27.
———, "Popular Culture and the State", en Tony Bennett, Colin Mercer y Janet Woollacott (eds.), *Popular Culture and Social Relations*, Open University Press, Milton Keynes, 1986.
Hall, Stuart, Dorothy Hobson, Andrew Lowe y Paul Willis (eds.), *Culture, Media, Language*, Hutchinson, Londres, 1980.
Handelman, Don, "A Recognition of Bureaucracy", en Don Handelman y Elliot Leyton (eds.), *Bureaucracy and World View: Studies in the Logic of Official Interpretation*, Institute of Social and Economic Research, St. Johns, Newfoundland, 1978, pp. 1-14.
———, "The Idea of Bureaucratic Organization", *Social Analysis*, vol. IX, Brooklyn, Nueva York, diciembre de 1981, pp. 5-23.
Handler, Richard, "On Having a Culture: Nationalism and the Preservation of Quebec's Patrimoine", en George W. Stocking, Jr. (ed.), *Objects and Others: Essays on Museums and Material Culture, History of Anthropology*, vol. III, University of Wisconsin Press, 1985, pp. 192-217.
Hannerz, Ulf, "Theory in Anthropology: Small is Beautiful?", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXVIII, núm. 1, Cambrigde University Press, Cambridge, enero de 1986, pp. 362-367.
Haraway, Donna, "Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective", *Feminist Studies*, vol. XIV, núm. 3, Nueva York, invierno de 1988, pp. 575-599.
Harvey, David, *The Condition of Postmodernity: An Enquiry*

into the Origins of Cultural Change, Blackwell, Nueva York, 1989. [*La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*, Amorrortu, Buenos Aires, 1998.]

Heidenheimer, Arnold J. (ed.), *Political Corruption*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1970.

Herzfeld, Michael, *The Social Production of Indifference Exploring the Symbolic Roots of Western Bureaucracy*, Berg, Nueva York, 1992.

———, "History in the Making: National and International Politics in a Rural Cretan Community", en João de Pina-Cabral y John Campbell (eds.), *Europe Observed*, MacMillan Press, Houndsmills, 1992, pp. 93-122.

Huntington, Samuel P., *Political Order in Changing Societies*, Yale University Press, New Haven, 1968.

India Today, "A Methodical Fraud: IRDP Loans", 15 de marzo de 1989.

Kasaba, Resat, "A Time and a Place for the Non-State: Social Change in the Ottoman Empire during the Long Nineteenth Century", en Joel Migdal, Atul Kohli y Vivienne Shue (eds.), *State Power and Social Forces: Domination and Transformation in the Third World*, Cambridge University Press, Cambridge, 1994, pp. 207-230.

Keynes, John Maynard, *A Tract on Monetary Reform: The Collected Writings of John Maynard Keynes*, vol. IV, Macmillan, Londres, 1971 [1923].

Kligman, Gail, "Reclaiming the Public: A Reflection on Creating Civil Society in Romania", *East European Politics and Societies*, vol. IV, núm. 3, Sage, Thousand Oaks, California, septiembre de 1990, pp. 393-438.

Klitgaard, Robert, *Controlling Corruption*, University of California Press, Berkeley, 1988. [*Controlando la corrupción*, Fundación Hanns Seidel/Editorial Quipus, La Paz, 1990.]

Leff, Nathaniel H., "Economic Development through Bureaucratic Corruption", *American Behavioral Scientist*,

vol. VIII, núm. 3, Beverly Hills, California, noviembre de 1964, pp. 8-14.

Leys, Colin, "What Is the Problem about Corruption?", *Journal of Modern African Studies*, vol. III, núm. 2, Cambridge University Press, Londres, 1965, pp. 215-230.

Maddox, Richard, "Bombs, Bikinis, and the Popes of Rock 'n' Roll: Reflections on Resistance, the Play of Subordinations, and Cultural Liberalism in Andalusia and Academia", artículo presentado en la 87 reunión anual de la American Anthropological Association, Phoenix, Arizona, 1990.

Mandel, Ernest, *Late Capitalism*, trad. de Joris De Bres, Verso, Nueva York, 1975. [*El capitalismo tardío*, Era, México, 1979.]

Mani, Lata, "Multiple Mediations: Feminist Scholarship in the Age of Multinational Reception", *Inscriptions*, vol. V, University of California, Santa Cruz, 1989, pp. 1-23.

Mankekar, Purnima, "National Texts and Gendered Lives: An Ethnography of Television Viewers in a North Indian City", *American Ethnologist*, vol. XX, núm. 3, Washington, agosto de 1993, pp. 543-563.

Mbembe, Achille, "Provisional Notes on the Postcolony", *Africa: Journal of the International African Institute*, vol. LXII, núm. 1, Edinburgh University Press, Edimburgo, enero de 1992, pp. 3-37.

Mitchell, Timothy, *The Effect of the State*, Department of Politics, New York University, manuscrito inédito, 1989.

———, "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *The American Political Science Review*, vol. LXXXV, núm. 1, Baltimore, marzo de 1991, pp. 77-96.

Mitra, Chandran, "Tikait as Mini-Mahatma: Understanding the Rural Mind-Set", *Times of India*, 9 de agosto de 1989.

Mitra, Chandran, y Rashmee Z. Ahmed, "It's Naiyma's Ni-

che, near the 'Nahar'", *Times of India*, 8 de agosto de 1989.

Mohanty, Chandra, "Under Western Eyes: Feminist Scholarship and Colonial Discourses", *Feminist Review*, vol. XXX, Londres, otoño de 1988, pp. 61-88.

Monteiro, John B., "The Dimensions of Corruption in India", en Arnold J. Heidenheimer (ed.), *Political Corruption*, Holt, Rinehart and Winston, Nueva York, 1970, pp. 220-228.

Nader, Laura, "Up the Anthropologist—Perspectives Gained from Studying Up", en Dell Hymes, (ed.), *Reinventing Anthropology*, Pantheon Books, Nueva York, 1972, pp. 284-311.

Nandy, Ashis, "The Politics of Secularism and the Recovery of Religious Tolerance", en Veena Das (ed.), *Mirrors of Violence: Communities, Riots and Survivors in South Asia*, Oxford University Press, Delhi, 1990, pp. 69-93.

Nugent, David, "Building the State, Making the Nation: The Bases and Limits of State Centralization in 'Modern' Peru", *American Anthropologist: Journal of the American Anthropological Association*, vol. XCVI, núm. 2, junio de 1994, pp. 333-369.

Peters, John Durham, "Distrust of Representation: Habermas on the Public Sphere", *Media Culture, and Society*, vol. XV, núm. 4, Londres, octubre de 1993.

———, "Historical Tensions in the Concept of Public Opinion", en Theodore L. Glasser y Charles T. Salmon (eds.), *Public Opinion and the Communication of Consent*, Guilford Press, Nueva York, 1995, pp. 3-32.

Radcliffe-Brown, A. R., prefacio a Meyer Fortes y E. E. Evans-Pritchard (eds.), *African Political Systems*, Oxford University Press, Oxford, 1940, pp. XI-XXIII.

Rohlen, Tom, *For Harmony and Strength: Japanese White-Collar Organization in Anthropological Perspective*, University of California Press, Berkeley, 1974.

Rohlen, Tom, *Japan's High Schools*, University of California Press, Berkeley, 1983.

Scott, James C., "Corruption, Machine Politics, and Political Change", *The American Political Science Review*, vol. LXIII, núm. 4, Baltimore, diciembre de 1969, pp. 1142-1158.

———, *Comparative Political Corruption*, Prentice Hall, Englewood Cliffs, Nueva Jersey, 1972.

Sen, Amartya, *Poverty and Famines: An Essay on Entitlement and Deprivation*, Clarendon Press, Oxford, 1982.

Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia, and China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979. [*Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, FCE, México, 1984.]

Taussig, Michael, "Maleficium: State Fetishism", en *The Nervous System*, Routledge, Nueva York, 1992, pp. 111-140.

Taylor, Charles, "Modes of Civil Society", *Public Culture*, vol. III, núm. 1, University of Pennsylvania, Filadelfia, 1990, pp. 95-118.

Tenekoon, N. Serena, "Rituals of Development: The Accelerated Mahavali Development Program in Sri Lanka", *American Ethnologist*, vol. XV, mayo de 1988, pp. 294-310.

Tilman, Robert O., "Emergence of Black-Market Bureaucracy: Administration, Development, and Corruption in New States", *Public Administration Review*, vol. XXVIII, núm. 5, Washington, 1968, pp. 437-444.

Times of India, "Bofors Is Not a Major Issue: Pre-Election Survey 4", 13 de agosto de 1989.

Urla, Jacqueline, "Cultural Politics in an Age of Statistics: Numbers, Nations, and the Making of Basque Identity", *American Ethnologist*, vol. XX, núm. 4, Washington, noviembre de 1993, pp. 818-843.

Wade, Robert, "The System of Administrative and Political Corruption: Canal Irrigation in South India", *Journal of*

Development Studies, vol. XVIII, núm. 3, Londres, 1982, pp. 287-328.

Wade, Robert, "Irrigation Reform in Conditions of Populist Anarchy: An Indian Case", *Journal of Development Economics*, vol. XIV, núm. 3, Ámsterdam, 1984, pp. 285-303.

———, "The Market for Public Office: Why the Indian State Is Not Better at Development", *World Development*, vol. XIII, núm. 4, Pergamon, Oxford, 1985, pp. 467-497.

Waites, Bernard, Tony Bennett y Graham Martin (eds.), *Popular Culture, Past and Present*, Open University Press, Londres, 1982.

Woost, Michael D., "Nationalizing the Local Past in Sri Lanka: Histories of Nation and Development in a Sinhalese Village", *American Ethnologist*, vol. XX, Washington, 1993, pp. 502-521.

Yang, Mayfair Mei-hui, "The Gift Economy and State Power in China", *Comparative Studies in Society and History*, vol. XXXI, núm. 1, enero de 1989, pp. 25-54.

SOCIEDAD, ECONOMÍA Y EL EFECTO DEL ESTADO

El estado es un objeto de análisis que parece existir simultáneamente como fuerza material y como constructo ideológico y ser tanto real como ilusorio. Esta paradoja plantea un problema particular en cualquier intento de construir una teoría del estado. La red de arreglos institucionales y prácticas políticas que forman la sustancia material del estado es difusa y apenas puede definirse en sus contornos, mientras la imaginería pública del estado como constructo ideológico es más coherente. El estudio académico del estado es proclive a reproducir en su propio orden analítico esta coherencia imaginaria y a representar tergiversadamente la incoherencia de la práctica del estado.

Philip Abrams[1] llama la atención sobre esta tendencia y sostiene que es necesario distinguir entre dos objetos de análisis, el estado-sistema y el estado-idea. El primero se refiere al estado como sistema de prácticas institucionalizadas, y el segundo a la cosificación de este sistema, que adquiere "una identidad abiertamente simbólica, cada vez más divorciada de la realidad como registro ilusorio de la práctica". Para no confundir el segundo objeto con el primero, Abrams sugiere "atender a los sentidos en que el estado no existe, en vez de aquellos en que existe".[2]

Ésta parece ser una recomendación sensata. Sin embargo, si la coherencia y la definición del estado surgen de la idea-estado, entonces sustraer ésta de la existencia del esta-

[1] P. Abrams, "Notes on the Difficulty of Studying the State" [véase el capítulo 1 de esta edición en español].

[2] *Ibid.*, p. 63.

do como sistema de poder hace que la definición de los límites del sistema se vuelva complicada. Foucault sostiene que el sistema de poder se extiende mucho más allá del estado. "Uno no puede limitarse a observar el aparato del estado en forma aislada si desea llegar a comprender los detalles y la complejidad de los mecanismos del poder [...] —sugiere—. En realidad, el ejercicio del poder va mucho más allá, pasa por canales mucho más sutiles y es mucho más ambiguo."[1] De ser así, ¿cómo puede definirse el aparato de estado (como incluso Foucault recomienda hacerlo) y ubicar sus límites? ¿En qué punto el poder atraviesa por canales suficientemente sutiles y su ejercicio se vuelve tan ambiguo como para reconocer los linderos de este aparato? ¿Dónde está el exterior que permite identificarlo como un aparato?

Las respuestas no pueden encontrarse tratando de separar las formas materiales del estado de las ideológicas, o la forma real de la ilusoria. La idea-estado y el sistema-estado pueden observarse mejor como dos aspectos del mismo proceso. Para ser más precisos, el fenómeno que llamamos "el estado" surge de técnicas que permiten que prácticas materiales terrenales adquieran la apariencia de una forma abstracta, inmaterial. Cualquier intento de distinguir la apariencia abstracta o ideal del estado de su realidad material, al dar por sentada tal distinción, no podrá comprenderlo. La función de una teoría del estado no es aclarar tales distinciones, sino analizar su evolución histórica.

En las ciencias sociales de los Estados Unidos durante el periodo de posguerra, hubo dos respuestas diferentes al problema de cómo relacionar la práctica y la ideología en el concepto de estado. La primera consiste en abandonar *el estado*, por ser un término demasiado ideologizado y limitado para ser la base del desarrollo teórico, y sustituirlo con

[1] M. Foucault, "Questions on Geography", en C. Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon Books, Nueva York, 1980, p. 72.

la idea de *sistema político*. Sin embargo, al rechazar la ideología los teóricos se encontraron con que no tenían forma de definir los límites del sistema. Su empirismo prometía definiciones precisas; en cambio, ellos fueron incapaces de trazar una línea que distinguiera el orden político de la extensa sociedad en que funcionaba.

La segunda respuesta, a partir de finales de la década de 1970, fue "traer de vuelta al estado".[4] La nueva literatura definió el estado de diversas formas, la mayoría de las cuales lo consideraban no sólo distinto de la sociedad sino autónomo respecto de ella. No obstante, a fin de restablecer la elusiva línea entre ambos, la literatura hizo que la distinción estado-sociedad se correspondiera con una diferenciación entre lo subjetivo y lo objetivo, o entre lo ideal y lo real. Para ello redujo al estado a un sistema subjetivo de toma de decisiones, un concepto tan limitado que no pudo ajustarse siquiera a las evidencias que los propios teóricos del estado presentaron.

Un enfoque alternativo habrá de partir del supuesto de que debemos tomar en serio la dificultad para definir los límites entre estado y sociedad, no como un problema de precisión conceptual sino como un indicio de la naturaleza del fenómeno. En lugar de esperar que sea posible encontrar una definición que delimite las fronteras entre estado y sociedad (como paso previo para demostrar cómo el objeto situado en un lado influye a o es autónomo de lo que se encuentra del otro lado), necesitamos examinar los procesos políticos por medio de los cuales se produce la incierta pero poderosa distinción entre estado y sociedad.

Una teoría del estado contemporáneo también debe examinar la distinción paralela que se construye entre estado y economía. En el siglo XX, crear esta contraposición se convirtió quizá en el método más importante de articu-

[4] P. Evans *et al.*, *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

lación del poder del estado. Sin embargo, los límites entre estado y economía son aún más difusos que los que existen entre estado y sociedad.

Tales distinciones no deben entenderse como la separación entre dos entidades discretas, sino como una línea trazada por dentro de la red de mecanismos institucionales por medio de los cuales se mantiene el orden social y político. La capacidad de lograr que una distinción interna aparezca como si fuera la frontera externa entre objetos separados es la técnica distintiva del orden político moderno. Uno debe examinar la técnica desde una perspectiva histórica (algo que no consigue la mayor parte de la literatura sobre el estado), como consecuencia de ciertas prácticas novedosas de la época técnica. En particular, es posible seguir el rastro de métodos de organización, configuración y representación que funcionan dentro de las prácticas sociales que ellos gobiernan y aun así crean el efecto de una estructura duradera aparentemente ajena a dichas prácticas. Este enfoque del estado da cuenta de la prominencia del fenómeno, pero evita atribuirlo a la coherencia, unidad y absoluta autonomía que resultan de los enfoques teóricos existentes.

ABANDONO DEL ESTADO

Cuando los científicos sociales de los Estados Unidos eliminaron el término *estado* de su vocabulario, en los años cincuenta, afirmaron que ese vocablo presentaba dos debilidades relacionadas: su uso "ideológico" como mito político, como "símbolo de unidad", generaba controversias sobre su significado exacto;[5] además, aun cuando se hubiera llegado a un consenso, estas referencias simbólicas del término excluían aspectos importantes del proceso político mo-

[5] D. Easton, *The Political System: An Inquiry into the State of Political Science*, Knopf, Nueva York, 1953, pp. 110-112.

derno.[6] Sin embargo, estos factores no explican por sí mismos el rechazo al concepto de estado; de hecho, los académicos han estado señalando sus debilidades y ambigüedades durante décadas.[7] Lo que hizo que repentinamente las debilidades cobraran importancia fue el cambio de la relación entre ciencia política y poder político en los Estados Unidos durante la posguerra. Esto puede observarse al revisar lo que se escribió entonces. La política comparada de la posguerra, de acuerdo con un informe sobre la futura "misión" de esa disciplina publicado en 1944 por la APSA, debía hacer a un lado su limitado interés en el estudio del estado ("el análisis descriptivo de las instituciones extranjeras") para convertirse en "un instrumento deliberado de ingeniería social".[8] Los académicos usarían esta maquinaria intelectual para "dar a conocer nuestra experiencia a otras naciones e [...] integrar en forma científica sus instituciones en un patrón universal de gobierno".[9] Para lograr estos fines, la disciplina debía expandir su territorio geográfico y teórico y convertirse en lo que el informe llamaba "una ciencia 'total' ".[10] "No podemos permitir más la existencia de espacios en blanco en nuestro mapa del mundo", decía el informe, empleando metáforas que reflejaban las ambiciones imperialistas de la política estadunidense de la posguerra. "Los puestos fronterizos del gobierno comparado deben ser retirados con audacia",[11] a fin de abarcar el mundo y, al expandirse al territorio de otras disciplinas (antropología, psicología, economía y estadística), abrir cada país a métodos

[6] *Ibid.*, pp. 106-115.

[7] G. Sabine, "The State", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan, Nueva York, 1934.

[8] K. Loewenstein, "Report on the Research Panel on Comparative Government", *The American Political Science Review*, vol. XXXVIII, núm. 3, junio de 1944, p. 541.

[9] *Ibid.*, p. 547.

[10] *Ibid.*, p. 541.

[11] *Ibid.*, p. 543.

mucho más detallados de observación e investigación, y de esa forma "lograr acceso al verdadero Gestalt de las civilizaciones políticas del exterior".[12]

La ciencia política tuvo que ampliar sus fronteras durante la posguerra para ponerse a la par del creciente poder de los Estados Unidos y servir a sus ambiciones. Tomando prestados conceptos y métodos de investigación de la antropología y otros campos, la ciencia política no sólo se propuso cambiar su enfoque del estado a la sociedad, sino abrir los mecanismos del proceso político a una inspección mucho más minuciosa. Este campo iba a convertirse en una disciplina de detalle que llevaría sus investigaciones al meticuloso examen de las actividades de los grupos políticos, el comportamiento de los actores sociales e incluso las motivaciones de las psiques individuales.

La apertura de este nuevo territorio a la investigación científica pareció aún más apremiante en la década de 1950, cuando el optimismo estadunidense de la posguerra se había convertido en incertidumbre política. Fue lo que Easton[13] llamaba con gravedad "nuestra presente crisis social" —el comienzo de la Guerra Fría, acompañado de la campaña interna contra la izquierda—, lo que de pronto hizo imperativo eliminar la ambigüedad del vocabulario político y construir leyes generales de ciencias sociales suficientemente amplias para incluir todos los fenómenos políticos significativos e "ir más allá de la experiencia [...] de cualquier cultura".[14]

El planteamiento expuesto en el artículo "A Suggested Research Strategy in Western European Government and Politics" ["Propuesta de estrategia de investigación para gobiernos y políticas de Europa occidental"], 1955, del nuevo Comité de Política Comparada del Consejo de Investiga-

[12] *Ibid*., p. 541.
[13] D. Easton, *op. cit*., p. 3.
[14] *Ibid*., p. 319.

ción de Ciencias Sociales, presidido por Gabriel Almond, criticó una vez más el "excesivo énfasis en los aspectos formales de las instituciones y los procesos", pero ahora por primera vez señalaba la necesidad de un cambio en términos de "consideraciones prácticas y urgentes". En los principales países de Europa occidental, informó el comité, "grandes grupos de opinión parecen ser ajenos a Occidente, políticamente apáticos o activamente atraídos por el comunismo". El estado era un enfoque demasiado estrecho y formal para la investigación porque "los problemas básicos de la lealtad cívica y la cohesión social residen en gran medida fuera de la estructura formal del gobierno". Era necesario llevar a cabo investigaciones que identificaran el grado de cohesión política y lealtad a Occidente más allá de esta estructura formal, "dentro de las redes de agrupaciones sociales y las actitudes de la población general". Este examen minucioso podría confirmar las expectativas del comité de que, en casos como el de Francia, "existe al menos la posibilidad de romper el dominio del partido comunista sobre una gran parte de sus seguidores".[15]

En respuesta a las necesidades de la Guerra Fría, la disciplina también expandió su territorio geográfico. En su prólogo a *The Appeals of Communism* [Los atractivos del comunismo], Almond afirmaba que el comunismo había comenzado a extenderse en zonas no occidentales, y advertía que esta tendencia era "tan amenazante que merece atención especial".[16] Estas preocupaciones globales fueron el aliciente para la investigación realizada a finales de la década de 1950, y publicada subsecuentemente como *The Civic Culture* [La cultura cívica]. La introducción del libro seña-

[15] G. A. Almond, T. Cole y R. C. Macridis, "A Suggested Research Strategy in Western European Government and Politics", *The American Political Science Review*, vol. XLIX, núm. 4, diciembre de 1955, p. 1045.

[16] G. A. Almond, *The Appeals of Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1954, p. VII.

laba la apremiante necesidad de exportar a zonas colonizadas del mundo, que en ese momento estaban buscando su independencia, los principios del proceso político angloestadunidense. Con ese fin, se propuso codificar no sólo las reglas formales de las instituciones del estado, sino los "componentes más sutiles" que constituían sus "precondiciones sociopsicológicas": esa combinación de espíritu democrático y respetuosa deferencia hacia la autoridad que era reconocida como "la cultura cívica".[17]

El tono científico de esta literatura ofreció al empirismo de la ciencia política una alternativa al concepto de estado y sus connotaciones "ideológicas" (es decir, marxistas). Sin embargo, al abandonar el enfoque tradicional en las instituciones del estado surgió una ciencia cuyo nuevo objeto, el sistema político, no tenía límites discernibles. La constante expansión de los conocimientos empíricos y teóricos que deberán dominar los científicos de política comparada en el futuro, advertía Almond en 1969, "asombra la imaginación y hace flaquear la voluntad". Pese al impulso inicial de "pestañear y retirarse por temor", escribió, no debe haber dudas en el esfuerzo por acumular el conocimiento que "nos permitirá ocupar nuestro lugar en el orden de las ciencias con la dignidad reservada a quienes siguen un llamado sin límites ni condiciones".[18]

Los defensores del cambio del estudio formal del estado por el análisis meticuloso de los sistemas políticos se dieron cuenta de que estaban emprendiendo una aventura científica "sin límites". No obstante, dieron por hecho que la noción misma de sistema político de alguna forma resolvería la cuestión de los límites, pues, como escribió Al-

[17] G. A. Almond y S. Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963, p. 5.

[18] G. A. Almond y J. Coleman, *The Politics of the Developing Areas*, Princeton University Press, Princeton, 1960, p. 64.

mond, implicaba la "existencia de fronteras", de puntos "donde otros sistemas terminan y el sistema político empieza". El límite requería una "definición clara"; de otra forma "estaríamos incluyendo en el sistema político iglesias, economías, escuelas, grupos de parentesco y linaje, grupos de edad y otros similares".[19] Sin embargo, esto fue precisamente lo que ocurrió. Los límites del sistema no resultaron ser una línea clara, sino toda forma concebible de expresión colectiva de demanda política, desde grupos "institucionales", como legislaturas, iglesias y ejércitos, hasta grupos "asociados", como organizaciones de trabajadores y empresariales; grupos "no asociados", como las comunidades étnicas o de parentesco, y grupos "anómicos", como los disturbios y las manifestaciones espontáneos.[20]

En un intento por eliminar la ambigüedad de un concepto cuyas funciones ideológicas impedían la precisión científica, el enfoque de sistemas aportó como sustituto un objeto cuyas fronteras se abrieron para dar paso a un terreno ilimitado e indeterminado.

EL REGRESO DEL ESTADO

El intento por eliminar el concepto de estado, en las décadas de 1950 y 1960, no tuvo éxito. La noción de sistema político era demasiado imprecisa y poco utilizable para establecerse como alternativa. Pero hubo otros motivos para el regreso del estado. Primero, hacia finales de la década de 1960 era claro que la influencia de los Estados Unidos sobre el Tercer Mundo no podía basarse en la creación de "culturas cívicas". La modernización parecía requerir la creación

[19] *Ibid.*, pp. 5, 7-8; véase también D. Easton, "An Approach to the Analysis of Political Systems", *World Politics*, vol. IX, núm. 3, abril de 1957, p. 384.

[20] G. A. Almond y J. Coleman, *op. cit.*, p. 33.

de poderosos estados autoritarios, como afirmaba Huntington en 1968.

Segundo, a partir de finales de la década de 1960, académicos neomarxistas desarrollaron en América Latina, Medio Oriente y Europa una crítica más contundente a la teoría de la modernización. Samir Amin, Cardoso y Faletto, Gunder Frank y otros elaboraron teorías del desarrollo capitalista en las cuales se concedía un lugar importante a la naturaleza y el papel del estado en el Tercer Mundo. Como señala Paul Cammack,[21] esta literatura obligó a los académicos de los Estados Unidos a "volver al estado", en un esfuerzo por reapropiarse del concepto aprovechando las investigaciones neomarxistas y, en la mayoría de los casos, negando la importancia de la estructura marxista subyacente.

Tercero, en la mayoría de los países de Occidente el lenguaje del debate político seguía haciendo alusión a las instituciones del estado y al papel de éste en la economía y en la sociedad. En 1968, J. P. Nettl apuntaba que, si bien el concepto estaba pasado de moda en las ciencias sociales, mantenía una vigencia popular que "ninguna cantidad de reestructuración conceptual puede disolver".[22] El estado, escribió, "es en esencia un fenómeno sociocultural" que ocurre debido a la "disposición cultural" de una población a reconocer lo que él llamó la "existencia conceptual" del estado.[23] Argumentaba que las nociones del estado "incorporadas en el pensamiento y las acciones de los ciudadanos individuales"[24] y los alcances de esta variable conceptual se

[21] P. Cammack, "Bringing the State Back In? A Polemic", *British Journal of Political Science*, vol. XIX, núm. 2, abril de 1989, y "Statism, New Institutionalism, and Marxism", en R. Miliband y L. Panitch (eds.), *The Socialist Register 1990: The Retreat of the Intellectuals*, Londres, Merlin Press, 1990.

[22] J. P. Nettl, "The State as a Conceptual Variable", *World Politics*, vol. XX, núm 4, julio de 1968, p. 559.

[23] *Ibid.*, pp. 565-566.

[24] *Ibid.*, p. 577.

corresponden con importantes diferencias empíricas entre las sociedades, como variaciones en las estructuras legales o en los sistemas de partidos.[25]

Es claro que la importancia del estado como constructo ideológico y cultural común debía ser la base no para descartar el fenómeno sino para abordarlo con seriedad. No obstante, la noción de Nettl sobre este constructo como disposición subjetiva que podía correlacionarse con fenómenos más objetivos siguió siendo completamente empírica. Un constructo como el estado no ocurre simplemente como una creencia subjetiva, sino como una representación que se reproduce en formas cotidianas visibles, como el lenguaje de la práctica jurídica, la arquitectura de los edificios públicos, el uso de uniformes militares o la delimitación y vigilancia de las fronteras. Las formas ideológicas del estado son un fenómeno empírico, tan sólido y discernible como una estructura legal o un sistema de partidos. O, como sostengo aquí, si se busca comprender la naturaleza de un fenómeno como el estado debe cuestionarse la distinción entre el ámbito conceptual y el empírico.

Las principales corrientes de las ciencias sociales no formularon tales preguntas. De hecho, la distinción conceptual / empírico fue la base conceptual no cuestionada a partir de la cual se reintrodujo la idea del estado. A finales de la década de 1970, el estado resurgió como objeto central de análisis de las ciencias sociales en los Estados Unidos. "Las líneas entre estado y sociedad se han vuelto borrosas", advirtió Stephen Krasner en *Defending the National Interest*,[26] una de las primeras contribuciones a este resurgimiento. "El supuesto analítico básico —que defendía este enfoque estatista— es que existe una distinción entre estado y

[25] *Ibid.*, pp. 579-592.

[26] S. D. Krasner, *Defending the National Interest: Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy*, Princeton University Press, Princeton, 1978, p. XI.

sociedad."[27] Como en el artículo de Nettl, la nueva literatura presentó esta diferencia fundamental pero problemática en términos de una distinción subyacente entre un ámbito conceptual (el estado) y un ámbito empírico (la sociedad). Tal enfoque parecía superar el problema del que se quejaban y con el cual se habían topado de nuevo los teóricos de los sistemas, acerca de cómo discernir los límites entre estado y sociedad: había de ser asimilado a la distinción aparentemente obvia entre lo conceptual y lo empírico, entre un orden subjetivo y uno objetivo. Sin embargo, como he mostrado en otras ocasiones, esto depende tanto de una enorme simplificación del fenómeno del estado como de la aceptación acrítica de esta distinción.[28]

Las interpretaciones sobre política a partir de enfoques centrados en el estado lo presentan como una entidad autónoma cuyas acciones no se reducen a las fuerzas de la sociedad ni están determinadas por ellas. Este enfoque no requería tanto de un gran viraje de perspectiva, desde la sociedad de vuelta hacia el estado, cuanto de restablecer de alguna forma una frontera clara entre ambos. ¿Cómo habían de convertirse los bordes porosos donde las prácticas oficiales se combinan con las semioficiales y éstas con las no oficiales en líneas de separación, de modo que el estado pudiera mantenerse aparte como un objeto discreto y autodirigido? La popular definición weberiana del estado, como una organización que reivindica un monopolio dentro de un territorio determinado del uso legítimo de la violencia, es sólo una caracterización residual. No explica cómo habrán de trazarse los contornos reales de esta organización amorfa.

Los nuevos teóricos del estado no completaron el esbozo de los contornos organizacionales. Se circunscribieron a

[27] *Ibid.*, p. 5.

[28] T. Mitchell, "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *The American Political Science Review*, vol. LXXXV, núm. 1, marzo de 1991.

definiciones más limitadas, que generalmente entendían el estado como un sistema de toma de decisiones. El enfoque más estrecho ubica la esencia del estado no en la organización monopólica de coerción ni, por ejemplo, en las estructuras de un orden legal, ni tampoco en los mecanismos por medio de los cuales los intereses sociales encuentran representación política, ni en los arreglos que mantienen una relación determinada entre los productores de capital y los propietarios de éste, sino en la formación y expresión de intenciones autoritarias. Construida como una maquinaria de intenciones —comúnmente llamada *elaboración de leyes, toma de decisiones* o *formulación de políticas públicas*—, el estado se convierte esencialmente en una esfera subjetiva de planes, programas o ideas. Esta construcción subjetiva vincula la problemática distinción estado-sociedad con las distinciones, aparentemente más obvias, que hacemos entre lo subjetivo y lo objetivo, lo ideológico y lo material, e incluso entre significado y realidad. El estado parece encontrarse aparte de la sociedad de la misma forma sencilla en que las intenciones o las ideas se conciben como algo separado del mundo externo al que se refieren.

En otras ocasiones he ilustrado estos problemas en forma detallada, al analizar algunas de las principales aportaciones a la literatura.[29] Aun aquellos que definen su postura como institucionalista, como Theda Skocpol,[30] sólo pueden demostrar la supuesta autonomía del estado apelando a un interés subjetivo o a la ideología del gobernante. Cuando la discusión se refiere a procesos institucionales más amplios, la distinción entre estado y sociedad se desvanece.

[29] T. Mitchell, art. cit.

[30] T. Skocpol, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979 [*Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, FCE, México, 1984]; Skocpol, "Political Response to Capitalist Crisis: Neo-Marxist Theories of the State and the Case of the New Deal", *Politics and Society*, vol. X, marzo de 1981.

UN ENFOQUE ALTERNATIVO

La literatura centrada en el estado parte del supuesto de que el estado es una entidad distinta, opuesta y separada de una entidad más grande llamada sociedad. Sus argumentos se limitan a evaluar el grado de independencia de un objeto respecto del otro. De hecho, la línea entre ambos es, con frecuencia, incierta. Al igual que los teóricos de los sistemas que los precedieron, los teóricos del estado son incapaces de esclarecer la difusa frontera entre sistema político o estado y sociedad. Cammack[31] tiene razón al aseverar que los teóricos del estado no pudieron refutar el argumento de que los estados modernos disfrutan sólo una relativa separación de los intereses de las clases sociales dominantes y que sus políticas sólo pueden explicarse adecuadamente en función de la estructura de las relaciones de clase. Sin embargo, las dudas persisten: ¿cómo se produjo esta relativa separación entre el estado y la sociedad? ¿Cómo se crean las condiciones para que tal separación sea absoluta? Éstas son preguntas que ni siquiera las teorías neomarxistas del estado han abordado en forma adecuada.

Para presentar una respuesta a estas preguntas, empezaré con un caso planteado en el estudio de Stephen Krasner sobre la política del gobierno de los Estados Unidos ante el control corporativo de materias primas extranjeras: la relación entre el gobierno estadunidense y la Arabian-American Oil Company (Aramco), el consorcio de las principales corporaciones petroleras de los Estados Unidos que poseía derechos exclusivos sobre el crudo de Arabia Saudita.[32] Este caso ilustra tanto la permeabilidad de la frontera estado-sociedad como la importancia política de mantenerla. Después de la segunda Guerra Mundial, los sauditas demanda-

[31] P. Cammack, "Bringing the State...", art. cit., y "Statism...", *op. cit.*

[32] S. D. Krasner, *op. cit.*, pp. 205-212.

ron que el pago de regalías de Aramco aumentara de doce a cincuenta por ciento de las ganancias. Como no estaba dispuesta a reducir sus ganancias ni a incrementar el precio del petróleo, Aramco llegó a un arreglo para que el aumento de las regalías no lo pagara la compañía, sino los contribuyentes de los Estados Unidos. El Departamento de estado, ansioso por subsidiar a la monarquía saudí proestadunidense, ayudó a Aramco a evadir las leyes tributarias de los Estados Unidos al otorgar a las regalías trato de impuestos directos pagados en el extranjero, cubiertos no con las utilidades de la compañía, sino con los impuestos que ésta adeudaba al Tesoro de los Estados Unidos.[33] Esta colusión entre gobierno y compañías petroleras, que obligó a los ciudadanos estadunidenses a contribuir sin saberlo a la hacienda de una monarquía represora de Medio Oriente y a las cuentas bancarias de algunas de las compañías multinacionales más grandes y rentables del mundo, no es de gran ayuda para la imagen de una distinción clara entre estado y sociedad.

Para hacer frente a esta complejidad, Krasner argumenta que las compañías petroleras eran un "mecanismo institucional" empleado por los principales responsables de la toma de decisiones para alcanzar determinados objetivos de política exterior, en este caso el subsidio secreto a un régimen árabe conservador. Estas políticas, que podían haber sido impugnadas por el Congreso o por aliados extranjeros, pudieron aplicarse por medio de tales mecanismos "debido en parte a que las empresas privadas estaban fuera del sistema político formal".[34] Esta explicación aclara sólo una parte del problema, pues las empresas también usaron al gobierno de los Estados Unidos para alcanzar metas corporativas adicionales, como muestra el caso de Aramco y como han

[33] I. H. Anderson, *Aramco, the United States, and Saudi Arabia: A Study of the Dynamics of Foreign Oil Policy*, Princeton University Press, Princeton, 1981, pp. 179-497.

[34] S. D. Krasner, *op. cit.*, pp. 212-213.

demostrado a detalle varios estudios sobre la industria petrolera.[35]

Con todo, a pesar de su fracaso al tratar de reflejar la complejidad de tales relaciones estado-sociedad, la explicación de Krasner apunta inadvertidamente hacia un aspecto crucial de ellas. El caso de Aramco ilustra cómo los "mecanismos institucionales" de un orden político moderno nunca están confinados dentro de los límites de lo que se conoce como el estado (o en este caso, curiosamente, el "sistema político formal"). Esto no quiere decir simplemente que el estado sea algo rodeado de instituciones paraestatales o corporativistas que refuerzan y extienden su autoridad, sino que la frontera del estado (o del sistema político) nunca señala un exterior real. La línea entre estado y sociedad no es el perímetro de una entidad intrínseca que pueda ser concebida como un objeto o actor independiente. Es una línea trazada internamente, dentro de la red de mecanismos institucionales, por medio de los cuales se mantiene determinado orden social y político. El hecho de que la frontera del estado nunca marque un exterior real explica por qué suele parecer muy a menudo elusiva e inestable. Pero esto no quiere decir que la línea sea ilusoria. Al contrario, como muestra el caso de Aramco, producir y mantener la distinción entre estado y sociedad es en sí un mecanismo que genera fuentes de poder. El hecho de que pueda decirse que Aramco se encuentra fuera del "sistema político formal", disfrazando de esta forma su papel en la política internacional, es un elemento esencial de su fuerza como parte de un orden político más amplio.

Pueden analizarse muchos otros ejemplos similares, como la relación entre el estado y las instituciones "privadas"

[35] I. H. Anderson, *op. cit.*; J. M. Blair, *The Control of Oil*, Pantheon, Nueva York, 1976; A. D. Miller, *Search for Security: Saudi Arabian Oil and American Foreign Policy, 1939-1949*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980.

del sector financiero, la educación, la investigación científica y los servicios de salud y atención médica. En cada caso puede mostrarse que la división estado-sociedad no es una simple frontera entre dos objetos o ámbitos autónomos, sino una compleja distinción inherente a estos campos de actividad. Tomemos el ejemplo de la banca: las relaciones entre las principales corporaciones bancarias privadas, los bancos centrales o sistemas de reservas semipúblicos, las arcas gubernamentales, las instituciones de seguros de depósitos y los bancos de comercio exterior (que subsidian hasta cuarenta por ciento de las exportaciones de las naciones industrializadas) y organismos internacionales como el Banco Mundial (cuyo presidente es nombrado por el presidente de los Estados Unidos) forman redes interconectadas de poder financiero y regulación. No hay una sencilla línea que pueda separar en esta red el ámbito privado del público, o el estado de la sociedad, o el estado de la economía. Al mismo tiempo, los bancos están constituidos y se presentan como instituciones privadas claramente separadas del estado. La apariencia de que estado y sociedad (o economía) son cosas separadas es parte de la forma en que se mantiene un determinado sistema financiero y económico. Esto es igualmente cierto en el contexto social y político más amplio. El poder de regular y controlar no es simplemente una capacidad depositada dentro del estado, desde el cual se extiende hacia la sociedad. La aparente frontera del estado no marca el límite de los procesos de regulación. Ella misma es un producto de tales procesos.

Otro ejemplo son las leyes. El sistema legal, un componente central del estado moderno cuando es concebido en términos estructurales, consiste en un complejo sistema de derechos, estatutos, sanciones, instituciones de procuración de justicia, personal jurídico, personal de áreas legales, prisiones, sistemas de rehabilitación, psiquiatras, académicos, bibliotecas y escuelas de derecho, en el cual, una vez más, resulta muy difícil trazar la línea exacta que separa la

estructura legal de la "sociedad" a la cual da forma. En la práctica, tendemos a simplificar la distinción al concebir a la ley como un código absracto y a la sociedad como el ámbito de su aplicación práctica. Lo anterior, no obstante, no refleja la complejidad de lo que ocurre en la realidad, donde códigos y prácticas tienden a ser aspectos inseparables. El concepto de estado aquí defendido no pretende mostrar al estado y las organizaciones privadas como una sola estructura de poder integrado. Al contrario, siempre hay conflictos entre ellos, así como hay diferencias entre las diferentes dependencias de gobierno, entre corporaciones privadas y dentro de cada una de ellas. Ello significa que no debemos cometer el error de dar por sentada la idea del estado como objeto coherente claramente separado de la "sociedad", como tampoco permitir que la vaguedad y complejidad de estos fenómenos nos lleven a rechazar por completo el concepto de estado.

Concebido de esta forma, el estado ya no puede ser considerado esencialmente como un actor, con la coherencia, capacidad de acción y autonomía que supone el término. Las múltiples configuraciones que produce la aparente separación del estado crean efectos de agencia y autonomía parcial que tienen consecuencias concretas. Aun así, tal agencia siempre dependerá de que se produzcan diferencias (aquellas prácticas que crean la aparente frontera entre estado y sociedad). Sin embargo, estos arreglos llegan a ser tan efectivos que pueden hacer que las cosas parezcan lo opuesto. El estado puede llegar a ser visto como un punto de partida autónomo, como un actor que interviene en la sociedad. Los enfoques estatistas del análisis político consideran esta inversión un hecho.

En cambio, lo que necesitamos es una perspectiva del estado que rechace dar por sentado este dualismo y al mismo tiempo explique por qué la realidad social y política aparece en esta forma binaria. No basta con criticar la apariencia idealista y abstracta que el estado asume en la litera-

tura estadocentrista. Gabriel Almond, por ejemplo, se queja de que el concepto de estado empleado en gran parte de la nueva literatura "parezca tener connotaciones metafísicas",[36] y David Easton señala que un escritor presenta al estado como "una esencia indefinible, un 'fantasma en la máquina' reconocible sólo por medio de sus diversas manifestaciones".[37] Tales críticas desconocen el hecho de que con mucha frecuencia ésta es la forma en que el estado aparece en la práctica. La misión de una crítica del estado no es sólo rechazar tal metafísica, sino explicar cómo ha sido posible que se produzca tal efecto práctico, tan característico del orden político moderno. ¿Qué hay en la sociedad moderna, en tanto forma particular de orden económico y social, que ha hecho posible la aparente autonomía del estado como entidad separada? ¿Por qué este tipo de aparato, típicamente basado en un sistema abstracto de leyes, con su relación simbiótica con la esfera a la cual llamamos economía y su casi trascendental asociación con "la nación" como comunidad política fundamental, es el arreglo político distintivo de la era moderna? ¿Qué prácticas y técnicas particulares han reproducido continuamente la fantasmal abstracción del estado, de modo que este término, "borrado hace un cuarto de siglo", como señala Easton,[38] ha regresado "para volver a perseguirnos"?

Los nuevos teóricos del estado ignoran estas preguntas históricas. Aun las obras que adoptan una perspectiva histórica, como el estudio comparativo de Skocpol sobre las revoluciones,[39] son incapaces de ofrecer una explicación histórica de la apariencia del estado moderno. Comprome-

[36] G. A. Almond, "The Development of Political Development", en M. Weiner y S. P. Huntington (eds.), *Understanding Political Development*, Little Brown, Boston, 1987, p. 476.

[37] D. Easton, "The Political System Besieged by the State", *Political Theory*, vol. IX, núm. 3, abril de 1957, p. 316.

[38] *Ibid.*, p. 303.

[39] T. Skocpol, *States and Social Revolutions*..., *op. cit.*

tida con un enfoque en el cual el estado es una causa independiente, Skocpol no puede explicar la capacidad del estado para aparecer como una entidad apartada de la sociedad en términos de factores externos al estado. El estado debe ser una causa independiente de eventos, aun cuando tales eventos, como en el caso de la Revolución francesa, involucren el nacimiento mismo de un estado moderno y aparentemente autónomo.

DISCIPLINA Y GOBIERNO

A fin de ilustrar el tipo de explicación que podría ser posible, puede revisarse el análisis que Skocpol hace del estado francés. Ella describe la Francia prerrevolucionaria como una sociedad "estatista", es decir, una sociedad en la cual el poder y los privilegios de una nobleza terrateniente y el poder de la administración central estaban inextricablemente unidos. Ahora bien, podemos explicar esta situación de otra forma, como una sociedad en la cual no se habían institucionalizado esas técnicas modernas que hacen aparecer al estado como una entidad separada que, de alguna manera, se encuentra fuera de la sociedad. El periodo revolucionario representa la consolidación de tales técnicas novedosas. Skocpol caracteriza la transformación revolucionaria del estado francés principalmente como una transformación del ejército y la burocracia, los cuales se convirtieron en organizaciones permanentes y profesionales cuyos integrantes fueron separados por primera vez de otras actividades comerciales y sociales, y cuyo tamaño y efectividad se expandieron ampliamente. Para Skocpol, tales cambios deben ser entendidos como consecuencia de un estado autónomo, cuyos funcionarios deseaban emprender la expansión y consolidación del poder centralizado. Por lo tanto, este enfoque ofrece pocos detalles acerca de las técnicas en que se apuntalaban tales transformaciones revolucionarias.

¿Cómo se hizo entonces posible organizar un ejército permanente hasta de setecientos cincuenta mil hombres, transformar una economía entera para subordinarla a la guerra, mantener autoridad y disciplina a semejante escala y "separar" hasta tal punto a este aparato militar de la sociedad que fue factible superar el tradicional problema de la deserción? ¿Con qué instrumentos paralelos fueron controladas la corrupción y las fugas en la administración de las finanzas? ¿Cuál era la naturaleza de la "eficiencia mecánica y la articulación", según la expresión de J. F. Bosher,[40] que hizo posible que en cada ámbito "las virtudes de la organización contrarrestaran los vicios de los individuos"? En otras palabras, ¿qué clase de "articulación" parecería haber separado mecánicamente una "organización" de los "individuos" que la formaban? En lugar de atribuir tales transformaciones a las políticas de un estado autónomo, es más preciso buscar en estas nuevas técnicas de organización y articulación la posibilidad de lograr que el aparato estatal quedara como entidad independiente de la sociedad.

Un análisis de tales preguntas debe empezar por reconocer la enorme importancia de esos métodos polimorfos de orden de pequeña escala a los que Foucault llama disciplinas. La nueva fuerza burocrática y militar del estado francés estaba fundada en poderes generados a partir de la meticulosa organización de espacios, movimientos, secuencias y posiciones. El nuevo poder del ejército, por ejemplo, se basaba en medidas como la construcción de barracas como sitios de confinamiento permanente separados del mundo social, la adopción de las inspecciones y el adiestramiento diarios, el entrenamiento repetitivo en maniobras divididas en secuencias y combinaciones cronometradas con precisión, y la elaboración de complejas jerarquías de mando, organización de espacios y vigilancia. Con tales técnicas, un ejército podría convertirse en lo que un manual militar

[40] *Ibid.*, p. 200.

contemporáneo llamaba una "máquina artificial", y ello haría parecer a otros ejércitos como grupos de "hombres ociosos e inactivos".[41]

El poder disciplinario tiene dos efectos en la comprensión del estado moderno, y Foucault sólo analizó el primero de ellos. En primer lugar, permite ir más allá de la imagen del poder como sistema de órdenes soberanas o de políticas respaldadas por el uso de la fuerza. Este enfoque es adoptado por casi todos los nuevos teóricos del estado. Concibe el poder del estado en forma de una persona (un individuo o un colectivo responsable de la toma de decisiones) cuyas determinaciones forman un sistema de órdenes y prohibiciones que dirigen y limitan la acción social. El poder es concebido como una restricción externa: su fuente es una autoridad soberana que está por encima de la sociedad y fuera de ella y opera imponiendo límites externos al comportamiento, estableciendo prohibiciones y definiendo patrones de conductas apropiadas.

La disciplina, en contraste, no funciona desde fuera sino desde dentro, no al nivel de una sociedad entera, sino en los detalles, y no restringiendo a los individuos y sus acciones, sino produciéndolas. Como plantea Foucault, un poder negativo exterior abre paso a un poder productivo interno. Las disciplinas operan a nivel local; se integran a los procesos sociales, separan sus funciones, reorganizan sus componentes, aumentan su eficiencia y precisión, y los reacomodan en combinaciones más poderosas y productivas. Estos métodos producen el poder organizado de ejércitos, escuelas, burocracias, fábricas y otras instituciones características de la época tecnológica. También producen, dentro de tales instituciones, al individuo moderno, construido como un sujeto político aislado, disciplinado, receptivo y trabajador. Las relaciones de poder no sólo confrontan a este individuo

[41] J. F. C. Fuller, *The Decisive Battles of the Western World and Their Influences upon History*, vol. II, Eyre and Spottiswoode, Londres, 1955, p. 196.

con una serie de órdenes y prohibiciones externas. Su individualidad misma, formada dentro de tales instituciones, es ya el producto de esas relaciones.

La segunda consecuencia de las técnicas políticas modernas es la que Foucault no explica. A pesar de su naturaleza focalizada y polivalente, de alguna forma los poderes disciplinarios se consolidan en la base territorial y en el orden institucionalmente estructurado del estado moderno. Foucault no desestima la importancia de este tipo de estructura mayor; simplemente no cree que el entendimiento del poder deba empezar en este punto:

> En cambio, uno debe realizar un análisis ascendente del poder, es decir, empezar por sus mecanismos infinitesimales [...] y entonces observar cómo estos mecanismos de poder han sido —y siguen siendo— conferidos, establecidos, utilizados, involucionados, transformados, desplazados, extendidos, etc., por mecanismos cada vez más generales... [cómo] llegaron a establecerse y ser preservados por mecanismos globales y todo el sistema de estado.[42]

Sin embargo, Foucault no explica cómo es que los poderes disciplinarios llegan a ser utilizados, estabilizados y reproducidos en estructuras de estado o en otros "mecanismos generalizados".

Un ejemplo de la relación entre los mecanismos infinitesimales y generales puede observarse en la ley, un tema ya expuesto, donde los micropoderes de la normalización disciplinaria están estructurados dentro de un aparato más grande constituido por el código legal y el sistema jurídico. Al abordar este caso, Foucault recurre a la noción de que la estructura general es una pantalla ideológica (la de la soberanía y el derecho) superpuesta sobre el poder real de la disciplina.

[42] M. Foucault, "Two Lectures", en C. Gordon (ed.), *Power/Knowledge...*, *op. cit.*, pp. 99-101.

> Una vez que se hizo necesario que las restricciones disciplinarias se ejercieran por medio de mecanismos de dominación, y al mismo tiempo, que su ejercicio efectivo del poder fuera disfrazado, se requirió que una teoría de la soberanía apareciera a nivel del aparato legal y que resurgiera en sus códigos.[43]

La organización de las leyes a nivel general "permitió que un sistema de derecho se impusiera sobre los mecanismos de disciplina de tal forma que ocultara sus procedimientos reales".[44] Una vez más, Foucault evita inferir que el nivel general está relacionado con el micronivel, de la misma forma en que el ámbito público de la ideología se opone al ámbito oculto del poder real, al recordar que las disciplinas también contienen un discurso público. Sin embargo, sus estudios sobre los métodos disciplinarios no aportan conceptos alternativos para concebir la forma en que los mecanismos locales de poder se relacionan con formas estructurales más grandes, como la ley, en las cuales se institucionalizan y se reproducen.

En conferencias posteriores, Foucault efectivamente dirigió su atención hacia los métodos de poder y control de gran escala característicos del estado moderno.[45] Analizó el surgimiento de tales métodos no en términos del desarrollo de instituciones formales sino como la aparición de un nuevo objeto en el cual podrían operar las relaciones de poder, y de nuevas técnicas y tácticas de poder. Identificó al nuevo objeto como población y se refirió a las nuevas técnicas como poderes de "gobierno". Foucault ubica el surgimiento del problema de la población en el siglo XVIII, y lo asocia con el crecimiento de la producción agrícola, cam-

[43] *Ibid.*, p. 106.

[44] *Ibid.*, p. 105.

[45] M. Foucault, "Governmentality", en G. Burchell, C. Gordon y P. Miller (eds.), *The Foucault Effects: Studies in Governmentality*, Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead, 1991.

bios demográficos y una creciente oferta de dinero. Entonces, afirma, se observó que la población tenía "sus propias regularidades, sus propias tasas de muerte y enfermedades, sus ciclos de escasez, etc.", todo ello susceptible de medición estadística y análisis político.[46] Tal análisis produjo toda una serie de efectos agregados que no podían reducirse a los individuos o los hogares. La política comenzó a ocuparse de la correcta administración de la población en relación con los recursos, el territorio, la agricultura y el comercio. La población sustituyó al hogar como el principal objeto de la política. El hogar, o mejor dicho la familia, fue considerada entonces un elemento interno de la población y un instrumento para obtener información y ejercer el poder sobre el objeto agregado de mayor tamaño.[47]

Para describir este poder de nivel agregado, Foucault recurrió a un término que proliferó en la literatura de ese periodo: "gobierno". Para Foucault, esta palabra no se refiere a las instituciones del estado, sino a las nuevas tácticas de administración y métodos de seguridad que toman a la población como su objeto. Como ocurre con el término *disciplina*, *gobierno* se refiere al poder en términos de sus métodos, más que a sus formas institucionales. El gobierno hace uso de los micropoderes de la disciplina; de hecho, el desarrollo de los métodos disciplinarios se acelera a medida que éstos se aplican al problema de la población. Pero el gobierno tiene sus propias tácticas y racionalidad, expresadas en el desarrollo de su propio campo de conocimiento: la ciencia emergente de la economía política. Foucault también afirma que el desarrollo del gobierno y de la economía política corresponde no sólo al surgimiento de la población como una nueva fuente de datos y objeto de poder, sino también a la separación de la economía como una esfera aparte. "La palabra 'economía', que en el siglo XVI significaba una

[46] *Ibid.*, p. 99.
[47] *Ibid.*, pp. 99-100.

forma de gobierno, llegó a designar en el siglo XVIII un nivel de realidad, un campo de intervención".[48] Este argumento es más problemático.

Concebido en términos de sus métodos y su objeto, más que en sus formas institucionales, el gobierno es un proceso más amplio que la entidad relativamente unificada y funcionalista a la cual se refiere la noción de estado. El gobierno es un proceso "al mismo tiempo interno y externo en relación con el estado, pues son las tácticas de gobierno las que hacen posible la continua definición y redefinición de lo que está dentro de la competencia del estado y lo que está fuera, lo público en contraposición a lo privado, y así sucesivamente".[49] Por esta razón, plantea Foucault, el estado probablemente no tiene la unidad, individualidad y rigurosa funcionalidad que se le atribuyen. De hecho, puede que no sea más que "una realidad compuesta y una abstracción mitificada cuya importancia es mucho más limitada de lo que muchos pensamos".[50] Uno puede estar de acuerdo con esta creencia, pero aun así no encontrar en Foucault una respuesta a la pregunta que vuelve a surgir. Si el poder gubernamental moderno efectivamente rebasa los límites del estado, si el estado carece de la unidad y la identidad que siempre parece tener, ¿cómo surge esta apariencia? ¿Cómo se forma la realidad compuesta del estado? ¿Qué tácticas y métodos de las formas modernas de poder crean y recrean esta abstracción mitificada? Una respuesta a esta cuestión está en el fenómeno del proyecto nacional. En esta perspectiva, el estado adquiere su unidad a nivel de ideología. Más allá de la multiplicidad práctica de tácticas, disciplinas y poderes, el estado articula un proyecto nacional que refleja su unidad sobre la sociedad. No obstante, esta respuesta vuelve a recurrir a la distinción entre ideología y práctica en lugar de cuestionarla.

[48] *Ibid.*, p. 93.
[49] *Ibid.*, p. 103.
[50] *Idem.*

LA APARICIÓN DE LA ESTRUCTURA

La relación entre los métodos de disciplina y el gobierno y su estabilización en formas como el estado, sostengo, reside en el hecho de que al mismo tiempo que se internalizan las relaciones de poder, en términos de Foucault, y por los mismos métodos, adquieren la apariencia específica de "estructuras" externas. La cualidad distintiva del estado moderno, su apariencia de aparato apartado del resto del mundo social, se debe encontrar en este nuevo efecto estructural. Este efecto es la contraparte de la producción de la individualidad moderna. Por ejemplo, los nuevos métodos militares de finales del siglo XVIII produjeron al soldado individual disciplinado y, de manera simultánea, el novedoso efecto de una unidad armada como "máquina artificial". De alguna forma, este aparato militar parecía ser más grande que la suma de sus partes, como si fuese una estructura con una existencia independiente de los hombres que la conformaban. En comparación con otros ejércitos, que ahora parecían conglomerados de hombres "ociosos e inactivos", el nuevo ejército parecía tener un aspecto bidimensional. Parecía constar, por un lado, de soldados individuales, y por otro, de la "máquina" en la cual éstos habitaban. Desde luego, este aparato no tiene existencia independiente. Es un efecto producido por la división organizada del espacio, la distribución regular de los cuerpos, un sentido del momento oportuno, la coordinación de movimientos, la combinación de elementos, la repetición interminable, todas las cuales son prácticas particulares. No había nada en el nuevo poder del ejército, excepto su distribución, organización y movimiento. Sin embargo, el orden y precisión de tales procesos creó el efecto de un aparato separado de los hombres mismos, cuya "estructura" les da órdenes, los contiene y controla.

Un efecto bidimensional similar puede observarse en

otras instituciones del gobierno moderno. La especificación precisa de espacios y funciones que caracteriza a las instituciones modernas, la coordinación de estas funciones en estructuras jerárquicas, la organización de la supervisión y la vigilancia, la delimitación de tiempos en agendas y programas: todo ello contribuye a construir un mundo que no parece consistir en un complejo de prácticas sociales sino en un orden binario: por una parte los individuos y sus actividades, y por otra una "estructura" inerte que de alguna forma está aparte de los individuos y los precede, los contiene y enmarca sus vidas. Ciertamente, la noción misma de institución como un armazón abstracto separado de las prácticas particulares que encuadra, puede ser vista como el producto de estas técnicas. Tales técnicas han propiciado el surgimiento del peculiar mundo aparentemente binario en el cual vivimos, donde la realidad parece tomar la forma bidimensional de lo individual contra el aparato, las prácticas contra las instituciones, la vida social contra su estructura, o la sociedad contra el estado.[51] El estado debe analizarse como efecto estructural; es decir, no como una estructura real, sino como el poderoso y aparentemente metafísico efecto de las prácticas que hacen que dichas estructuras parezcan existir. De hecho, el estado-nación es posiblemente el máximo efecto estructural de la época tecnológica moderna. Incluye dentro de sí muchas de las instituciones particulares ya analizadas, como ejércitos, escuelas y burocracias. Más allá de ellas, la presencia extendida del estado en diversas maneras adquiere la forma de un entramado que parece estar aparte del mundo social y proporcionarle una estructura externa. Una característica de la gubernamentalidad moderna, por ejemplo, son las fronteras. Al establecer los límites territoriales que rodean a una

[51] Véase T. Mitchell, *Colonising Egypt*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988, y "Everyday Metaphors of Power", *Theory and Society*, vol. XIX, núm. 5, octubre de 1990.

población y ejercer control absoluto sobre los movimientos a través de ellos, los poderes gubernamentales definen y ayudan a constituir una entidad nacional. Establecer y vigilar una frontera involucra una variedad de prácticas sociales claramente modernas: instalación de alambradas, pasaportes, leyes migratorias, inspecciones, control cambiario y así sucesivamente. Estos arreglos banales, desconocidos en su mayoría hace doscientos años, e incluso hace cien, contribuyen a manufacturar una entidad casi trascendental: el estado-nación. Esta entidad parece ser con el tiempo mucho más que la suma de los poderes cotidianos de gobierno que la constituyen, y surge como una estructura que contiene y da orden y significado a las vidas de la gente. Un ejemplo análogo es la ley. Una vez más, uno puede analizar cómo los detalles banales del proceso legal, todos los cuales son prácticas sociales particulares, están ordenados para producir el efecto de que la ley existe como marco formal superpuesto sobre la práctica social. Aquello que llamamos estado, y que concebimos como un objeto intrínseco que existe aparte de la sociedad, es la suma de estos efectos estructurales.

¿Cuál es la relación de este efecto estructural con la naturaleza específicamente capitalista de la modernidad? Las teorías estadocentristas analizadas previamente argumentan que no existe ninguna relación en particular. Insistir en la autonomía del estado, como hacen estos teóricos, implica que los programas que el estado sigue y las funciones para las que sirve no podrían explicarse ni siquiera en relación con los requerimientos a largo plazo de un orden capitalista más amplio, sino principalmente en términos de las ideas e intereses independientes de aquellos que ocupan cargos importantes. Sin embargo, como hemos visto, las evidencias que ellos presentan no pueden sustentar esta perspectiva y ofrecen bases más sólidas a las teorías neomarxistas del estado, como ocurre con la obra de Nicos Poulantzas. Las políticas estatales que Krasner describe, relacionadas con el

control de materias primas extranjeras, o las que analiza Skocpol en su trabajo sobre el New Deal,[52] parecen servir a los requerimientos generales de capital. La separación relativa del estado le permite a éste perseguir los intereses a largo plazo del capital como un todo, a veces actuando en contra de los intereses a corto plazo de capitalistas en particular.[53] Aun así, como reconoció el propio Poulantzas en su trabajo posterior, este planteamiento funcionalista no puede explicar adecuadamente el estado moderno; no da cuenta de la forma particular que ha adquirido el estado moderno, como un aspecto de la regulación de la modernidad capitalista. No explica cómo es que el poder del estado adopta la forma de una estructura aparentemente externa, ni su asociación con un sistema abstracto de leyes, ni su aparente separación de la esfera que llamamos la economía, en la cual no obstante también está imbricado. En otras palabras, no dice cómo se produce el efecto moderno del estado.

Hay dos formas de abordar la relación entre el capitalismo y el efecto del estado. Una consiste en explicar el efecto del estado como consecuencia de la producción capitalista. Las formas estructurales del estado moderno podrían ser explicadas al referirse a ciertas características distintivas del modo en que las relaciones sociales de producción están organizadas en el capitalismo.[54] Éste es el enfoque adoptado por Poulantzas en su obra posterior, en la cual responde a Foucault y muestra la influencia de éste. Poulantzas[55] argu-

[52] T. Skocpol, "Political Response to Capitalist Crisis: Neo-Marxist Theories of the State and the Case of the New Deal", *Politics and Society*, vol. X, marzo de 1981; véase T. Mitchell, "The Limits of the State...", *op. cit.*, pp. 88-89.

[53] Véase P. Cammack, "Statism, New Institutionalism, and Marxism", en R. Miliband y L. Panitch (eds.), *The Socialist Register..., op. cit.*

[54] Véase B. Ollman, "Going Beyond the State? A Comment", *The American Political Science Review*, vol. LXXXVI, núm. 4, diciembre de 1992.

[55] N. Poulantzas, *State, Power, Socialism*, Verso, Londres, 1978. [*Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1998.]

menta que aquello que Foucault[56] describe como disciplina —los procesos de individualización, la producción moderna del conocimiento y la reorganización del espacio y el tiempo— debe ser explicado como una serie de aspectos de la forma en que el capitalismo organiza las relaciones de producción. Estos mismos procesos, sugiere, explican la forma que adquiere el estado. La disciplina en la producción industrial, por ejemplo, introduce la separación del trabajo manual y el trabajo mental. El estado encarna esta misma separación, pues representa un claro orden mental de habilidad, administración científica y conocimiento administrativo. De manera similar, desde la perspectiva de Poulantzas, la organización serial y celular del tiempo y el espacio en los procesos modernos de producción se reproduce en el nuevo poder geoespacial del estado-nación y en la definición histórico-espacial de la identidad nacional.

La otra forma de abordar la cuestión del estado y el capital es la expuesta aquí. En lugar de explicar la forma del estado como la consecuencia del régimen disciplinario de la producción capitalista, uno puede ver tanto el sistema de la fábrica como el poder del estado como aspectos de la moderna reorganización del espacio, el tiempo y la individualidad y de la producción de los nuevos efectos de la abstracción y la subjetividad. Estamos acostumbrados a ver al estado como un aparato de poder y a la fábrica como un aparato de producción. De hecho, ambos son sistemas de poder disciplinario y los dos son técnicas de producción. Los dos producen el efecto de una abstracción que está apartada de la realidad material. En el caso de la práctica política, como hemos visto, esta abstracción es el efecto del estado: un todo inmaterial que parece existir resguardado del mundo material de la sociedad. En el caso de la organización del

[56] M. Foucault, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Pantheon, Nueva York, 1977. [*Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1976.]

trabajo, la abstracción producida es la del capital. Después de todo, lo que distingue a la producción capitalista no es sólo la organización disciplinada del proceso laboral, sino la manufacturación de una abstracción aparente —el valor de cambio— que parece existir aparte de los objetos banales y los procesos a partir de los cuales es creada. El efecto del capital es producido a partir de técnicas de disciplina, organización y entramado análogas a aquellas que producen los efectos del estado.

En vez de derivar las formas del estado a partir de la lógica de acumulación del capital y la organización de las relaciones de producción, tanto el capital como el estado pueden ser vistos como aspectos de un proceso común de abstracción. Más aún, este enfoque sobre la relación entre el estado y el capital permite ampliar la crítica del concepto de estado e incluir el concepto paralelo de economía.

INVENCIÓN DE LA ECONOMÍA

Los modernos ejércitos, burocracias y sistemas educativos masivos fueron en gran medida creaciones de finales del siglo XVIII y del XIX. Los complejos códigos legales e instituciones, así como el moderno control de las fronteras y de los movimientos de población, emergieron básicamente en el mismo periodo. El siglo XX se caracterizó por un fenómeno adicional y distinto: el surgimiento de la concepción moderna de la economía. Foucault, como hemos visto, ubicó la separación de la economía en una esfera propia en los siglos XVIII y XIX, como parte de la aparición de nuevas técnicas de gobierno basadas en el problema de la población. Esta amalgama de economía y población como objetos políticos ubica el surgimiento de la economía mucho antes del momento en que realmente ocurrió. Aún más importante, pasa por alto un cambio crucial que tuvo lugar en la primera mitad del siglo XX, cuando la economía remplazó a la

población como el nuevo objeto de los poderes de gobierno y de las ciencias de la política. Este objeto desempeñó un papel central en la articulación de las formas distintivas del estado del siglo XX como un conjunto de tecnologías burocratizadas de planeación y asistencia social con bases científicas. Una teoría adecuada del estado contemporáneo debe tomar en cuenta no sólo los descubrimientos del siglo XIX mencionados antes, sino también la nueva relación que surgió entre estado y economía en el siglo XX. El efecto estructural contemporáneo del estado es inseparable de la relativamente nueva creación de "la economía".

Como hemos visto, las tácticas del poder del siglo XIX, que Foucault describe como gobierno, adoptaron como objeto fundamental la cuestión de la población. La política se preocupaba por la seguridad y el bienestar de la población —definida en relación con un territorio y recursos determinados—, por un patrón de crecimiento o declive, por los cambios correspondientes en la agricultura y el comercio, así como por su salud, su educación y, por encima de todo, su riqueza. Las teorías de economía política de Smith, Ricardo y Malthus se desarrollaron dentro de esta problemática general de la población y su prosperidad. El término *economía política* se refería a la correcta economía, o administración, del régimen, una administración cuyo propósito era incrementar la riqueza y seguridad de la población. En el discurso de la economía política del siglo XIX, el término *economía* nunca tuvo el significado contemporáneo, que se refiere a una esfera distinta de la realidad social, entendida como una totalidad independiente de relaciones de producción, distribución y consumo dentro de una unidad geoespacial definida. Tampoco existía otro término que definiera tal esfera separada y autónoma.[57]

[57] T. Mitchell, "Origins and Limits of the Modern Idea of the Economy", Working Papers Series, núm. 12, Advanced Study Center, University of Michigan, 1995.

Marx se mantuvo en la misma tradición.

> Al analizar un país determinado en términos político-económicos —escribió—, comenzamos por su población, su distribución en clases, sus ciudades, el campo, las costas, las diferentes ramas de producción, las importaciones y exportaciones, la producción anual y el consumo, los precios de las materias primas, etcétera.[58]

Marx argumentaba que este enfoque convencional estaba atrasado, pues la población presupone capital, trabajo asalariado y división de clases. Smith y Ricardo habían desarrollado un sistema que empezaba por estas simples abstracciones, pero con un énfasis unilateral en la propiedad de la tierra y el intercambio. Un análisis apropiado, afirmaba Marx, debería comenzar por el capital y la producción material y luego continuar yendo de vuelta hacia la totalidad de la sociedad burguesa, su concentración en la forma del estado, la población, las colonias y la emigración.[59] Posteriormente el concepto de producción material ha sido malinterpretado como sinónimo de la noción de economía del siglo XX. Sin embargo, la concepción que Marx tenía sobre la economía como esfera social separada no era más amplia que la de aquellos economistas a los que criticó.

La economía fue inventada en la primera mitad del siglo XX, como parte de la reconstrucción del efecto del estado. La noción que existía en el siglo XIX sobre la producción y la circulación de la riqueza y su relación con el crecimiento de la población, la expansión territorial y los recursos se vino abajo durante la primera Guerra Mundial y

[58] K. Marx, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Political Economy*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1973, p. 100. [*Marx. Grundrisse: lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*, FCE, México, 1985.]

[59] *Ibid.*, pp. 100-108.

la década de crisis financieras y políticas que le siguió. El abandono del patrón oro como medida del valor del dinero, los niveles sin precedente de endeudamiento, desempleo y sobreproducción, las rápidas oscilaciones del auge económico al colapso total, el final de la expansión territorial de Europa y el crecimiento de su población, el comienzo de la desintegración de los imperios y el miedo mismo al colapso del propio capitalismo crearon la necesidad de replantear el proceso de gobierno y construir nuevos objetos y métodos de poder político. Es en este periodo cuando términos como "sistema económico", "estructura económica" y, finalmente, "la economía" empezaron a circular en el ámbito político.

Entre las décadas de 1920 y 1950 "la economía" empezó a designar la estructura o la totalidad de las relaciones de producción, circulación y consumo dentro de un determinado espacio geográfico. El surgimiento de la macroeconomía, como se llamó a la nueva ciencia con este objetivo, coincidió con el desarrollo de la estadística, que hizo posible concebir el cálculo de lo que llegaría a ser conocido como producto nacional bruto de una economía, y con la invención de la econometría, los intentos por representar el funcionamiento total de una economía como un simple modelo matemático.[60] El aislamiento de la producción, la circulación y el consumo como procesos económicos diferenciados no era nada nuevo. Ya lo habían hecho, como parte de la problemática de la población, los pensadores clásicos de la economía política de los siglos XVIII y XIX. Lo nuevo era la noción de que la interrelación entre estos procesos constituía un espacio u objeto independiente, sujeto a su propia dinámica interna y expuesto a impulsos o intervenciones "externas" que creaban reverberaciones a todo lo largo de esa entidad autónoma. Factores como la población, el territorio e incluso otras "economías" eran considerados

[60] T. Mitchell, "Origins and Limits...", art. cit.

ahora externos al objeto. Sin embargo, la entidad más importante que se concebía como algo separado de la economía era precisamente la más capaz de afectar o alterar a ésta: el estado.

La idea de una economía como una totalidad independiente con dinámica interna propia, separada de otras economías y sujeta a intervención, ajuste y administración por un estado situado en el exterior, no podría haber sido concebida en los términos de la economía política del siglo XIX. En el siglo XX, por otro lado, el concepto contemporáneo de estado se ha vuelto inseparable de la distinción fundamental que surgió entre estado y economía. De hecho, muchas de las más recientes teorías acerca del estado y la sociedad pueden describirse de manera más precisa como teorías acerca del estado en términos de su relación con la economía. Curiosamente, a medida que la nueva distinción entre estado y economía surgió a partir de las décadas de 1920 y 1930, se hizo cada vez más difícil distinguir en la práctica los llamados procesos e instituciones económicos de aquellos del gobierno o del estado. Con el colapso del patrón oro y la consolidación de los bancos centrales y los sistemas de reserva, el dinero adquirió valor como parte de un proceso tan "político" como "económico". Las burocracias estatales gradualmente se convirtieron en las principales generadoras de empleo, derrochadoras, prestamistas y ahorradoras en la economía. La creación de corporaciones cuasi públicas como las administraciones portuarias; la nacionalización del transporte, las comunicaciones y otros servicios; los subsidios estatales a la agricultura, las fuerzas armadas y el sector manufacturero; incluso el crecimiento de empresas de propiedad pública que sustituyen a compañías privadas, y especialmente las corporaciones trasnacionales (como ilustra el caso de Aramco), han desdibujado la distinción entre las esferas pública y privada o entre estado y economía.

Como ocurre con estado y sociedad, en el caso del estado y la economía uno debe preguntarse por qué la distin-

ción entre estos dos objetos parece tan obvia y rutinariamente se da por hecho, si al analizarlos de cerca es difícil distinguir su separación. Las respuestas deben abordar los mismos efectos de estructura ya analizados en relación con el estado y la sociedad. Una de ellas examina los arreglos prácticos que hacen que la economía parezca un ámbito material y concreto y el estado una estructura abstracta e institucional situada aparte de la materialidad de la economía. Además de los métodos de estructuración ya expuestos, hay dos efectos estructurales especialmente importantes para marcar la distinción entre estado y economía. Primero, cuando la práctica política del siglo XX creó la economía, se entendía que las fronteras de este objeto coincidían con las del estado-nación. Aunque la nueva macroeconomía no teorizó al estado-nación, representó la economía en términos de agregados (empleo, ahorro, inversión, producción) y promedios sintetizados (tasas de interés, niveles de precios, salario real y así sucesivamente) cuyo referente geoespacial fue siempre el estado-nación.[61] De esta forma, sin teorización explícita, el estado se convirtió en la estructura geoespacial que confería a la economía límites externos y forma. Segundo, la economía fue construida como objeto de conocimiento en el siglo XX mediante un amplio proceso de representación estadística. Casi todo este proceso se llevó a cabo como parte de la nueva práctica institucional del estado. Así, la relación entre estado y economía parecía tomar la forma de la relación entre el representante y el objeto de representación. Una vez más esta relación con el estado no fue analizada por la nueva ciencia de la economía. De hecho, la economía llegó a distinguirse entre las ciencias sociales por dos características relacionadas: era la única ciencia social mayor sin contar con una subdisciplina —"economía de campo", podría llamarse— dedicada

[61] H. Radice, "The National Economy: A Keynesian Myth?", *Capital and Class*, vol. XXII, 1984, p. 121.

a cuestiones relacionadas con el acopio de datos y su representación, y fue una disciplina que se volvió dependiente del estado para obtener casi toda su información. De esta forma, el estado parece erguirse aparte de la economía como una red de información, conocimiento estadístico e imaginería, opuesta al objeto aparentemente real y material al que se refiere esta red figurativa. Una vez más, en la práctica esta relación es más compleja, en gran medida porque en el transcurso del siglo xx la economía misma se volvió cada vez más un objeto hiperreal o figurativo. De manera progresiva, sus elementos se convirtieron en variantes de finanzas y servicios que sólo existen como sistemas de representación, y la dinámica de la economía estuvo cada vez más determinada por factores como las expectativas, que son cuestiones de representación. No obstante, la apariencia de la economía como objeto real en oposición a su representación por el estado aportó un medio sencillo de concretar la aparente separación entre estado y economía que sigue siendo tan importante para la mayoría de los teóricos contemporáneos del estado.

En conclusión, los planteamientos para un enfoque diferente de la cuestión del estado y su relación con la sociedad y la economía pueden resumirse en una lista de cinco propuestas:

1. Debemos abandonar la idea del estado como entidad independiente, ya sea un agente, instrumento, organización o estructura, ubicada aparte y opuesta a otra entidad llamada economía o sociedad.
2. Sin embargo, debemos tomar con seriedad la distinción entre estado y sociedad o entre estado y economía. Es una característica distintiva del orden político moderno. El estado no puede ser descartado como abstracción o constructo ideológico, ni puede ser pasado por alto en aras de realidades materiales más tangibles. De hecho, si deseamos comprender el surgimiento del estado moderno debemos ubicar

en una perspectiva histórica esta distinción entre lo conceptual y lo material, entre lo abstracto y lo real.

3. Por la misma razón, la visión predominante del estado, que lo concibe esencialmente como un fenómeno de toma de decisiones o de diseño de políticas, es inadecuada. Al concentrarse en un aspecto incorpóreo del fenómeno del estado, asimila la distinción estado-sociedad y estado-economía a la misma oposición problemática entre lo conceptual y lo material.
4. Debemos abordar el estado como un efecto de los procesos rutinarios de organización espacial, acomodo temporal, especificación funcional, supervisión, vigilancia y representación que crean la apariencia de un mundo fundamentalmente dividido en estado y sociedad o en estado y economía. La esencia de la política moderna no son las políticas elaboradas en un lado de esta división y aplicadas en el otro o moldeadas por éste, sino la producción y reproducción de tales líneas de diferenciación.
5. Estos procesos crean el efecto del estado no sólo como una entidad aparte de la economía o la sociedad, sino como una dimensión distinta de estructura, marco, codificación, experiencia, información, planeación e intencionalidad. El estado aparece como una abstracción en relación con el carácter concreto de lo social, una esfera de representación en relación con la realidad de lo económico y una idealidad subjetiva en relación con la objetividad del mundo material. Las propias distinciones entre abstracto y concreto, ideal y material, representación y realidad, y entre lo subjetivo y lo objetivo, sobre las cuales se construyen la mayoría de las teorías políticas, se crean parcialmente en esos procesos sociales cotidianos que reconocemos y denominamos como el estado.

TIMOTHY MITCHELL

BIBLIOGRAFÍA

Abrams, Philip, "Notes on the Difficulty of Studying the State", *Journal of Historical Sociology*, vol. I, núm. 1, Blackwell, Oxford, marzo de 1988, pp. 58-89. [Reproducido en el capítulo 1 de esta edición.]

Almond, Gabriel A., *The Appeals of Communism*, Princeton University Press, Princeton, 1954.

———, "The Development of Political Development", en Myron Weiner y Samuel P. Huntington (eds.), *Understanding Political Development*, Little Brown, Boston, 1987.

Almond, Gabriel A., Taylor Cole y Roy C. Macridis, "A Suggested Research Strategy in Western European Government and Politics", *The American Political Science Review*, vol. XLIX, núm. 4, Baltimore, diciembre de 1955, pp. 1042-1044.

Almond, Gabriel A., y James Coleman, *The Politics of the Developing Areas*, Princeton University Press, Princeton, 1960.

Almond, Gabriel A., y Sidney Verba, *The Civic Culture: Political Attitudes and Democracy in Five Nations*, Princeton University Press, Princeton, 1963.

Anderson, Irvine H., *Aramco, the United States, and Saudi Arabia: A Study of the Dynamics of Foreign Oil Policy*, Princeton University Press, Princeton, 1981.

Blair, John M., *The Control of Oil*, Pantheon, Nueva York, 1976.

Cammack, Paul, "Bringing the State Back In? A Polemic", *British Journal of Political Science*, vol. XIX, núm. 2, Cambridge University Press, Londres, abril de 1989, pp. 261-290.

———, "Statism, New Institutionalism, and Marxism", en Ralph Miliband y Leo Panitch (eds.), *The Socialist Register 1990: The Retreat of the Intellectuals*, Merlin Press, Londres, 1990, pp. 147-170.

Easton, David, *The Political System: An Inquiry into the State of Political Science*, Knopf, Nueva York, 1953.

———, "An Approach to the Analysis of Political Systems", *World Politics*, vol. IX, núm. 3, Baltimore, abril de 1957, pp. 383-400.

———, "The Political System Besieged by the State", *Political Theory*, vol. IX, núm. 3, Beverly Hills, California, agosto de 1981, pp. 303-325.

Evans, Peter, Dietrich Rueschemeyer y Theda Skocpol (eds.), *Bringing the State Back In*, Cambridge University Press, Cambridge, 1985.

Foucault, Michel, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, Pantheon, Nueva York, 1977. [*Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1976.]

———, "Questions on Geography", en C. Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon, Nueva York, 1980.

———, "Two Lectures", en C. Gordon (ed.), *Power/Knowledge: Selected Interviews and Other Writings, 1972-1977*, Pantheon, Nueva York, 1980.

———, "Governmentality", en Graham Burchell, Colin Gordon y Peter Miller (eds.), *The Foucault Effects: Studies in Governmentality*, Harvester Wheatsheaf, Hemel Hempstead, 1991, pp. 87-104.

Fuller, J. F. C., *The Decisive Battles of the Western World and Their Influences upon History*, 3 vols., Eyre and Spottiswoode, Londres, 1955.

Krasner, Stephen D., *Defending the National Interest: Raw Materials Investments and U.S. Foreign Policy*, Princeton University Press, Princeton, Nueva Jersey, 1978.

Loewenstein, Karl, "Report on the Research Panel on Comparative Government", *The American Political Science Review*, vol. XXXVIII, núm. 3, Baltimore, junio de 1944, pp. 540-548.

Marx, Karl, *Grundrisse: Foundations of the Critique of Poli-*

tical Economy, trad. de Martin Nicolaus, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1973. [*Marx. Grundrisse: lineamientos fundamentales para la crítica de la economía política, 1857-1858*, FCE, México, 1985.]

Miller, Aaron David, *Search for Security: Saudi Arabian Oil and American Foreign Policy, 1939-1949*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 1980.

Mitchell, Timothy, *Colonising Egypt*, Cambridge University Press, Cambridge, 1988.

———, "Everyday Metaphors of Power", *Theory and Society*, vol. XIX, núm. 5, Amsterdam, octubre de 1990, pp. 545-577.

———, "The Limits of the State: Beyond Statist Approaches and Their Critics", *The American Political Science Review*, vol. LXXXV, núm. 1, Baltimore, marzo de 1991, pp. 77-96.

———, "Origins and Limits of the Modern Idea of the Economy", Working Papers Series, núm. 12, Advanced Study Center, University of Michigan, 1995.

Nettl, J. P., "The State as a Conceptual Variable", *World Politics*, vol. XX, núm. 4, Baltimore, julio de 1968, pp. 559-592.

Ollman, Bertell, "Going Beyond the State? A Comment", *The American Political Science Review*, vol. LXXXVI, núm. 4, Baltimore, diciembre de 1992, pp. 1014-1017.

Poulantzas, Nicos, *State, Power, Socialism*, Verso, Londres, 1978. [*Estado, poder y socialismo*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1998.]

Radice, Hugo, "The National Economy: A Keynesian Myth?", *Capital and Class*, vol. XXII, Londres, 1984, pp. 111-140.

Sabine, George, "The State", en *Encyclopedia of the Social Sciences*, Macmillan, Nueva York, 1934.

Skocpol, Theda, *States and Social Revolutions: A Comparative Analysis of France, Russia and China*, Cambridge University Press, Cambridge, 1979. [*Los Estados y las revoluciones sociales: un análisis comparativo de Francia, Rusia y China*, FCE, México, 1984.]

Skocpol, Theda, "Political Response to Capitalist Crisis: Neo-Marxist Theories of the State and the Case of the New Deal", *Politics and Society*, vol. X, Thousand Oaks, California, marzo de 1981, pp. 155-201.

Antropología del estado, de Philip Abrams, Akhil Gupta y Timothy Mitchell, se terminó de imprimir y encuadernar en febrero de 2015 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
La edición consta de 3 000 ejemplares.

El estado es un concepto *ad hoc*, falaz, pues crea ilusiones y fantasías que utilizan los grupos dominantes para encubrir sus intereses. Desenmascarar el fetichismo de estado es desenmascarar su uso político e ideológico. Éste es el campo de análisis que Philip Abrams, inspirado en el materialismo de Bentham, abrió a mediados de los años setenta, en el contexto de las crisis del capitalismo maduro y del socialismo realmente existente, convirtiéndose de inmediato en referente de la crítica frontal al estatismo desde la sociología política y el marxismo. Akhil Gupta y Timothy Mitchell convergen en esta búsqueda de un concepto pertinente de estado, por fuera y más allá de éste.

Con su trabajo etnográfico en el norte de la India, Gupta realiza una verdadera antropología del estado al indagar cómo se construye y representa esta noción en la vida cotidiana de una pequeña aldea, cuando la corrupción, la explotación del campesinado, los caciquismos y la lucha sindical permean la práctica social. Por su parte, Timothy Mitchell expone la incapacidad de la ciencia política contemporánea para definir y localizar el estado, al que define como un poderoso conjunto de métodos para ordenar y representar la realidad social.

Philip Abrams (1933-1981) fue un destacado historiador y sociólogo inglés, profesor de la Universidad de Durham. A fines de los años ochenta, la British Sociological Association creó el Philip Abrams Memorial Prize, que cada año reconoce al mejor libro de sociología escrito por un solo autor.

Akhil Gupta (1959) es doctor en ingeniería económica y profesor de antropología en la Universidad de California en Los Ángeles.

Timothy Mitchell (1955), politólogo y estudioso del mundo árabe, es profesor en la Universidad de Columbia.

www.fondodeculturaeconomica.com



FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

ISBN: 978-607-16-2206-8

